



Iglesia Cristiana Marcionita

(Nota histórica: La Biblia Cristiana original no contenía el Antiguo Testamento)

LA PRIMERA BIBLIA

Escrituras originales transcritas por Marción de Sinope en el 144 d.C.

Índice

GUÍA DE ESTUDIO Y REFERENCIA

Compilado por: A.W. Mitchell



DOS LIBROS. DOS DIOSES. UNA OPCIÓN.

Hay una razón por la que la primera Biblia cristiana no contiene el Antiguo Testamento...

El Antiguo Testamento describe una religión tribal, un dios y una cultura ajena al cristianismo.

Este y otros escritos de origen desconocido, fueron posteriormente añadidos a la Primera Biblia por un comité religioso/político romano después del paso de cientos de años. El comité se llamó el Consejo de Nicea y sus acciones en el año 325 D.C. fueron el equivalente teológico de pintar con spray una pared con graffiti - haciendo que la primera Biblia fuera prácticamente irreconocible en su forma original. Los cambios fueron formalmente codificados por el Consejo de Roma en el 382 D.C.

Ya sea que se trate de historias de niños siendo despedazados y comidos vivos por osos "ordenados por Dios" o el sol y la luna siendo congelados en su lugar para que cada persona viva pueda ser más eficientemente asesinada durante una masacre, se hace muy claro que el Antiguo Testamento y su dios no tiene nada que ver con el cristianismo o la Primera Biblia - de hecho, es lo más lejos que se puede llegar.

Al principio...

En los comienzos del cristianismo, el conocimiento de las enseñanzas y la vida de Jesucristo se transmitían oralmente y las escrituras escritas no eran fácilmente accesibles. Eso cambió en el 144 D.C. cuando todas las escrituras auténticas fueron reunidas por Marción de Sinope (85 D.C. - 160 D.C.), un constructor de barcos e hijo del Obispo del Ponto - fue entonces cuando la primera Biblia cristiana fue creada y presentada al Apóstol Juan.

La Primera Biblia

La primera biblia consistió en el Evangelio del Señor (Evangelion) y las epístolas originales de Pablo (Apostolikon). Dentro de la Apostolikon están: Gálatas, 1ª y 2ª Corintios, Romanos, 1ª y 2ª Tesalonicenses, Efesios, Colosenses, Filemón y Filipenses. Esa es la totalidad de la primera Biblia como era entonces y como es ahora. ***Nunca ha sido cambiado o alterado de ninguna manera y nunca ha contenido un "Antiguo Testamento".***

La Iglesia Cristiana Marcionita

La Iglesia Cristiana Marcionita se extendió por todo el mundo conocido, creció más que la Iglesia Católica y durante siglos sus cimientos de la Primera Biblia dominaron la cultura y tradición Cristiana con millones de adherentes. Los marcionistas reconocieron que el dios del Antiguo Testamento estaba en contradicción directa con las enseñanzas de Cristo y esta creencia les generó muchos enemigos ricos y poderosos.

ANTÍTESIS/COMPARACIÓN

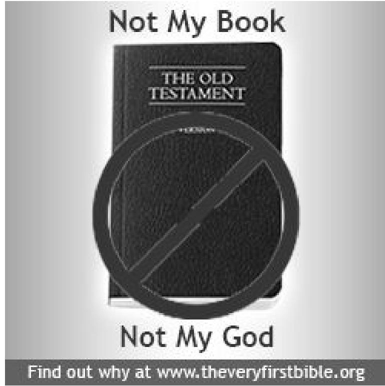
DIOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO	DIOS DEL NUEVO TESTAMENTO
...salieron unos niños de la ciudad y se burlaron de él [Eliseo]... y él los maldijo en el nombre del Señor. Luego salieron dos osos del bosque y atacaron a cuarenta y dos de ellos. (2 Reyes 2:23,24)	Y le trajeron niños pequeños... y sus discípulos reprendieron a los que los trajeron. Pero Jesús... les dijo: "Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis, porque de los que son así es el reino de Dios". (Marcos 10:13,14)
Dedicaron la ciudad al Señor, destruyeron con la espada todo lo que vivía en ella: hombres, mujeres, jóvenes y viejos, ganado, ovejas y burros. Luego quemaron toda la ciudad, todo lo que había en ella, pero pusieron la plata, el oro y los artículos de bronce y hierro en el tesoro de la casa del Señor. (Josué 6:21,24)	Queridos hermanos, no os venguéis, sino que dejéis lugar a la ira, porque está escrito: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. Si tu enemigo tiene hambre, aliméntalo; si tiene sed, dale de beber, porque así amontonarás ascuas de fuego sobre su cabeza. No te dejes vencer por el mal, sino que vence el mal con el bien. (Romanos 12:19,20,21)
Y del suelo el Señor Yahvé hizo crecer todo árbol... el árbol del conocimiento del bien y del mal. (Gen.2:9; 3:1)	Porque el árbol corrupto no da buen fruto, ni el árbol bueno da frutos corruptos. (Lucas 6:43)
Creo luz, y creo oscuridad: Hago la paz, y creo el mal: Yo, el Señor Yahvé, hago todas estas cosas (Isaías 45:7).	Dios es luz, y en Él no hay ninguna oscuridad (1 Juan 1:5b) Dios es amor (1 Juan 4:16); [El amor] no piensa en el mal (1 Corintios 13:5d).
Yo, el Señor tu Dios, soy un Dios celoso (Éxodo 20:5)... ...porque el Señor, cuyo nombre es Celoso, es un Dios celoso (Éxodo 34:14).	
Es un Dios celoso; no perdonará tus transgresiones ni tus pecados. Si abandonas al Señor, Él se volverá y te hará daño y te consumirá... (Josué 24:13,14)	El amor no conoce los celos... (1 Corintios 13:4)
Porque yo, el Señor Dios, soy un Dios celoso, que visito la iniquidad de los padres en la tercera y cuarta generación de los que me odian (Éxodo 20:5)	Entonces Pedro se acercó a él y le dijo: "Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí y yo le perdono? ¿Hasta siete veces?" Jesús le dijo: "No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete". (Mateo 18:23-22)
Y el sol se detuvo, y la luna se quedó, hasta que el pueblo se vengó de sus enemigos... porque el Señor luchó por Israel. (Josué 10:12-14)	Enfádate, pero no cometas pecado; no dejes que el sol se ponga sobre tu ira. (Efesios 4:26)
Ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie... (Éxodo 21:24)	Y al que te golpee en una mejilla, ofrécele también la otra... (Lucas 6:29)
El Señor Yahvé llamó a Adam y le dijo: "¿Dónde estás?" (Génesis 3:9)	Dios... lo sabe todo. (Juan 3:20)
Echó sobre ellos el ardor de su cólera, su ira, su indignación y sus problemas, enviando ángeles malos entre ellos (Salmo 78:49).	Dios es luz, y en Él no hay ninguna oscuridad (Juan 1:5b)
Y si una mujer tiene un flujo, y si su flujo en la carne es de sangre, será apartada siete días; el que la toque será impuro hasta la tarde... y si una mujer tiene un flujo de su sangre... más allá del tiempo de su separación,... será impura. (Levítico 15:19,25)	Y una mujer que tenía un flujo de sangre de doce años, que había gastado toda su vida en médicos, sin poder curarse de ninguno, se acercó por detrás [de Jesús], y tocó el borde de Su manto: e inmediatamente su flujo de sangre cesó. (Lucas 8:43,44)
Según el Génesis 32, un personaje del Antiguo Testamento llamado Jacob derrota a Dios en un combate de lucha libre. .	Comentario/comparación no necesaria
Los convertiré en un horror y una ofensa para todos los reinos de la tierra, una desgracia, un objeto de escarnio, ridículo y maldición, dondequiera que los haya desterrado. Y enviaré contra ellos espada, hambre y plaga, hasta que perezcan de la tierra que les di a ellos y a sus padres. (Jeremías 24:9, 10)	Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él crea no se pierda, sino que tenga vida eterna. (Juan 3:16)

LA NULIDAD DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Forzar el Antiguo Testamento en la primera Biblia Cristiana es nada menos que una violación teológica - y crear una abominación continua.

Es difícil exagerar los efectos negativos que esta acción tuvo en el cristianismo y en la humanidad en general. ¿Fue hecho como un acto político calculado diseñado para reunir a personas muy dispares bajo el control del Imperio Romano? ¿O había fuerzas más oscuras y siniestras en juego con una agenda más amplia y de mayor alcance?

Lo que sabemos es que obliga a los Cristianos a defender las palabras y acciones de un Dios alienígena. Aquellos que atacan al Cristianismo señalan la vil actividad contenida en el Antiguo Testamento y gritan, "¡Está en tu Biblia, este es tu Dios, defiéndelo! Esto pone a los Cristianos en una muy mala posición - una posición imposible forzada sobre ellos por un comité político Romano y más tarde, por el propio Concilio de Roma - la injusta posición de culpabilidad por asociación en la que permanecen hasta el día de hoy.



Además, ¡cuántos millones de potenciales cristianos han leído el Antiguo Testamento y, como resultado directo de estar asqueados por él, descartaron la biblia Y el cristianismo en su conjunto! O incluso impulsados a convertirse en ateos.

Si el plan era atar a la Cristiandad como un movimiento y alejar a la gente de Cristo, forzar el Antiguo Testamento a la primera Biblia ha demostrado ser tácticamente brillante.

En resumen, la Biblia moderna (ahora con docenas de versiones, cada una de las cuales promueve un sabor diferente de las agendas sociales y políticas) se ha convertido en un confuso pantano teológico bipolar de ideología conflictiva, plagado de sutiles (y no tan sutiles) intentos de meter una clavija cuadrada en un agujero redondo, haciendo casi imposible cualquier intento de discernir sólo las escrituras originales.

Desafortunadamente, no es tan fácil como simplemente eliminar el Antiguo Testamento. En el año 382 D.C., el Consejo de Roma añadió no menos de 27 libros al Nuevo Testamento y editó muchas de las epístolas originales de Pablo en un intento de introducir la narrativa del Antiguo Testamento en el Cristianismo - vertiendo vino nuevo en odres viejos, por así decirlo.

HEREJÍA DE CONSTANTINE/CONSEJO DE NICAEA

El adorador del Dios sol romano, el emperador Constantino, convoca el Concilio de Nicea en el 325 D.C.

El Concilio de Nicea estaba compuesto por más de 300 obispos del Imperio Romano que se reunieron para poner fin a las disputas doctrinales (bajo amenaza de exilio) y crear una religión cristiana unificada bajo los auspicios de Roma. Fue presidida por el emperador Constantino - un adorador del dios sol romano, Sol Invictus (una imagen de Constantino y su dios sol se ven en las monedas debajo de las cuales estaban en circulación durante el Concilio de Nicea).



Los líderes de la gran y creciente Iglesia Marcionita no fueron invitados al sínodo o se negaron a asistir.

En el año 331 D.C., seis años después de que el concilio se reuniera, Constantino ordenó la publicación de cincuenta (50) biblias editadas y los eruditos religiosos confirmaron que contenían el Antiguo Testamento.

En el año 332 D.C. Constantino anuncia su Edicto contra los herejes, y ordena que todas las iglesias marcionistas y lugares de reunión sean confiscados por la fuerza y entregados a la Iglesia Católica.

En el 382 D.C., la Iglesia Católica convoca el Concilio de Roma y anuncia formalmente lo que han decidido incluir en su nueva biblia: 39 libros para el Antiguo Testamento y 27 libros para el Nuevo Testamento para un total de 66 libros.

Su producto final - producido después de siglos de adiciones, revisiones, comités, consejos, grupos de enfoque teológico y edición - se parece poco a La Primera Biblia.

PERSONAS Y EVENTOS CLAVES

En el siglo II D.C., Marción de Sinope notó las diferencias obvias entre el dios del Antiguo Testamento y nuestro Dios Cristiano y concluyó que no eran las mismas - escribió un libro detallando y esbozando sus observaciones y los hechos de apoyo. Más tarde, presentó su caso a las autoridades eclesiásticas de la época y fue inmediatamente excomulgado. El libro se titulaba "Antítesis" y todos los ejemplares conocidos fueron cazados y destruidos a lo largo de los siglos.



Conocemos el libro y algunos de sus contenidos porque las autoridades religiosas y políticas contrataron a una plétora de escritores y filósofos para atacar y desprestigiar a Marción y a los que se adhirieron a la primera y verdadera biblia. Pero cometieron el error de citar directamente a "Antítesis" y como sus libros sobrevivieron, los escritos de Marción también lo hicieron.

Es interesante notar que todos los escritores que atacaron a Marción lo hicieron sólo después de su muerte cuando no pudo responder o refutar sus afirmaciones malignas. Algunos, como Tertuliano en su libro del 207 D.C. "Adversus Marcionem, (Contra Marción)" incluso llegó a atacar al Apóstol Pablo, llamándolo "el apóstol de los herejes".

Después de su pelea con las autoridades, Marción formó una nueva iglesia basada en la primera biblia y las escrituras originales conocidas. Se sabe que se reunió personalmente con el Apóstol Juan y le presentó una copia de la primera biblia cristiana, una copia del libro Antítesis, o ambas, como se ve en esta miniatura del siglo X de los archivos de la Catedral de San Bravo en Gante. La inscripción dice que Marción "trajo las escrituras de los hermanos Pónticos..."

Desde alrededor del 144 D.C., la Iglesia Cristiana Marcionita, con su piedra de toque de la Primera Biblia y millones de adherentes, se extendió por todo el mundo conocido y creció más que incluso la Iglesia Católica.

Este crecimiento monumental continuó a pesar de la persecución de los emperadores romanos. La iglesia existió hasta bien entrado el siglo X, y muchos de sus fieles se encontraron en Siria y el noreste de Persia durante las últimas etapas de su existencia.

La Iglesia Cristiana Marcionita está ahora en proceso de reconstrucción tras un esfuerzo coordinado para eliminar todos los rastros de sus libros e iglesias que abarcan siglos.

No es una pequeña ironía que todos los rastros de la primera biblia, y de hecho del propio marcionismo, no hayan sido borrados después de siglos de supresión debido a la ferocidad y el número de ataques registrados por sus enemigos. Justino, Ireneo, Clemente, Tertuliano, Hipólito, Orígenes y otros denunciaron a Marción por escrito, asegurando que la verdad y la historia de la Primera Biblia perduraran.

Recientemente, una antigua iglesia marcionita en Siria fue descubierta con una inscripción fechada

.

The Is Chrestos of Marcion
Deir Ali (Lebaba), Syria 318/9 CE



Συναγωγη Μαρκιωνιστων κωμ(ης)
Λεβαβων του κ(υριο)υ και σω(τη)ρ(ος) Ιη(σου) Χρηστου
προνοια(ι) Παυλου πρεσβ(υτερου) -- του λχ' ετους.

La placa está fechada en el 318 D.C. y dice "El Señor y Salvador Jesús, el bueno" y es la primera mención de Jesús en la historia registrada (Le Bas and Waddington, Inscriptions, No. 2558, vol. iii. p. 583) y más antigua que cualquier inscripción fechada perteneciente a una iglesia católica.

"Como hemos dicho antes, ahora repito, si alguien les predica un evangelio distinto del que han recibido, que sea maldecido." (Gálatas 1:9).

CAPÍTULO UNO

1 En el decimoquinto año de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, Jesús descendió a Cafarnaún, ciudad de Galilea, y enseñaba en la sinagoga los sábados; y se asombraron de su doctrina, porque su palabra estaba en el poder. Y en la sinagoga había un hombre que tenía un espíritu de demonio inmundo, y clamó a gran voz diciendo: Déjanos en paz; ¿qué tenemos que ver contigo, Jesús? ¿Vienes a destruirnos? Te conozco como eres, el Santo de Dios. Y Jesús le reprendió diciendo: "Cállate y sal de él". Y cuando el diablo lo arrojó en medio, salió de él y no le hizo daño. Y todos se maravillaron y hablaron entre ellos, diciendo: ¡Qué palabra es ésta! Porque con autoridad y poder ordena a los espíritus inmundos, y ellos salen. Y su fama se extendió por todo el país.

2 Vino a Nazaret, entró en la sinagoga en Sabbat y se sentó. Y comenzó a hablarles, todos se maravillaban de las palabras que salían de su boca. Y les dijo: "Me diréis este refrán: Médico, cúrate a ti mismo. Todo lo que hemos oído hacer en Cafarnaún, hazlo también aquí en tu país". Pero os digo la verdad: muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando el cielo se cerró tres años y seis meses, cuando hubo gran hambre en toda la tierra; pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a Sarepta, ciudad de Sidón, a una mujer viuda. Y había muchos leprosos en Israel en el tiempo del profeta Eliseo, y ninguno de ellos fue limpiado, excepto Naamán el sirio. Todos se llenaron de ira en la sinagoga, se levantaron, y lo echaron fuera de la ciudad, y lo llevaron a la cima de la colina sobre la cual su ciudad fue edificada, para lanzarlo de cabeza. Pero él, pasando por en medio de ellos, siguió su camino.

3 Cuando el sol se ocultaba, todos los enfermos llegaban a él, ponía sus manos sobre cada uno de ellos y los curaba. Y salieron demonios de muchos, gritando y diciendo: "Tú eres el Hijo de Dios". Y les reprendía sin dejarles hablar. Y cuando se hizo de día, salió y se fue a un lugar desierto; la gente lo buscó, y llegaron a él, lo detuvieron para que no se alejara de ellos. Y les dijo: "Debo predicar el reino de Dios también a otras ciudades, porque para eso he sido enviado". Y predicaba en las sinagogas de Galilea.

CAPÍTULO DOS

1 Y sucedió que se paró junto al lago de Genesaret, y vio dos barcos junto al lago; pero los pescadores salieron de ellos, y estaban lavando sus redes. Y entró en una de las barcas, que era la de Simón, y le rogó que se alejara un poco de la tierra. Y se sentó, y enseñó a la gente a salir del barco. Cuando terminó de hablar, le dijo a Simón: "Lánzate a las profundidades y deja caer las redes para que haya una corriente de aire". Y respondiendo Simón, le dijo: Maestro, hemos trabajado toda la noche y no hemos cogido nada; pero por tu palabra echaré la red. Cuando lo hicieron, encerraron una gran cantidad de peces, y su red se rompió. Llamaron a sus compañeros, que estaban en el otro barco, para que vinieran a ayudarles. Y vinieron, y llenaron ambos barcos, de modo que comenzaron a hundirse. Al ver esto, Simón Pedro se arrodilló ante Jesús y le dijo: "Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador". Porque estaba atónito, y todos los que estaban con él, por la pesca que habían hecho; y lo mismo hicieron Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Y Jesús dijo a Simón: No temas; de ahora en adelante atraparás a los hombres con vida. Y cuando trajeron sus barcos a tierra, lo dejaron todo y le siguieron.

2 Y sucedió que, al ver a Jesús, se postró sobre su rostro y le suplicó diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. Y extendió la mano y le tocó, diciendo: Quedas limpio. Al instante la lepra se apartó de él. Le pidió que no se lo dijera a nadie, sino que fuera y se mostrara al sacerdote y se ofreciera, como ordenó Moisés, para que esto fuese un testimonio. Pero al irse de allí, grandes multitudes se reunieron para escucharlo, para ser curados por él de sus enfermedades. Y él se retiraba al desierto, y oraba.

3 Y aconteció que cierto día, mientras estaba enseñando, estaban sentados los fariseos y los doctores de la ley, que habían venido de todas las ciudades de Galilea, de Judea y de Jerusalén; y el poder del Señor estaba presente para sanarlos. Trajeron a un paralítico en una cama, lo colocaron delante de él. Lo subieron al tejado y lo dejaron bajar por las tejas con su camilla en medio de Jesús. Viendo la fe en ellos, le dijo: Hombre, tus pecados te son perdonados. Y los escribas y los fariseos comenzaron a discutir, diciendo: ¿Quién es el que habla blasfemias? ¿Quién puede perdonar los pecados, sino sólo Dios? Pero cuando Jesús, percibió sus razonamientos, respondió y les dijo: ¿Por qué razonáis en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir: "Tus pecados te serán perdonados" o decir: "Levántate y camina"? Pero para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar los pecados, dijo al paralítico: "Te digo que te levantes, toma tu camilla y entra en tu casa". Y al instante el hombre se levantó delante de ellos, tomó el lecho y se fue a su casa, glorificando a Dios. Todos se maravillaron, y glorificaron a Dios, se llenaron de temor, diciendo: Hoy hemos visto cosas extrañas.

4 Después de esto salió y vio a un publicano llamado Levi, sentado en el recibidor de la aduana, y le dijo: "Sígueme". Y dejándolo todo, se levantó y le siguió. Leví le hizo un gran banquete en su casa, y había una gran compañía de publicanos y de otros que se sentaban con ellos. Pero sus escribas y fariseos murmuraban contra sus discípulos, diciendo: ¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores? Respondiendo Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores al arrepentimiento. Y le dijeron: ¿Por qué los discípulos de Juan ayunan a menudo y hacen oraciones, y también los discípulos de los fariseos, pero vosotros coméis y bebéis? Y él les dijo: ¿Podéis hacer ayunar a los hijos de la cámara nupcial, mientras el novio está con ellos? Pero vendrán días en que el novio les será arrebatado, y entonces ayunarán en esos días.

5 Y les dijo una parábola: Nadie pone un trozo de un vestido nuevo sobre un vestido viejo; de lo contrario, tanto el nuevo hace una renta, como el trozo que se sacó del nuevo no concuerda con el viejo. Y nadie pone vino nuevo en odres viejos; de lo contrario, el vino nuevo reventará los odres, y se derramará, y los odres perecerán. Pero el vino nuevo debe ser puesto en odres nuevos, y ambos se conservan.

CAPÍTULO TRES

1 Y sucedió que el segundo Sabbat, después del primero, pasó por los campos de maíz, y sus discípulos arrancaron las espigas y comieron, restregándoselas en las manos. Y algunos de los fariseos les dijeron: ¿Por qué hacéis lo que no es lícito hacer en Sabbat? Respondiendo Jesús, les dijo: ¿No habéis leído esto, lo que hizo David cuando tuvo hambre, y los que estaban con él; cómo entró en la casa de Dios, tomó y comió los panes de la proposición, y dio también a los que estaban con él; lo cual no es lícito comer sino sólo para los sacerdotes? Les dijo: El Hijo del Hombre es Señor incluso del Sabbat. Sucedió que otro Sabbat, entró en la sinagoga y había un hombre que tenía la mano derecha seca. Los escribas y fariseos le miraban, si sanaría en el día de Sabbat, para encontrar una acusación contra él. Pero él conocía sus pensamientos y dijo al hombre de la mano seca: "Levántate y ponte en medio". Y se levantó y se puso de pie. Entonces Jesús les dijo: Os preguntaré una cosa: ¿es lícito en los días de Sabbat hacer el bien o el mal? ¿Salvar la vida o destruirla? Y mirando a su alrededor, dijo al hombre: "Extiende tu mano". Lo hizo, y su mano fue restaurada entera como la otra. Se llenaron de ira y se comunicaron entre ellos lo que le harían a Jesús.

2 Y sucedió que en esos días, salió a una montaña a rezar, y continuó toda la noche rezando a Dios. Y cuando amaneció, llamó a sus discípulos; y de ellos eligió a doce, a los que también llamó apóstoles; a Simón, a quien también llamó Pedro, y a Andrés su hermano, a Santiago y Juan, a Felipe y Bartolomé, a Mateo y Tomás, a Santiago hijo de Alfeo, a Simón llamado Zelotes, a Judas hermano de Santiago y a Judas Iscariote, que también se convirtió en traidor.

3 Y descendió entre ellos, se puso en pie en la llanura, con la compañía de sus discípulos, una gran multitud de gente de toda Judea y Jerusalén, y de la costa del mar de Tiro y Sidón, que vinieron a escucharlo y a ser sanados de sus enfermedades, y de los que estaban afligidos por espíritus inmundos, y fueron sanados. Toda la multitud procuraba tocarlo, porque los curaba a todos. Y alzando los ojos a sus discípulos, dijo: Benditos seáis los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados. Bienaventurados los que lloráis ahora, porque reiréis. Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien y os separen de su compañía, y os reprochen y desechen vuestro nombre como malo, por el Hijo del hombre. Alegraos en aquel día y saltad de alegría, porque he aquí que vuestra recompensa es grande en el cielo; porque así hicieron sus padres con los profetas. Pero ¡ay de vosotros, ricos! Porque habéis recibido vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que estáis llenos! Porque tendréis hambre. ¡Ay de los que ríen ahora! Porque lloraréis y os pondréis a llorar. ¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! Porque así lo hicieron sus padres con los falsos profetas. Pero yo os digo a los que escucháis: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, y rezad por los que os usan a pesar de todo. Y al que te golpee en una mejilla, ofrécele también la otra; y al que te quite el manto, no le permitas que te quite también la túnica. Da a todo el que te pida, y al que te quite tus bienes no le pidas más. Y como quieres que te hagan los hombres, hazles lo mismo a ellos. Porque si amas a los que te aman, ¿qué gracias tiene? Porque los pecadores también aman a los que los aman. Y si hacéis el bien a los que os lo hacen, ¿qué gracia tenéis? Porque los pecadores también hacen lo mismo. Y si prestas a aquellos de los que esperas recibir, ¿qué gracias tiene? Porque los pecadores también prestan a los pecadores, para recibir lo mismo de nuevo. Amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad, sin esperar nada más; y vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo, porque él es bondadoso con los desagradecidos y con los malos. Sed, pues, misericordiosos, como vuestro Padre también es misericordioso. No juzguéis y no seréis juzgados: No condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará. La buena medida, apretada, conmovida y rebosante, será entregada en vuestro seno. Porque con la misma medida con que medís, os será medido de nuevo. Y les dijo una parábola: ¿Puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el foso? El discípulo no está por encima de su maestro, pero todo el que es perfecto será como su maestro. ¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no percibes la viga que está en tu propio ojo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano, hermano, déjame sacar la paja que hay en tu ojo, si tú mismo no ves la viga que hay en tu propio ojo? Hipócrita, echa primero la viga de tu propio ojo, y luego verás claramente para sacar la paja que hay en el ojo de tu hermano.

4 Porque no hay árbol bueno que produzca frutos corruptos, ni árbol corrupto que produzca frutos buenos. Porque cada árbol se conoce por su propio fruto. Porque de los espinos no se recogen higos, ni de la zarza se recogen uvas. El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla su boca. ¿Y por qué me llamas Señor y no haces las cosas que digo? Todo el que venga a mí y escuche mis palabras y las haga, yo te mostraré a quién es semejante: es como un hombre que construye casas, que cavó y se adentró, y puso un cimiento sobre una roca; y cuando surgió el diluvio, el arroyo golpeó vehementemente sobre esa casa, y no tuvo fuerza para sacudirla, porque estaba cimentada sobre una roca. Pero el que oye y no hace, es como el hombre que sin fundamento edificó una casa sobre la tierra, contra la cual el arroyo golpeó vehementemente, y en seguida cayó, y la ruina de esa casa fue grande.

CAPÍTULO CUATRO

1 Cuando terminó de decir sus palabras a los oídos del pueblo, entró en Cafarnaún. Y un sirviente de un centurión estaba enfermo, e iba a morir; él era muy valioso para él. Cuando oyó hablar de Jesús, le envió a los ancianos de los judíos, pidiéndole que viniera a curar a su siervo. Y cuando se acercaron a Jesús, le rogaron encarecidamente, diciendo que era digno de quien lo hiciera, porque ama a nuestra nación y nos ha construido una sinagoga. Entonces Jesús fue con ellos. Y cuando estaba cerca de la casa, el centurión le envió amigos diciéndole: "Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo": Por eso no me creía digno de venir a ti, pero di mi palabra y mi hijo será curado. Porque yo también soy un hombre con autoridad, que tiene bajo su mando soldados, y si les digo a uno: Ve, él va; y a otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. Al oír Jesús estas cosas, se maravilló de él y volviéndose, dijo a la gente que le seguía: Os digo que ni siquiera en Israel he encontrado una fe tan grande. Y los que fueron enviados, volviendo a la casa, encontraron al sirviente sano luego de estar enfermo.

2 Y al día siguiente, iba a una ciudad llamada Naín, muchos de sus discípulos iban con él, una gran multitud. Y cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda, y una gran multitud de la ciudad estaba con ella. Y cuando el Señor la vio, tuvo compasión de ella, y le dijo: No llores. Vino y tocó el féretro, y los que lo llevaban se detuvieron. Y dijo: Joven, te digo que te levantes. Y el que estaba muerto se sentó y comenzó a hablar. Lo entregó a su madre. Y vino un temor a todos, glorificaron a Dios, diciendo: Que un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y que Dios ha visitado a su pueblo. Este rumor de él se extendió por toda Judea, y por toda la región de alrededor.

3 Y los discípulos de Juan le contaron todas estas cosas. Y Juan se escandalizó. Juan llamando a dos de sus discípulos, los envió a Jesús, diciendo: ¿Eres tú el que viene? ¿O buscamos a otro? Y cuando los hombres se acercaron a él, dijeron: Juan Bautista nos ha enviado a ti, diciendo: ¿Eres tú el que ha de venir? ¿O buscamos a otro? Y en aquella misma hora curó a muchos de las enfermedades y plagas y de los malos espíritus; y a muchos ciegos les dio la vista. Respondiendo Jesús, les dijo: Id y decid a Juan lo que habéis visto y oído; que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia la buena nueva. Y bendito sea él, si no se ofende en mí. Y cuando los mensajeros de Juan se fueron, comenzó a hablar a las multitudes sobre Juan. ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? ¿Pero qué salisteis a ver? ¿A un hombre vestido con un traje suave? He aquí que los que tienen vestiduras hermosas y refinadas, están en la corte de los reyes. ¿Pero qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y mucho más que un profeta. Éste es aquel de quien está escrito: "He aquí que envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti". Porque os digo que entre los nacidos de mujer, no hay mayor profeta que Juan el Bautista, pero el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él. Y todo el pueblo, al oírlo, y los publicanos, justificaron a Dios, siendo bautizados con el bautismo de Juan. Pero los fariseos y los abogados rechazaron el consejo de Dios para sí mismos, al no ser bautizados por él. Y el Señor dijo: "¿A quién, pues, compararé a los hombres de esta generación? ¿Y a qué se parecen? Son como los niños que se sientan en la plaza, se llaman unos a otros y dicen: "Te hemos tocado la flauta y no has bailado, te hemos llorado y no has llorado". Porque vino Juan el Bautista, que no comía pan ni bebía vino, y vosotros decís que tiene un demonio. El Hijo del Hombre vino comiendo y bebiendo, y vosotros decís: ¡He aquí un hombre glotón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores! Y la sabiduría fue justificada de todos sus hijos.

4 Y uno de los fariseos le deseaba que comiera con él. Y entró en la casa del fariseo, y se reclinó para comer. Y he aquí una mujer de la ciudad, que era pecadora, cuando supo que estaba reclinado en casa del fariseo, trajo un frasco de bálsamo y se puso a sus pies detrás de él llorando, y comenzó a lavarle los pies con lágrimas, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y le besaba los pies y los ungía con el bálsamo. Al verlo el fariseo que le había invitado, habló dentro de sí, diciendo: "Este hombre, si fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que le ha tocado, porque es una pecadora". Y respondiendo Jesús le dijo: Simón, tengo algo que decirte. Y él dijo: Maestro, di. Cierto prestamista tenía dos deudores: uno debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Y como no tenían nada que pagar, les perdonó a los dos. Dime entonces, ¿cuál de ellos lo amará más? Respondió Simón y dijo: "Supongo que aquel a quien perdonó más". Y le dijo: "Has juzgado bien. Se volvió hacia la mujer y le dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa; no me diste agua para los pies, pero ella me mojó los pies con lágrimas y los enjugó con los cabellos de su cabeza. No me disteis un beso; pero desde que entré no ha dejado de besarme los pies. No ungisteis mi cabeza con aceite, pero esta mujer ha ungido mis pies con bálsamo. Por lo cual os digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque ha amado mucho; pero a quien poco se le perdona, poco ama. Y le dijo: Tus pecados están perdonados. Y los que estaban recostados con él comenzaron a decir dentro de sí mismos: ¿Quién es éste que incluso perdona los pecados? Y le dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado; ve en paz.

CAPÍTULO CINCO

1 sucedió después que recorrió todas las ciudades y pueblos, predicando y anunciando como buena nueva el reino de Dios, y los doce estaban con él. Y cierta mujer, que había sido curada de malos espíritus y enfermedades, María llamada Magdalena, de la cual habían salido siete demonios, Juana la esposa de Chuza, el mayordomo de Herodes, Susana, y muchas otras, que le servían de sus posesiones.

2 Y cuando se reunió una gran multitud, se le acercaron los de todas las ciudades, habló por medio de una parábola: un sembrador salió a sembrar su semilla; mientras sembraba, parte cayó al lado del camino; y fue pisoteada, las aves del cielo la devoraron. Otra cayó sobre la roca, y al brotar se secó por falta de humedad. Y otra cayó en medio de las espinas, y las espinas brotaron con ella y la ahogaron. Y otra cayó en la buena tierra, y al brotar, produjo fruto al ciento por uno. Cuando dijo estas cosas, gritó: "El que tenga oídos para oír, que oiga". Y sus discípulos le preguntaron, diciendo: ¿Qué podría ser esta parábola? Y él dijo: A vosotros os es dado conocer los misterios del reino de Dios; pero a los demás, en parábolas, para que viendo no vean y oyendo no entiendan.

3 Nadie, cuando enciende una lámpara, la cubre con una vasija, o la pone debajo de una cama; sino que la pone sobre un candelabro, para que los que entren puedan ver la luz. Porque no hay ningún secreto que no se manifieste, ni oculto que no se conozca y se vea. Mirad, pues, cómo oís; porque al que tiene, se le dará; y al que no tiene, se le quitará hasta lo que parece tener.

4 Y le dijeron ciertas personas: "Tu madre y tus hermanos están fuera, deseando verte". Y él respondió y les dijo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Mi madre y mis hermanos son los que escuchan mis palabras y las ponen en práctica.

5 Y sucedió que uno de los días, entró en una barca con sus discípulos, y les dijo: Vamos a la otra orilla del lago. Se lanzaron. Pero mientras navegaban, él se durmió. Se desató una tormenta de viento en el lago; y se llenaron de agua, y estaban en peligro. Se acercaron a él y lo despertaron diciendo: "Maestro, Maestro, morimos". Y él se levantó, y reprendió al viento y a la furia del agua. Y cesaron, hubo una calma. Y les dijo: ¿Dónde está vuestra fe? Y se asustaron y se maravillaron, diciéndose unos a otros: ¿Quién es éste? Porque él manda hasta a los vientos y al agua, y ellos le obedecen.

6 Y navegaron hasta el país de los gadarenos, que está frente a Galilea. Y cuando salió a tierra, le salió al encuentro fuera de la ciudad un hombre que tenía demonios desde hacía mucho tiempo, y que no llevaba capa ni moraba en una casa, sino entre las tumbas. Al ver a Jesús, dio un grito y se postró delante de él, diciendo en voz alta: "¿Qué tengo yo contigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te lo suplico, no me atormentes. Porque había ordenado al espíritu inmundo que saliera del hombre. Porque muchas veces lo había atrapado, y estaba custodiado y atado con cadenas y grilletes, rompió las ataduras y fue expulsado por el diablo a los desiertos. Y Jesús le preguntó, diciendo: ¿Cómo te llamas? Y él dijo: Legión, porque muchos demonios entraron en él. Y le rogaron que no les ordenara salir al abismo. Había allí una manada de muchos cerdos que se alimentaban en el monte; y le rogaron que les permitiera entrar en ellos. Y él les permitió. Entonces los demonios salieron del hombre, y entraron en los cerdos: y la manada corrió violentamente por el lugar escarpado hacia el lago. Cuando los que los alimentaban vieron lo que se hizo, huyeron, y fueron a contarlo en la ciudad y en el campo. Entonces salieron a ver lo que había sucedido y, al llegar a Jesús, encontraron al hombre de quien habían partido los demonios, sentado a los pies de Jesús, vestido y en su sano juicio, y tuvieron miedo. Los que lo vieron les dijeron por qué se había salvado el poseído por los demonios. Entonces toda la multitud del país de los gadarenos de alrededor le pidió que se alejara de ellos, porque estaban muy asustados. El hombre de quien se habían apartado los demonios le rogó que estuviera con él, pero Jesús le despidió diciendo: "Vuelve a tu casa y cuenta cuán grandes cosas te ha hecho Dios". Y se fue, anunciando por toda la ciudad las grandes cosas que Jesús le había hecho.

7 Y cuando Jesús regresó, la multitud lo acogió, porque todos lo estaban esperando. He aquí que llegó un hombre llamado Jairo, que era el jefe de la sinagoga, se postró a los pies de Jesús y le rogó que entrara en su casa, porque tenía una hija única, de unos doce años, y se estaba muriendo. Y mientras iba, las multitudes lo agolpaban. Una mujer que tenía un problema con su sangre de hace más de doce años, que había gastado toda su vida en médicos, y que no podía ser curada de ninguno, se acercó por detrás de él, y tocó el borde de su manto: e inmediatamente su enfermedad se detuvo. Y Jesús dijo: ¿Quién me ha tocado? Cuando todos negaron, Pedro y los que estaban con él dijeron: "Maestro, la multitud te apretuja y te presiona, y te dice: ¿Quién me ha tocado? Y Jesús dijo: Alguien me ha tocado, porque he percibido que el poder ha salido de mí. Y la mujer, al ver que no estaba escondida, vino temblando y cayendo ante él, le declaró ante todo el pueblo la razón por la que le había tocado y cómo había sido curada en seguida. Y él le dijo: "Hija, ten consuelo; tu fe te ha salvado; ve en paz". Mientras aún hablaba, vino uno de los jefes de la casa de la sinagoga, diciéndole: Tu hija ha muerto; no molestes al Maestro. Pero al oírlo Jesús, le respondió diciendo: No temas; cree solamente, y se salvará. Y cuando entró en la casa, no permitió que nadie entrara, salvo Pedro, Santiago y Juan, y el padre y la madre de la joven. Todos lloraban y se lamentaban por ella; pero él dijo: No llores; no está muerta, sino que duerme. Y se rieron de él con desprecio, sabiendo que estaba muerta. Y él los sacó a todos, y la tomó de la mano, y llamó, diciendo: Muchacha, levántate. Y su espíritu volvió, y ella se levantó en seguida; y ordenó que le dieran algo de

comer. Y sus padres se quedaron atónitos; pero les mandó que no dijeran a nadie lo que había hecho.

CAPÍTULO SEIS

1 Entonces llamó a sus doce discípulos y les dio poder y autoridad sobre todos los demonios, y para curar enfermedades. Y los envió a predicar el reino de Dios y a curar a los enfermos. Y les dijo: No toméis nada para el camino, ni bastones, ni alforjas, ni pan, ni dinero, ni tengáis dos túnicas cada uno. Y en cualquier casa en la que entréis, permaneced allí, y de allí salid. Y los que no os reciban, cuando salgáis de la ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies como testimonio contra ellos. Y partieron, y recorrieron las aldeas en orden, anunciando la buena nueva y la sanación por todas partes.

Y oyó Herodes el tetrarca todo lo que había hecho; y quedó perplejo, porque se decía de algunos que Juan había resucitado de entre los muertos, y de otros que Elías había aparecido, y de otros que un profeta, uno de los originales, había resucitado. Y Herodes dijo: A Juan lo he decapitado; pero ¿quién es éste, de quien oigo tales cosas? Y quiso verlo.

2 Y los apóstoles volvieron y le contaron todo lo que habían hecho. Y él los tomó, y se fue en privado a un lugar desierto de una ciudad llamada Betsaida. Y las multitudes lo percibieron y lo siguieron. Él los recibió y les habló del reino de Dios, y sanó a los que necesitaban ser curados. Cuando el día comenzó a declinar, vinieron los doce y le dijeron: Despide a la multitud, para que vayan a las ciudades y campos de alrededor, a alojarse y a buscar víveres, porque estamos en un lugar desierto. Pero él les dijo: Dadles de comer. Y ellos dijeron: No tenemos más que cinco panes y dos peces, si no vamos a comprar comida para todo este pueblo. Porque eran unos cinco mil hombres. Y dijo a sus discípulos: Haced que se reclinen en grupos de cincuenta. Y así lo hicieron. Tomó los cinco panes y los dos peces, y mirando al cielo, los bendijo, los partió y los dio a los discípulos para que los pusieran delante de la multitud. Y comieron, y se saciaron todos; y lo que les quedaba en pedazos, lo recogieron en doce canastas.

3 Y mientras estaba solo orando, sus discípulos estaban con él, y les preguntó, diciendo: ¿Quién dice la gente que soy yo? Ellos respondieron: Juan el Bautista; pero algunos dicen: Elías; y otros dicen que algún profeta de los originales ha resucitado. Él les dijo: ¿Pero quién decís que soy yo? Pedro respondió: El Cristo de Dios. Y él les reprendió, y les mandó que no dijesen tal cosa, diciendo: Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y sea desechado por los ancianos, por los jefes de los sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto y resucite al tercer día. Y les dijo a todos: Si alguno quiere venir en busca de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, la salvará. ¿De qué se beneficia un hombre si gana el mundo entero y se pierde o se pierde a sí mismo? Porque el que se avergüence de mí y de mis palabras, el Hijo del Hombre se avergonzará de él. Cuando venga en su propia gloria, y en la gloria de su Padre y de los santos ángeles. Pero os digo de verdad que hay algunos de los que están aquí, que de ninguna manera probarán la muerte, hasta que vean el reino de Dios.

4 AUnos ocho días después de estos dichos, tomó a Pedro, Juan y Santiago, y subió a una montaña a rezar. Y sucedió que mientras oraba, el aspecto de su rostro era diferente, y su vestimenta blanca, relampagueando como un rayo. Y he aquí que estaban con él dos hombres, que eran Moisés y Elías, vistos en su gloria. Pedro y los que estaban con él estaban agobiados por el sueño; pero cuando estuvieron completamente despiertos, vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Y sucedió que cuando se alejaron de él, Pedro dijo a Jesús: Maestro, bueno es que estemos aquí; y hagamos tres carpas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías, sin saber lo que decía. Pero mientras decía estas cosas, vino una nube y los cubrió con su sombra, y temieron al entrar en la nube. Y salió una voz de la nube que decía: "Este es mi Hijo amado: escuchadle". Y cuando la voz llegó, Jesús se encontró solo. Y ellos guardaron silencio, y no dijeron a nadie en aquellos días ninguna de las cosas que habían visto.

5 Al día siguiente, cuando bajaron de la montaña, una gran multitud se reunió con él. Y he aquí que un hombre de la multitud gritó diciendo: "Maestro, te ruego que mires a mi hijo, porque es mi único hijo". Y he aquí que un espíritu lo tomó, y de pronto dio un grito; y lo convulsionó con espuma, y apenas se apartó de él. Y rogué a tus discípulos que lo echaran fuera, y no pudieron. Y respondiendo Jesús dijo: Oh generación infiel y perversa, ¿cuánto tiempo estaré con vosotros y os sufriré? Trae a tu hijo aquí. Y como aún no había llegado, el diablo lo desgarró y lo convulsionó. Jesús reprendió al espíritu inmundo, curó al niño y lo entregó de nuevo a su padre. Y todos se asombraron de la majestad de Dios. Y como todos se maravillaban por todo lo que Jesús hacía, dijo a sus discípulos: "Escuchad estas palabras, porque el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los hombres". Pero ellos no entendieron este dicho, y se les ocultó para que no lo percibieran, y temieron preguntarle sobre ese dicho.

6 Entonces surgió un pensamiento entre ellos, cuál de ellos debería ser el más grande. Y Jesús, percibiendo el razonamiento de su corazón, tomó un niño, lo puso a su lado y les dijo: El que reciba a este niño en mi nombre, me recibe a mí; y el que me reciba a mí, recibe al que me envió; porque el que es más pequeño entre todos vosotros, ése será grande. Respondió Juan y dijo: Maestro, vimos a uno que echaba demonios en tu nombre, y se lo impedimos porque no nos seguía. Y Jesús le dijo: No se lo impidas, porque el que no está contra ti, está por ti.

7 Cuando se cumplieron los días de su toma de posesión, se puso firme para ir a Jerusalén, envió mensajeros, entraron en una aldea de los samaritanos, para prepararse para él. Y no le recibieron, porque

iba a Jerusalén. Al ver esto sus discípulos Santiago y Juan, dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo y consumirlos, como hizo Elías? Pero él se volvió y les reprendió, diciendo: "No sabéis de qué espíritu sois". Porque el Hijo del Hombre no vino a destruir la vida de los hombres, sino a salvarla. Y se fueron a otro pueblo. Y mientras iban por el camino, cierto hombre le dijo: Señor, te seguiré adondequiera que vayas. Jesús le dijo: Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo tienen hospedaje; pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza. Y le dijo a otro: Sígueme. Pero él dijo: Señor, déjame ir primero a enterrar a mi padre. Jesús le dijo: Deja que los muertos entierren a sus muertos, pero ve y predica el reino de Dios. Y otro dijo también: Señor, te seguiré; pero déjame ir primero a despedirme de los que están en mi casa. Y Jesús le dijo: Nadie que haya puesto su mano en el arado y mire hacia atrás es apto para el reino de Dios.

CAPÍTULO SIETE

1 Después de esto, el Señor designó también a otros setenta, y los envió de dos en dos delante a todas las ciudades y lugares a los que él mismo iba a ir. Y les dijo: La cosecha es mucha, pero los obreros son pocos; rogad, pues, al Señor de la cosecha que envíe obreros a su cosecha. Pues, por vuestros caminos; he aquí que yo os envío como corderos entre lobos. No llevéis bolsa, ni cartera, ni zapatos, y no saludéis a nadie en el camino. Y en cualquier casa que entres, di primero: "Que la paz sea con esta casa". Y si el hijo de la paz está allí, vuestra paz descansará sobre él; si no, se volverá a vosotros. Y permaneced en la misma casa comiendo y bebiendo lo que os den, porque el obrero es digno de su salario. No vayas de casa en casa. En cualquier ciudad en la que entres y te reciban, come lo que te pongan delante, y sana a los enfermos en ella, y diles: El reino de Dios se ha acercado a ti. Pero en cualquier ciudad en la que entres y no te reciban, sal a sus calles y di: "El polvo de tu ciudad, que nos es clave, lo limpiamos contra ti; pero ten por seguro que el reino de Dios está cerca de ti". Pero os digo que ese día será más tolerable para Sodoma que para esa ciudad. ¡Ay de ti, Corozaim! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si los poderes que se han hecho en Tiro y Sidón, se hubieran hecho en ti, se habrían arrepentido hace tiempo, sentados en saco y cenizas. Pero será más tolerable para Tiro y Sidón en el juicio, que para ti. ¿Y tú, Cafarnaún, que estás exaltada al cielo? Serás arrojado al Hades. El que os oye a vosotros me oye a mí, y el que os desprecia a vosotros me desprecia a mí, y el que me desprecia a mí desprecia al que me ha enviado. Y los setenta volvieron con alegría, diciendo: Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre. Y les dijo: He visto a Satanás como un rayo caído del cielo. He aquí que os doy autoridad para hollar serpientes y escorpiones, y sobre todo el poder del enemigo, y nada os dañará en modo alguno. No obstante, no os alegréis de que los espíritus se os sometan, sino alegraos porque vuestros nombres están escritos en los cielos. En aquella hora Jesús se regocijó en espíritu y dijo: Te doy gracias, Señor del cielo, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes, y se las has revelado a los niños. Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie sabe quién es el Padre sino el Hijo, y quién es el Hijo sino el Padre, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. Y volviéndose a sus discípulos, dijo en privado: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis: Porque os digo que los profetas no vieron lo que vosotros veis.

2 Y he aquí que cierto abogado se levantó y le tentó diciendo: "Maestro, ¿con qué obtendré la vida?". Y él le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo se lee? Y él respondió: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todas tus fuerzas, y de toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Y le dijo: Has respondido bien; haz esto y vivirás.

3 Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? Respondiendo Jesús, dijo: Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos ladrones que le despojaron y le golpearon, dejándole medio muerto. Y por casualidad bajó un cierto sacerdote por allí; y al verlo, pasó por el otro lado. Y también un levita, cuando estaba en el lugar, vino y lo vio, y pasó por el otro lado. Pero un samaritano que iba de camino bajó a él; y cuando lo vio, tuvo compasión de él, y fue a él, y le vendó las heridas, echando aceite y vino, y lo puso sobre su propia carne, y lo llevó a una posada, y lo cuidó. Al día siguiente, cuando se fue, sacó dos denarios y los dio al ejército, y le dijo: Cuida de él; y lo que gastes más, cuando vuelva, te lo pagaré. ¿Cuál de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó entre los ladrones? Y dijo: El que tuvo misericordia de él. Jesús le dijo: Ve y haz tú lo mismo.

4 Mientras iban, entró en cierto pueblo, y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa. Tenía una hermana llamada María, que también se sentó a los pies de Jesús y escuchó su palabra. Pero Marta se distrajo por mucho servir, y se acercó a él y le dijo: Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude. Respondió Jesús y le dijo: "Marta, Marta, estás ansiosa y preocupada por muchas cosas: Pero hay necesidad de una: y María eligió la parte buena, que no le será quitada.

CAPÍTULO OCHO

1 Estaba en cierto lugar rezando al Padre, cuando cesó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar, como Juan también enseñó a sus discípulos. Y les dijo: Cuando oréis, decid: Padre, que tu Espíritu Santo venga sobre nosotros, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. Danos día a día nuestro pan para el día que viene. Y perdona nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que están en deuda con nosotros. Y no nos dejes caer en la tentación. Y les dijo: ¿Quién de vosotros tendrá un amigo, que vaya a él a medianoche y le diga: Amigo, préstame tres panes, pues mi amigo ha venido a mí de viaje y no tengo nada que ofrecerle? Y él responderá desde dentro y dirá: "No me molestes, la puerta está cerrada y mis hijos están conmigo en la cama; no puedo levantarme y darte. Os digo que aunque no se levante y le dé, porque es su amigo, por su importunidad se levantará y le dará todo lo que necesite. Y os digo: Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe, y el que busca encuentra, y al que llama se le abrirá. Pero, ¿de quién de vosotros, que es padre, pedirá su hijo un pan que le dará una piedra? ¿O un pez, y él en lugar de un pez le dará una serpiente? O si le pide un huevo, ¿le dará un escorpión? Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan? Y estaba expulsando a un demonio, y era tonto.

2 Y sucedió que cuando el diablo salió, el mudo habló, y las multitudes se maravillaron. Pero algunos de ellos dijeron: "Echa demonios por medio de Belcebú, el jefe de los demonios". Y otros, tentándole, le buscaban una señal del cielo. Pero él, conociendo sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo es asolado, y una casa dividida contra otra casa cae. Y si Satanás también está dividido contra sí mismo, ¿cómo se establecerá su reino? Porque tú dices que yo expulso a los demonios en Belcebú. Y si yo en Belcebú expulso a los diablos, ¿en quién los expulsan vuestros hijos? Por lo tanto, ellos serán vuestros jueces. Pero si yo con el dedo de Dios expulso a los demonios, sin duda el reino de Dios ha llegado a vosotros. Cuando un hombre fuerte y armado mantiene su palacio, sus bienes están en paz. Pero cuando el más fuerte que él venga sobre él y lo venza, le quitará toda su armadura en la que confiaba y dividirá su botín. El que no está conmigo, está contra mí, y el que no recoge conmigo, se dispersa. Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, pasa por lugares sin agua, buscando reposo; y al no encontrarlo, dice, volveré a mi casa de donde salí. Y cuando llega, la encuentra barrida y adornada. Entonces va, y toma para sí otros siete espíritus más malvados que él, y entran y habitan allí; y el último estado de ese hombre es peor que el primero.

3 Mientras decía estas cosas, una mujer de la multitud alzó su voz y le dijo: "Bendito el vientre que te dio a luz y los pechos que mamaste". Pero él dijo: Sí, bienaventurados los que escuchan mi palabra y la cumplen.

4 Y cuando las multitudes se reunieron, comenzó a decir: "Esta es una generación malvada; busca una señal, y no se le dará ninguna señal".

5 Ningún hombre, cuando enciende una lámpara, la pone en un lugar secreto, ni debajo del celemín, sino sobre el candelabro, para que los que entren puedan ver la luz. La lámpara del cuerpo es el ojo; por lo tanto, cuando tu ojo está solo, todo tu cuerpo también está lleno de luz; pero cuando está mal, tu cuerpo también está lleno de tinieblas. Mirad, pues, que la luz que está en vosotros no sea tinieblas. Si, pues, todo tu cuerpo está lleno de luz, sin tener ninguna parte oscura, estará totalmente lleno de luz, como cuando la lámpara con su resplandor te da luz.

6 Y mientras hablaba, un cierto fariseo le pidió que desayunara con él, y él entró y se acostó. Y cuando el fariseo lo vio, se maravilló de no haberse lavado antes del desayuno. Y el Señor le dijo: "Ahora vosotros, los fariseos, limpiáis por fuera la copa y el plato, pero por dentro estáis llenos de extorsión y maldad". Tontos, ¿no fue el que hizo el exterior el que hizo el interior también? Pero dad como limosna las cosas que tenéis en vuestro poder, y he aquí que todas las cosas os son limpias. Pero ¡ay de vosotros, fariseos! porque diezmáis la menta, la ruda y todas las hierbas, y pasáis por alto la vocación y el amor de Dios; pero esto debisteis hacer, y no dejar lo otro sin hacer. ¡Ay de vosotros, fariseos! Porque os gusta el primer asiento en las sinagogas y los saludos en los mercados. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque sois como sepulcros que no aparecen, y los hombres que los recorren no lo saben. Entonces uno de los abogados le respondió: "Maestro, diciendo estas cosas también nos reprochas. Y él dijo: ¡Ay de vosotros también, abogados! Porque habéis cargado a los hombres con cargas difíciles de llevar, y vosotros mismos no las tocáis con un dedo. ¡Ay de vosotros! Porque vosotros construisteis los sepulcros de los profetas, pero vuestros padres los mataron. Vosotros sois testigos y aceptáis las obras de vuestros padres, porque ellos los mataron, pero vosotros edificáis sus sepulcros. ¡Ay de vosotros, abogados! Porque habéis quitado la llave de la ciencia; no habéis entrado en vosotros mismos, y a los que entraban se lo impedisteis. Mientras les decía estas cosas, los escribas y los fariseos comenzaron a presionarle con vehemencia, y a provocarle a hablar de más cosas: le acechaban y buscaban sacar algo de su boca para acusarle.

CAPÍTULO NUEVE

1 Mientras tanto, cuando se reunieron decenas de miles de personas, de tal manera que se pisotearon unos a otros, comenzó a decir a sus discípulos: "Primero tened cuidado con la levadura de los fariseos, que es la hipocresía". Porque no hay nada encubierto que no se revele, ni oculto que no se conozca. Por lo tanto, lo que habéis hablado en la oscuridad será escuchado en la luz; y lo que habéis hablado al oído en las cámaras será proclamado en los tejados. Y os digo, amigos míos, no temáis a los que matan el cuerpo, y después de esto no tienen poder para hacer nada más. Pero os mostraré a quién debéis temer: Temed a aquel que, después de haber matado, tiene autoridad para arrojar a la Gehenna; sí, os digo que le temáis. Pero os digo que el que se confiese en mí ante los hombres, en él se confesará también el Hijo del Hombre ante Dios; pero el que me niegue ante los hombres, será negado ante Dios. Y a todo el que diga una palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que blasfeme contra el Espíritu Santo no le será perdonado. Y cuando os lleven ante las sinagogas, los jefes y las autoridades, no os preocupéis por cómo o qué responderéis o qué diréis, porque el Espíritu Santo os enseñará en ese mismo momento lo que debéis decir.

2 And one out of the multitude said unto him, Teacher, tell my brother to divide the inheritance with me. And he said unto him, Man, who appointed me a judge or a divider over you? And he said unto them, Take heed, and guard yourselves from covetousness: for not in a man's abundance consists his life out of his possessions. And he spoke a parable unto them, saying, The ground of a certain rich man brought forth plentifully: and he reasoned within himself, saying, What shall I do, because I have not where to collect my fruits? And he said, This will I do: I will pull down my barns, and build greater; and there will I collect all my fruits and my goods. And I will say to my soul, Soul, you have much goods laid up for many years; take your ease, eat, drink, and be merry. But God said unto him, Foolish one, this night they require your soul from you: and the things which you have prepared, whose shall they be? So is he that lays up treasure for himself, and is not rich toward God.

3 Y dijo a sus discípulos: Por eso os digo: No os preocupéis por vuestra vida, por lo que vais a comer, ni por el cuerpo, por lo que vais a vestir. La vida es más que la comida, y el cuerpo más que el vestido. Considerad los cuervos, que no siembran ni cosechan, que no tienen cámara ni granero, y Dios los alimenta; ¡cuánto más sobresale usted de los pájaros! ¿Y quién de vosotros que esté ansioso puede añadir a su estatura un codo? Si no podéis hacer ni siquiera una pequeña cosa, ¿por qué os preocupáis por el resto? Considerad los lirios como crecen; no se esfuerzan ni hilan, pero os digo que ni Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos. Si Dios viste así la hierba, que hoy está en el campo y mañana se echa al horno, ¿cuánto más te vestirá a ti, hombre de poca fe? No busques lo que vas a comer o lo que vas a beber, ni tengas dudas. Porque todas estas cosas las buscan las naciones del mundo; pero vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de estas cosas. No obstante, buscad el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas. No temáis, pequeño rebaño; porque a vuestro Padre le complace daros el reino. Vended vuestras posesiones y dad limosna; haced bolsos que no envejezcan, un tesoro inagotable en los cielos, donde no se acerque el ladrón ni destruya la polilla. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

4 Ceñid vuestros lomos y encended vuestras lámparas, y sed semejantes a los hombres que esperan a su señor cuando vuelva del banquete de bodas, para que cuando venga y llame, le abran inmediatamente. Bienaventurados aquellos siervos, a quienes el señor, cuando venga, encontrará vigilando; de cierto os digo que se ceñirá, y hará que se reclinen para comer, y pasará y les servirá. Y si viene a la vigilia de la tarde y los encuentra así, bienaventurados son esos siervos. Y esto sabed que si el dueño de la casa supiera a qué hora viene el ladrón, habría velado, y no habría dejado su casa para que la rompieran. Estad preparados, pues, porque el Hijo del hombre viene a una hora en la que no pensáis. Entonces Pedro le dijo: Señor, ¿dices esta parábola para nosotros o para todos? Y el Señor dijo: ¿Quién es, pues, el administrador fiel y prudente a quien su señor pondrá al frente de su casa para que les dé su ración de comida a su debido tiempo? Bendito sea ese siervo, a quien su señor, cuando venga, encontrará haciéndolo. En verdad os digo que lo pondrá al frente de todas sus posesiones. Pero si ese siervo dice en su corazón: Mi señor tarda en venir, y comienza a golpear a los sirvientes y sirvientas, y a comer y beber, y a emborracharse; el señor de ese siervo vendrá en un día en que no espera, y a una hora en que no sabe, y lo cortará en soledad, y le asignará su porción con los infieles. Y aquel siervo que conoció la voluntad de su señor, y no se preparó, ni hizo según su voluntad, será azotado con muchos azotes. Pero el que no sabía e hizo cosas dignas de ser azotado, será azotado con pocos azotes. Porque a quien se le dé mucho, se le exigirá mucho; y a quien se le dé mucho, se le pedirá más.

5 He venido a echar fuego a la tierra; ¿y qué haré, si ya está encendido? Pero tengo un bautismo con el que ser bautizado; ¡y cómo me veo obligado hasta que se cumpla! ¿Creéis que he venido a dar paz en la tierra? Os digo que no, sino la división; porque de aquí en adelante habrá cinco en una casa divididos, tres contra dos y dos contra tres. Estarán divididos padre contra hijo, e hijo contra padre; madre contra hija, e hija contra madre; suegra contra su nuera, y nuera contra su suegra. Y dijo también a las multitudes: Cuando veis la nube que se levanta del oeste, decís enseguida que viene un diluvio, y sucede. Y cuando veáis soplar un viento del sur, decid: "Va a hacer un calor abrasador". Hipócritas, sabéis interpretar la faz de la tierra y el cielo; pero ¿cómo es que no interpretan esta vez? Sí, ¿y por qué no juzgáis lo que es justo?

Porque cuando vayáis con vuestro adversario ante el magistrado, en el camino procurad libraros de él, no sea que os lleve ante el juez, y el juez os entregue al oficial, y el oficial os eche en la cárcel. Os digo que no os marcharéis de allí hasta que hayáis pagado el último leptón.

CAPÍTULO DIEZ

1 Y enseñaba en una de las sinagogas en Sabbat. He aquí que había una mujer que tenía un espíritu de enfermedad dieciocho años, se inclinaba a la vez, y no podía en modo alguno levantarse. Y cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo: "Mujer, has sido liberada de tu enfermedad". Y le impuso las manos, y al instante se enderezó y glorificó a Dios. Y el arconte de la sinagoga respondió, enojado porque Jesús había sanado en el día de reposo, y dijo a la multitud: "Hay seis días en los que los hombres deben trabajar; por lo tanto, venid y sed sanados, y no en el día de reposo. El Señor le respondió y dijo: "Hipócrita, ¿no desata cada uno de vosotros en sábado su buey o su asno del establo y lo lleva a abrevar? ¿Y esta mujer, siendo hija de Abraham, a quien Satanás ha atado, no debería ser liberada de esta atadura en el día de Sabbat? Y cuando dijo estas cosas, todos sus adversarios se avergonzaron, y toda la multitud se regocijó por todas las cosas gloriosas que había hecho.

2 Entonces dijo: "¿A qué se parece el reino de Dios? ¿Y con qué lo compararé? Es como un grano de mostaza que un hombre tomó y echó en su jardín, y creció y se convirtió en un gran árbol, y las aves del cielo se alojaron en sus ramas. Y otra vez dijo: "¿A quién compararé con el reino de Dios? Es como la levadura que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que el todo se leudó.

3 Y recorrió las ciudades y aldeas, enseñando y haciendo un viaje a Jerusalén. Entonces uno le dijo: Señor, ¿son pocos los que se salvan? Y él les dijo: Esforzaos por entrar por la puerta estrecha; porque os digo que muchos procurarán entrar y no podrán. Cuando el dueño de la casa se levante y cierre la puerta, y vosotros empecéis a salir y a llamar a la puerta, diciendo: "Señor, Señor, ábrenos", él responderá y os dirá: "No os conozco de dónde sois", entonces empezaréis a decir: "Comimos y bebimos en tu presencia y enseñaste en nuestras calles". Pero él dirá: "Os digo que no os conozco de dónde sois; apartaos de mí, todos los que hacéis el mal". Allí será el llanto y el crujir de dientes, cuando veáis a todos los justos en el reino de Dios
Y vosotros mismos os echasteis fuera y os retuvisteis fuera.

CAPÍTULO ONCE

1 Y sucedió que cuando entró en la casa de uno de los principales fariseos para comer pan en el día de reposo, lo estaban vigilando. Y he aquí que había un hombre delante de él que tenía hidropesía. Respondió Jesús y habló a los abogados y a los fariseos, diciendo: ¿Es lícito curar en sábado? Y ellos callaron. Y tomándolo, le curó y le dejó ir; y respondiendo él, les dijo: ¿Quién de vosotros tendrá un asno o un buey caído en un pozo, y no lo sacará inmediatamente en el día de sábado? Y no pudieron responderle de nuevo a estas cosas. Entonces dijo también al que le ordenaba: Cuando prepares un desayuno o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos; no sea que ellos también te vuelvan a llamar y te hagan una recompensa. Pero cuando hagas un banquete, llama a los pobres, a los mancos, a los cojos, a los ciegos, y serás bendecido, porque no tienen con qué recompensarte, pues te será recompensado en la resurrección de los justos. Al oír esto, uno de los que estaban con él le dijo: "Bienaventurado el que coma pan en el reino de Dios". Y le dijo: Un hombre hizo una gran cena y pidió muchos; y envió a su criado a la hora de la cena para decir a los invitados: Venid, porque ya está todo preparado.

2 Y todos con un consentimiento empezaron a poner excusas. El primero le dijo: "He comprado un trozo de tierra y debo ir a verlo": Ruego que me disculpe. Y otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlas: Os ruego que me perdonéis. Y otro dijo: Me he casado con una mujer, y por lo tanto no puedo ir. Y vino aquel siervo, y mostró a su señor estas cosas. Entonces el señor de la casa que se estaba trasladando dijo a su criado: Salid deprisa por las calles y callejuelas de la ciudad, y traed aquí a los pobres, a los lisiados, a los paralíticos y a los ciegos. Y el sirviente dijo: Señor, se hace lo que tú mandas, y aún así hay sitio. Y el señor dijo al sirviente: Sal a los caminos y a los vallados, y oblígalos a entrar, para que mi casa se llene. Porque os digo que ninguno de los hombres que fueron invitados a cenar probará mi cena.

3 Y fueron con él grandes multitudes, y él se volvió y les dijo: Si alguno viene a mí, y no abandona a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, sí, y su propia vida también, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleve su cruz y venga detrás de mí, no puede ser mi discípulo. ¿Quién de vosotros que quiera construir una torre no se sienta primero y calcula el coste, si tiene las cosas para terminar? No sea que después de haber puesto los cimientos, y no pueda terminar, todos los que lo vean empiecen a burlarse de él, diciendo: Este hombre empezó a construir y no pudo terminar. ¿O qué rey, cuando va a encontrarse con otro rey en la guerra, no se sienta primero, y consulta si puede con diez mil para encontrarse con el que viene contra él con veinte mil? O si no, mientras el otro está todavía muy lejos, envía una embajada, y desea condiciones de paz. Así pues, cualquiera de vosotros que no renuncie a todas sus posesiones, no puede ser mi discípulo.

CAPÍTULO DOCE

1 Todos los publicanos y pecadores se acercaban a él para oírlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: "Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos". Y les dijo esta parábola, diciendo: ¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va en pos de la que se ha perdido, hasta encontrarla?

2 Y cuando lo ha encontrado, lo pone sobre sus hombros, regocijándose. Y cuando entra en la casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Alégrense conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido. Os digo que también habrá alegría en el cielo por un pecador que se arrepienta, más que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de arrepentirse. O bien, ¿qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende una lámpara, y barre la casa, y busca diligentemente hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, llama a sus amigos y vecinos y les dice: Alégrense conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido. De la misma manera, os digo que hay alegría en la presencia de Dios por un pecador que se arrepiente.

CAPÍTULO TRECE

1 Y dijo también a sus discípulos: Había un hombre rico que tenía un mayordomo, y se le acusó de malgastar sus bienes. Lo llamó y le dijo: ¿Cómo es que oigo esto de ti? Rinde cuentas de tu administración, porque ya no puedes ser un mayordomo. Entonces el administrador dijo en su interior: ¿Qué debo hacer? Porque mi señor me quita la administración: No tengo fuerzas para cavar, me avergüenzo de mendigar. Sé lo que haré, para que cuando me saquen de la administración, me reciban en sus casas. Y llamando a cada uno de los deudores de su señor, dijo al primero: ¿Cuánto le debes a mi señor? Y él dijo: Cien baños de aceite. Y le dijo: Toma tu fianza, siéntate pronto y escribe cincuenta. Entonces dijo a otro: ¿Y cuánto debes? Y él dijo: Cien núcleos de trigo. Y le dijo: Toma tu fianza y escribe ochenta. Y el señor alabó al administrador de la injusticia, porque lo hizo sabiamente: porque los hijos de esta época son para su propia generación más sabios que los hijos de la luz. Y os digo: haced amigos de las riquezas de la injusticia, para que cuando os vayáis, os reciban en las moradas eternas. El que es fiel en lo poco, es fiel en lo mucho; y el que es injusto en lo poco, es injusto también en lo mucho. Si, pues, no habéis sido fieles en las riquezas injustas, ¿quién os confiará las verdaderas riquezas? Y si no habéis sido fieles en lo que es de otro, ¿quién os dará lo que es mío? Ningún criado puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se aferrará al uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas. Y los fariseos, que eran amantes del dinero, también oyeron todas estas cosas y se burlaron de él. Y él les dijo: "Vosotros sois los que os hacéis justos a los ojos de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones, porque lo que es muy estimado por los hombres es una abominación a los ojos de Dios". La ley y los profetas eran hasta Juan; desde entonces el reino de Dios se anuncia como buena nueva, y todo hombre se esfuerza por entrar en él. Pero es más fácil que el cielo y la tierra pasen, así como la ley y los profetas han pasado, que un solo título de mis palabras falle. Todo el que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio; y todo el que se casa con una repudiada comete adulterio.

2 Había un hombre rico que se llamaba Ninue, y estaba vestido de púrpura y lino fino, y hacía todos los días trabajos suntuosos; y había un mendigo llamado Lázaro, que estaba tendido a su puerta, lleno de llagas, y deseando alimentarse con las migajas que caían de la mesa del rico; pero incluso los perros venían y le lamían las llagas. Y sucedió que el mendigo murió y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; el rico también murió y fue enterrado. Y en el Hades levantó sus ojos, estando en tormentos, y ve a Abraham a lo lejos, y a Lázaro en su seno. Y clamó y dijo: Padre Abraham, ten piedad de mí, y envía a Lázaro, para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, porque estoy angustiado en esta llama. Pero Abraham dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora él es consolado, y tú estás en angustia. Y además de todas estas cosas, entre nosotros y vosotros hay un gran abismo fijado; de modo que los que quieran pasar de aquí a vosotros no podrán; ni de allí podrán pasar a nosotros. Pero él dijo: Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les dé testimonio, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento. Abraham le dijo: Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen. Y él dijo: No, padre Abraham; pero si alguno de los muertos fue a ellos, se arrepentirán. Y le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, ni siquiera si se levantara uno de entre los muertos, se persuadirán.

3 Entonces dijo a los discípulos: Es inconcebible, pero vendrán ocasiones de tropiezo; pero ¡ay de aquel por quien vienen! Era una ganancia si no había nacido, o si le colgaban una piedra de molino al cuello y lo arrojaban al mar, antes que hacer tropezar a uno de estos pequeños. Tened cuidado con vosotros mismos: Si tu hermano te ofende, repréndele; y si se arrepiente, perdónale. Y si te ofende siete veces al día, y siete veces al día vuelve a ti, diciendo: Me arrepiento, le perdonarás. Y los apóstoles dijeron al Señor: Aumenta nuestra fe. Y el Señor dijo: Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a esta morera: Arráncala y plántate en el mar, y os habría obedecido. Pero, ¿quién de vosotros tiene un siervo que ara o cuida ovejas, que le diga, cuando salga del campo, que venga enseguida y se acueste a comer? ¿No le dirá más bien: Prepara la cena, ciñete y sírveme hasta que haya comido y bebido, y después comerás y beberás? ¿Da las gracias a ese sirviente porque hizo lo que se le ordenó? No lo creo. Lo mismo harás tú, cuando hayas hecho todo lo que se te ha ordenado.

4 Y sucedió que mientras iba a Jerusalén, pasó por medio de Samaria y Galilea. Y al entrar en un cierto pueblo, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, que se pararon a lo lejos; y levantando la voz, dijeron: Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros. Y al verlos, les dijo: "Id a presentaros a los sacerdotes". Y sucedió que, mientras iban, fueron limpiados. Y uno de ellos, al ver que estaba curado, se volvió y con gran voz glorificó a Dios, y cayó de bruces a sus pies, dándole gracias; y era un samaritano. Y respondiendo Jesús dijo: ¿No quedaron limpios los diez? Pero ¿dónde están los nueve? ¿No se encuentran los que volvieron para dar gloria a Dios sino este extranjero? Y había muchos leprosos en Israel en tiempos del profeta Eliseo, y ninguno de ellos fue curado, sino sólo Naamán el sirio. Y le dijo: "Levántate, vete, tu fe te ha salvado".

5 Y cuando los fariseos le preguntaron, cuando venga el reino de Dios, les contestó y dijo: El reino de Dios no viene con observación, ni dirán: ¡He aquí! O, ¡mira allí! Porque, he aquí, el reino de Dios está dentro de ti. Y dijo a los discípulos: Llegarán días en que desearéis ver uno de los días del Hijo del Hombre, y no lo veréis. Y os dirán: ¡He aquí!, o, ¡he aquí! No os vayáis, ni los sigáis. Porque como el relámpago que sale de una parte debajo del cielo y llega a la otra parte debajo del cielo, así será el Hijo del Hombre en su día.

Pero primero debe sufrir muchas cosas, y ser rechazado por esta generación. Y como sucedió en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del Hombre. Comían, bebían, se casaban, se daban en matrimonio, hasta el día en que Noé entró en el arca, y vino el diluvio, y los destruyó a todos. Lo mismo sucedió en los días de Lot: comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, construían; pero el día que Lot salió de Sodoma, llovió fuego y azufre del cielo y los destruyó a todos. Según estas cosas será el día en que el Hijo del hombre se revele. Aquel día, el que esté en el terrado y sus bienes en la casa, no baje a quitárselos; y el que esté en el campo, no vuelva tampoco a las cosas de atrás. Recuerda a la esposa de Lot. Quien intente salvar su vida la perderá, y quien pierda su vida la conservará. Os digo que en esa noche habrá dos hombres en un mismo lecho; uno será tomado y el otro será dejado. Dos mujeres estarán moliendo en la misma piedra; una será tomada y la otra será dejada. Dos hombres estarán en el campo; uno será tomado y el otro será dejado. Y ellos respondieron y le dijeron: ¿Dónde, Señor? Y él les dijo: Dondequiera que esté el cuerpo, allí se reunirán las águilas.

CAPÍTULO CATORCE

1 Y les dijo una parábola sobre la necesidad de orar siempre y no desmayar: "Había en una ciudad un juez que no temía a Dios ni miraba a los hombres. Y él no quiso por un tiempo; pero después dijo dentro de sí: Aunque no temo a Dios ni tengo respeto por los hombres, por cuanto esta viuda me da problemas, la enderezaré, no sea que al llegar al final me fatigue. Y el Señor dijo: "Escuchad lo que ha dicho el juez de los injustos". ¿Y no hará Dios justicia a sus elegidos, que claman a él día y noche, aunque esté sufriendo por ellos? Os digo que los enderezará rápidamente. Sin embargo, cuando el Hijo del Hombre venga, ¿encontrará la fe en la tierra?

2 Y dijo esta parábola a algunos que confiaban en sí mismos que eran justos, y no tenían en cuenta nada de los demás; dos hombres subieron al templo a orar, el uno un fariseo, y el otro un publicano. El fariseo se puso de pie y oró así: Dios, te agradezco que no soy como los demás hombres, extorsionistas, injustos, adúlteros, ni siquiera como este publicano. Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que recibo. Y el publicano, de pie a lo lejos, no quería ni siquiera levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: Dios me propicie el pecador. Os digo que éste bajó a su casa, hecho justo, en lugar de aquélla; porque todo el que se ensalce será humillado, y el que se humille será ensalzado. Y le traían también los niños para que los tocara; pero cuando los discípulos lo vieron, los reprendieron. Jesús los llamó y les dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de Dios. En verdad os digo que quien no reciba el reino de Dios como un niño pequeño no entrará en él.

3 Y un cierto gobernante le preguntó, diciendo: "Buen Maestro, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Y Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, excepto uno, incluso Dios Padre. Y el gobernante dijo: Yo conozco los mandamientos: No cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no darás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre. Todo esto lo he observado desde mi juventud. Al oír esto, Jesús le dijo: "Pero te falta una cosa: vende todo lo que tienes y repártelo entre los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven, sígueme". Al oír estas cosas, se entristeció mucho, porque era muy rico. Y cuando Jesús le vio entristecerse mucho, dijo: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! Porque es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de Dios. Y los que lo oyeron dijeron: "¿Quién puede ser salvado? Y él dijo: Las cosas que son imposibles para los hombres son posibles para Dios. Entonces Pedro dijo: He aquí, lo hemos dejado todo y te hemos seguido. Y les dijo: En verdad os digo que no hay nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o mujer, o hijos, por el reino de Dios, que no reciba mucho más en este tiempo, y en la era venidera la vida eterna.

4 And it came to pass, that as he was come near unto Jericho, a certain blind man sat by the way side begging: and when he heard the multitude passing by, he asked what this might be. And they told him, that Jesus passed by. And he cried, saying, Jesus, you Son of David, have mercy on me. And they which went before rebuked him, that he might be silent: but he cried so much the more, You Son of David, have mercy on me. And Jesus stood still, and commanded him to be brought unto him: and when he was come near, he asked him, saying, What will you that I shall do unto you? And he said, Lord, that I may receive my sight. And Jesus said unto him, Receive your sight: your faith has saved you. And immediately he received his sight, and followed him, glorifying God: and all the people, when they saw it, gave praise unto God.

CAPÍTULO QUINCE

1 Y Jesús entró y pasó por Jericó. Y he aquí un hombre llamado Zaqueo, que era el jefe de los publicanos y era rico. Y procuró ver a Jesús quién era; y no pudo de la multitud, porque era pequeño de estatura. Y corrió delante y se subió a un sicómoro para verlo, porque iba a pasar por allí. Y cuando llegó al lugar, miró hacia arriba y lo vio, y le dijo: Zaqueo, date prisa y baja, porque hoy debo quedarme en tu casa. Y él se apresuró a bajar y lo recibió con alegría. Y cuando lo vieron, todos murmuraron, diciendo que se había ido a alojar con un hombre pecador. Zaqueo se detuvo y dijo al Señor: "Señor, la mitad de mis bienes se los doy a los pobres; y si he tomado algo de alguien por una falsa acusación, le devuelvo el cuádruple". Y Jesús le dijo: Este día es la salvación que ha llegado a esta casa, porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido.

2 Al oír estas cosas, añadió y dijo una parábola, porque estaba cerca de Jerusalén, y porque suponían que el reino de Dios iba a aparecer de inmediato. Dijo entonces: "Cierto noble fue a un país lejano para recibir un reino y volver. Llamó a sus diez siervos y les entregó diez libras, y les dijo: Comerciad hasta que yo llegue. Pero sus ciudadanos le odiaban, y enviaron su embajada tras él, diciendo: No queremos que este hombre reine sobre nosotros. Y sucedió que cuando regresó, habiendo recibido el reino, mandó llamar a estos siervos, a los que les dio el dinero, para que supieran el oficio que cada uno había realizado. Y el primero se presentó ante él, diciendo: Señor, tu mina ha trabajado diez minas más. Y le dijo: Bien, buen siervo, porque has sido fiel en lo poco, tendrás autoridad sobre diez ciudades. Y el segundo vino, diciendo: Señor, tu mina ha ganado cinco minas. Y le dijo también: Tú también tendrás autoridad sobre cinco ciudades. Y vino otro, diciendo: Señor, aquí tienes tu mina, que he guardado en un pañuelo, porque te temía, pues eres un hombre austero: tomas lo que no has puesto y cosechas lo que no has sembrado. Y le dijo: De tu propia boca te juzgaré, siervo malvado. ¿Sabías que yo era un hombre austero, que tomo lo que no he puesto y siego lo que no he sembrado? ¿Por qué no te di mi dinero en el banco y vine a cobrarlo con intereses? Y dijo a los que estaban allí: "Quitadle la mina y dádsela al que tiene diez minas". Y le dijeron: Señor, tiene diez minas. Porque os digo que a todo el que tiene se le dará, y al que no tiene, se le quitará lo que tiene. Pero los enemigos míos que no quisieron que yo reinara sobre ellos, traedlos aquí y matadlos delante de mí. Y cuando hubo hablado así, fue delante, subiendo a Jerusalén. Y enseñaba diariamente en el templo. Pero los jefes de los sacerdotes, los escribas y los jefes del pueblo trataban de destruirlo, y no encontraban qué hacer, pues todo el pueblo estaba muy atento para escucharlo.

CHAPÍTULO DIECISEIS

1 Y uno de esos días, mientras enseñaba al pueblo en el templo y anunciaba la buena nueva, se le acercaron los jefes de los sacerdotes y los escribas con los ancianos, y le hablaron diciendo: "Dinos, ¿con qué autoridad haces estas cosas? ¿O quién es el que te dio esta autoridad? Respondiendo él, les dijo: Yo también os preguntaré una palabra y me diréis: el bautismo de Juan, ¿fue del cielo o de los hombres? Y ellos pensaron entre sí, diciendo: Si decimos: Del cielo, él dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis? Pero si decimos: De los hombres, todo el pueblo nos apedreará; porque se persuaden de que Juan era un profeta. Y respondieron que no sabían de dónde era. Y Jesús les dijo: No os digo con qué autoridad hago estas cosas.

2 En esa misma hora los jefes de los sacerdotes y los escribas trataron de ponerle las manos encima, y temieron al pueblo. Y lo observaron, y enviaron espías, haciéndose pasar por hombres justos, para apoderarse de su discurso, para entregarlo al gobierno y la autoridad del gobernador. Y le preguntaron, diciendo: Maestro, sabemos que dices y enseñas correctamente, y que no aceptas un rostro, sino que de verdad enseñas el camino de Dios. ¿Es lícito que demos tributo al César, o no? Pero él percibió su astucia y les dijo: ¿Por qué me tentáis? Muéstrame un denario. ¿De quién es la imagen y la superscripción? Respondieron y dijeron: "De César". Y él les dijo: Dadle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Y no pudieron comprender su palabra delante del pueblo, y se maravillaron de su respuesta, y callaron.

3 Y se le acercaron algunos de los saduceos, los que niegan que haya resurrección, y le preguntaron, diciendo: Maestro, Moisés nos escribió que si el hermano de alguno muere teniendo esposa y muere sin hijos, que su hermano tome la esposa y levante semilla a su hermano. Había, pues, siete hermanos, y el primero tomó mujer y murió sin hijos. Y el segundo la tomó por mujer, y murió sin hijos. Y el tercero la tomó; y también los siete no dejaron hijos, y murieron. Por último, la mujer también murió. En la resurrección, por lo tanto, ¿de quién se convierte en la esposa de ellos? Porque los siete la tuvieron como esposa. Respondió Jesús y les dijo: Los hijos de este siglo se casan y se dan en casamiento; pero aquellos a quienes Dios consideró dignos de este siglo para obtener la resurrección de los muertos, no se casan ni se dan en casamiento, ni pueden ya morir, porque son iguales a los ángeles y son hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección. Entonces algunos de los escribas respondieron diciendo: "Maestro, bien has dicho". Y ya no se atrevieron a preguntarle nada.

4 Y les dijo: ¿Cómo dicen que el Cristo es el hijo de David? Y el mismo David dijo en el libro de los Salmos: El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Por eso David lo llama Señor, ¿y cómo es entonces su hijo?

5 Y oyéndole todo el pueblo, dijo a sus discípulos: Guardaos de los escribas, que quieren andar con largas vestiduras, y aman las salutaciones en los mercados, y los primeros asientos en las sinagogas, y las primeras salas en las fiestas; que se comen las casas de las viudas, y con pretexto hacen largas oraciones; los mismos recibirán mayor condenación.

CAPÍTULO DIECISIETE

1 Y miró hacia arriba, y vio a los hombres ricos que estaban echando sus regalos en el tesoro. Y vio también a una viuda pobre que echaba allí dos leptos. Y dijo: "En verdad os digo que esta pobre viuda ha echado más que todos ellos, porque todos ellos han echado de su superabundancia las ofrendas de Dios, pero ella, por su falta, ha echado todo el sustento que tenía".

2 Y mientras algunos hablaban del templo, que estaba adornado con buenas piedras y ofrendas, él dijo: En cuanto a estas cosas que veis, vendrán días en los que no quedará piedra sobre piedra que no sea derribada. Y le preguntaron, diciendo: Maestro, ¿cuándo serán estas cosas? ¿Y cuál será la señal de cuándo ocurrirán estas cosas? Y él les dijo: Mirad que no os extraviéis, porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy, y se acerca el tiempo; no vayáis, pues, tras ellos. Y cuando oigáis hablar de guerras y tumultos, no os aterroricéis, porque estas cosas deben suceder primero; pero el fin no es inmediato. Entonces les dijo: Se levantará nación contra nación y reino contra reino; y habrá grandes terremotos en diversos lugares, y hambres y pestes; y habrá terrores y grandes señales del cielo. Pero antes de todo esto, os pondrán las manos encima y os perseguirán, entregándoos en las sinagogas y en las cárceles, siendo llevados ante reyes y gobernantes por causa de mi nombre. Y os resultará un testimonio. Por lo tanto, no meditéis antes de responder, porque os daré una boca y una sabiduría que todos los que se os opongan no podrán contradecir ni resistir. Y seréis entregados incluso por padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán a algunos de vosotros. Y seréis odiados por todos los hombres por causa de mi nombre.

3 En vuestra paciencia, poseed vuestras almas. Pero cuando veáis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed que su desolación se acerca. Pero ¡ay de los niños y de los que dan de mamar en esos días! Porque habrá gran angustia en la tierra e ira para este pueblo. Caerán al filo de la espada y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será pisoteada por las naciones, hasta que se cumplan los tiempos de las naciones. Y habrá señales en el sol, la luna y las estrellas, y en la tierra angustia de las naciones, con perplejidad; el mar y las olas rugiendo; los hombres desmayándose por el temor y la expectativa de las cosas que vendrán sobre el mundo; porque las potencias de los cielos serán sacudidas. Y entonces verán al Hijo del Hombre viniendo en una nube con gran poder. Y cuando estas cosas comiencen a suceder, entonces miren hacia arriba y levanten sus cabezas, porque su redención se acerca. Y les dijo una parábola: "Mirad la higuera y todos los árboles; cuando ya broten, lo veréis y os daréis cuenta de que el verano ya está cerca". Así también vosotros, cuando veáis suceder estas cosas, sabed que el reino de Dios está cerca. En verdad os digo que el cielo y la tierra no pasarán de largo hasta que todo se haya cumplido. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

4 Y tened cuidado con vosotros mismos, no sea que en cualquier momento vuestros corazones se vean cargados con el exceso y la embriaguez y los cuidados de esta vida, y que ese día venga sobre vosotros sin daros cuenta. Porque como una trampa vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de la tierra. Velad, pues, en todo tiempo, orando, para que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que van a suceder. Y todos los días enseñaba en el templo; y por la noche salía y se alojaba en el monte que se llama Olivos. Y todo el pueblo se acercaba a él por la mañana temprano en el templo para escucharle.

CAPÍTULO DIECIOCHO

1 Se acercaba la fiesta de los panes sin levadura, que se llama la Pascua. Los jefes de los sacerdotes y los escribas buscaban la forma de matarlo, porque temían al pueblo. Entonces Judas, que se llamaba Iscariote, siendo del número de los doce, se fue y habló con los jefes de los sacerdotes y los capitanes sobre cómo podría entregarlo a ellos. Y ellos se alegraron, y acordaron darle dinero. Y él consintió, y buscaba la oportunidad de entregárselo sin tumultos.

2 Entonces llegó el día de los panes sin levadura, en el que la Pascua debe ser sacrificada. Y dijo a Pedro y a los demás: "Id y preparad la comida para la Pascua". Y le dijeron: ¿Dónde quieres que preparemos? Y él les dijo: He aquí que cuando entréis en la ciudad, os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa en que vaya. Y diréis al dueño de la casa: El Maestro os ha dicho: ¿Dónde está el alojamiento, donde pueda comer la Pascua con mis discípulos? Y os mostrará una gran habitación superior amueblada: preparadla allí. Fueron y encontraron lo que les había dicho, y prepararon la Pascua. Y cuando llegó la hora, se reclinó, y los doce apóstoles con él. Y les dijo: Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de sufrir; y recibió una copa, y después de dar gracias, dijo: Tomad esto y repartidlo entre vosotros; porque os digo que no beberé del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios. Y tomando el pan, dio gracias, lo partió y les dio, diciendo: Este es mi cuerpo que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía. Y de la misma manera la copa después de la cena, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, la que se derrama por vosotros. Pero he aquí que la mano del que me traiciona está conmigo en la mesa. Y el Hijo del hombre va, como está determinado; pero ¡ay de aquel hombre por quien es traicionado! Y comenzaron a discutir entre ellos quién de ellos iba a hacer esto. Y también hubo una disputa entre ellos, sobre cuál de ellos se considera más grande. Y les dijo: Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que tienen autoridad sobre ellas se llaman benefactores. Pero vosotros no lo seréis; pero el que sea mayor entre vosotros, que sea como el más joven; y el que dirige como el que sirve. Porque, ¿qué es más grande, el que se reclina en la comida o el que sirve? ¿No es el que se reclina? Pero yo estoy en medio de vosotros como el que sirve. Vosotros sois los que habéis seguido conmigo en mis tentaciones. Y yo os designo a vosotros como mi Padre me ha designado a mí, un reino.

3 Y el Señor dijo: Simón, Simón, he aquí que Satanás te exigió para zarandearte como a un trigo; pero yo supliqué por ti, para que tu fe no falte, y una vez que te hayas vuelto, confirma a tus hermanos. Y le dijo: Señor, estoy dispuesto a ir contigo, tanto a la cárcel como a la muerte. Y dijo: Te digo, Pedro, que el gallo no cantará hoy, antes de que niegues tres veces que me conoces.

4 Salió y fue según su costumbre al monte de los Olivos, y sus discípulos también le siguieron. Y cuando llegó al lugar, les dijo: "Oren para no caer en la tentación. Y se separó de ellos como a un tiro de piedra, y se arrodilló y oró diciendo: Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y levantándose de la oración, se acercó a sus discípulos y los encontró durmiendo de pena, y les dijo: ¿Por qué dormir? Levantaos y orad, para que no entréis en tentación.

5 Y mientras aún hablaba, he aquí una multitud, y el que se llamaba Judas, uno de los doce, fue delante de ellos y se acercó a Jesús para besarlo. Pero Jesús le dijo: Judas, ¿con un beso traicionas al Hijo del Hombre? Y Jesús dijo a los jefes de los sacerdotes, a los capitanes del templo y a los ancianos que habían venido contra él: "¿Salís como ladrón, con espadas y palos? Cuando estaba cada día con vosotros en el templo, no extendisteis las manos contra mí; pero ésta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas.

6 Cuando lo agarraron, lo llevaron y lo metieron en la casa del sumo sacerdote. Pero Pedro lo seguía de lejos. Y cuando encendieron un fuego en medio del patio y se sentaron juntos, Pedro se sentó en medio de ellos. Y cierta criada, al verlo sentado hacia la luz, lo miró fijamente y dijo: "Este hombre también estaba con él". Pero él lo negó, diciendo: "Mujer, no lo conozco". Y poco después otro, al verlo, dijo: "Tú también eres uno de ellos". Y Pedro dijo: Hombre, no lo soy. Y al cabo de una hora otro afirmó con confianza, diciendo: En verdad este hombre también estaba con él, porque es galileo. Y Pedro dijo: Hombre, no sé lo que dices. E inmediatamente, mientras aún hablaba, el gallo cantó. El Señor se volvió y miró a Pedro. Y Pedro recordó la palabra del Señor, que le había dicho: "Antes de que cante el gallo, me negarás tres veces". Y Pedro salió y lloró amargamente.

7 Y los hombres que sostenían a Jesús se burlaban y lo golpeaban. Y cuando le vendaron los ojos, siguieron golpeándolo en la cara y preguntándole, diciendo: "Profetiza, ¿quién es el que te ha golpeado?". Y muchas otras cosas seguían diciendo, maldiciéndolo. Y cuando se hizo de día, se reunió el cuerpo de ancianos del pueblo, los sumos sacerdotes y los escribas, y lo llevaron a su concilio, diciendo: Si tú eres el Cristo, dínoslo. Y él les dijo: Si os lo digo, no creeréis en absoluto; y si os pregunto, no me responderéis, ni me dejaréis ir. Desde ahora el Hijo del Hombre estará sentado a la derecha del poder de Dios. Y todos dijeron: "¿Eres tú entonces el Hijo de Dios? Y él les dijo: "Tú lo dices, porque yo lo soy". Y ellos dijeron: ¿Qué más necesitamos de testimonio? Porque nosotros mismos hemos oído hablar de su boca.

CAPÍTULO DIECINUEVE

1 Y toda la compañía se levantó y lo llevó ante Pilatos. Y comenzaron a acusarlo, diciendo: Encontramos a este hombre pervirtiendo a la nación, destruyendo la ley y los profetas, prohibiendo dar tributo al César, y rechazando a las mujeres y niños, diciendo que él mismo es un Rey. Y Pilato le preguntó, diciendo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Y él le respondió y dijo: Tú dices. Y Pilato dijo a los jefes de los sacerdotes y a la multitud: "No encuentro ninguna culpa en este hombre. Y ellos se apresuraron a decir: "Él agita al pueblo, enseñando por toda Judea, habiendo comenzado desde Galilea hasta este lugar". Pero cuando Pilato oyó hablar de Galilea, preguntó si el hombre era galileo. Y cuando supo que era de la jurisdicción de Herodes, lo envió a Herodes, que también estaba en Jerusalén en ese momento. Cuando Herodes vio a Jesús, se alegró enormemente, pues hacía tiempo que deseaba verle, pues había oído hablar mucho de él y esperaba ver alguna señal hecha por él. Y le preguntó con muchas palabras, pero no le respondió nada. Y los jefes de los sacerdotes y los escribas lo acusaron con vehemencia. Y Herodes, con sus soldados, lo dejó en la nada, se burló de él y, poniéndole un hermoso manto, lo envió de vuelta a Pilato. Y Pilato y Herodes se hicieron amigos ese mismo día, pues antes de que se enemistaran entre ellos.

2 Y Pilato convocó a los jefes de los sacerdotes, a los gobernantes y al pueblo, y les dijo: Me habéis traído a este hombre, como quien pervierte al pueblo; y he aquí que lo he examinado delante de vosotros, y no he hallado en este hombre ninguna falta de lo que le acusáis; no, ni siquiera Herodes, porque os he enviado a él; y he aquí que no ha hecho nada digno de muerte. Por lo tanto, lo castigaré y lo liberaré. Ahora tiene la necesidad de liberarlos en cada fiesta. Pero ellos gritaron todos a la vez, diciendo: "Fuera este hombre y libéranos a Barrabás, el que por una cierta insurrección hecha en la ciudad, y por asesinato, había sido arrojado a la cárcel. Pilato, por tanto, volvió a hablarles, deseando liberar a Jesús. Pero ellos gritaron, diciendo: "¡Crucifícalo, crucifícalo! Y les dijo por tercera vez: "¿Qué mal ha hecho este hombre? No he encontrado en él ninguna causa de muerte: Por lo tanto, lo castigaré y lo dejaré ir. Pero ellos se apresuraron a pedir en voz alta que fuera crucificado. Y las voces de ellos y de los jefes de los sacerdotes prevalecieron. Y Pilato dictó sentencia para que se cumpliera su petición. Y les soltó al que por insurrección y homicidio había sido arrojado en la cárcel, al que pedían; pero a Jesús lo entregó a su voluntad.

3 Y mientras se lo llevaban, agarraron a un tal Simón, un cireneo, que salía del campo, y le pusieron la cruz para que la llevara después de Jesús. Y le seguía una gran multitud de gente y mujeres, que también se lamentaban y se lamentaban por él. Pero Jesús, volviéndose hacia ellas, les dijo: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque he aquí que vienen días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, los vientres que no parieron y los pechos que no amamantaron. Entonces comenzarán a decir a los montes: "Caed sobre nosotros", y a los collados: "Cubridnos". Porque si hacen estas cosas en el árbol verde, ¿qué se hará en el seco? Y había también otros dos malhechores que fueron llevados con él para ser asesinados. Y cuando llegaron al lugar que se llama la Calavera, allí lo crucificaron a él y a los malhechores, uno a la derecha y el otro a la izquierda. Y la gente se quedó mirando. Y los arcontes también con ellos se burlaron de él diciendo: A otros los salvó; que se salve a sí mismo, si éste es Cristo, el elegido de Dios. Y los soldados también se burlaron de él, acercándose a él y ofreciéndole vinagre, y diciendo: Si eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo. Y también se escribió sobre él una superstición en letras griegas, latinas y hebreas, **ESTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS**. Y uno de los malhechores que fueron colgados se le echó encima diciendo: "Si eres Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros". Pero el otro le reprendió diciendo: ¿No temes a Dios, porque estás en la misma condenación? Y nosotros, en verdad, con justicia, porque recibimos cosas dignas de nuestras obras; pero éste no hizo nada malo. Y le dijo a Jesús: Señor, acuérdate de mí cuando vengas a tu reino. Y Jesús le dijo: En verdad os digo hoy que estaréis conmigo. Y fue como a la hora sexta, y la oscuridad se extendió por toda la tierra hasta la hora novena. Y el sol se oscureció, y el velo del santuario se rasgó en medio. Y Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu; y habiendo dicho esto, expiró. Cuando el centurión vio lo que había pasado, glorificó a Dios diciendo: "Este hombre era justo". Y toda la multitud que se había reunido a este espectáculo, al ver las cosas que habían sucedido, se volvió golpeándose el pecho. Y todos sus conocidos, y las mujeres que le siguieron desde Galilea, se pararon a distancia, viendo estas cosas. Y he aquí un hombre llamado José, que era consejero, buen hombre y justo, que no había consentido su consejo y su obra; un hombre de Arimatea, ciudad de los judíos, que también buscaba el reino de Dios; este hombre fue a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Y lo descolgó, lo envolvió en una tela de lino y lo puso en un sepulcro tallado en piedra, en el que nadie había yacido todavía. Era el día de la preparación, y el sábado amaneció. Y las mujeres que habían venido con él de Galilea le siguieron, y vieron el sepulcro y cómo fue puesto su cuerpo. Y volvieron, y prepararon especias y ungüentos. Y en el día de sábado descansaron según el mandamiento.

CAPÍTULO VEINTE

1 Pero el primer día de la semana, al amanecer, llegaron a la tumba, trayendo las especias que habían preparado, y algunas otras con ellas. Y encontraron la piedra rodada fuera de la tumba. Y entraron, y no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. Y sucedió que, mientras estaban perplejos por ello, he aquí que dos hombres estaban de pie junto a ellos con vestimentas que resplandecían. Y como tuvieron miedo, e inclinaron sus rostros a la tierra, les dijeron: ¿Por qué buscar al que vive entre los muertos? No está aquí, sino que ha resucitado; recordad cómo os habló cuando aún estaba en Galilea, diciendo: Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y que al tercer día resucite. Y recordando sus palabras, volvieron del sepulcro y dijeron todas estas cosas a los once y a todos los demás. María Magdalena, Juana, María la madre de Santiago y otras mujeres con ellas, que contaron estas cosas a los apóstoles. Y sus declaraciones parecían a sus ojos como una tontería, y no les creyeron. Pero Pedro se levantó y corrió al sepulcro; y al inclinarse, vio las vendas de lino puestas por sí mismas, y se fue, preguntándose qué había pasado.

2 Y he aquí que dos de ellos fueron ese mismo día a un pueblo llamado Emaús, a sesenta estadios de distancia de Jerusalén. Y hablaron juntos de todas estas cosas que habían sucedido. Y sucedió que, mientras comulgaban e interrogaban juntos, el mismo Jesús se acercó y fue con ellos. Pero los ojos de ellos estaban llenos de lágrimas por no conocerlo. Y les dijo: ¿Qué palabras son éstas que intercambiáis entre vosotros mientras camináis y que os entristecen el rostro? Y respondiendo el que se llamaba Cleofás, le dijo: "¿Tú solo vives en Jerusalén y no sabes las cosas que allí suceden en estos días? Y él les dijo: ¿Qué cosas? Y ellos le dijeron: Lo referente a Jesús de Nazaret, que fue un profeta poderoso en hechos y palabras ante Dios y ante todo el pueblo; y cómo los jefes de los sacerdotes y nuestros gobernantes lo entregaron a una sentencia de muerte y lo crucificaron. Pero esperábamos que fuera él quien redimiera a Israel: sí, y además de todo esto, hoy es el tercer día desde que ocurrieron estas cosas. Sí, y también nos asombraron algunas mujeres de nuestra compañía, que habían madrugado en el sepulcro; y al no encontrar su cuerpo, vinieron diciendo que también habían visto una visión de ángeles, que decía que estaba vivo. Y algunos de los que estaban con nosotros fueron al sepulcro, y lo encontraron así, como las mujeres habían dicho: pero a él no lo vieron. Entonces les dijo: "Hombres insensatos y lentos de corazón para creer en todo lo que os ha dicho". ¿No era necesario que el Cristo sufriera estas cosas y entrara en su gloria? Y se acercaron a la aldea a la que iban, y él hizo como si fuera a ir más lejos. Pero le obligaron, diciendo: "Quédate con nosotros, porque ya es de noche y el día ha declinado". Y entró para quedarse con ellos. Y sucedió que mientras se reclinaba con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Y los ojos de ellos fueron abiertos y lo reconocieron, y se hizo invisible para ellos. Y se dijeron el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos hablaba en el camino? Y se levantaron en la misma hora, y volvieron a Jerusalén. Y encontraron a los once reunidos y a los que estaban con ellos, diciendo: El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón. Y ensayaron lo que había sucedido en el camino y cómo se dio a conocer en la fracción del pan.

3 Y mientras decían estas cosas, Jesús mismo se puso en medio de ellos y les dijo: "La paz sea con vosotros". Pero ellos estaban aterrorizados y asustados, y suponían que habían visto un fantasma. Y les dijo: ¿Por qué estáis preocupados? ¿Y por qué surgen razonamientos en vuestros corazones? Mirad mis manos y mis pies, que soy yo mismo; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que tengo yo. Y mientras ellos seguían incrédulos de gozo, y se preguntaban, él les dijo: ¿Tenéis aquí algo comestible? Y le dieron un trozo de pescado asado y de panal. Y él lo tomó, y comió delante de ellos. Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones.

Aquí termina el Evangelio

EPÍSTOLAS PAULINAS
TRANSCRITO POR MARCION

Los gálatas son griegos. Al principio aceptaron la palabra de verdad del apóstol, pero después de su partida fueron tentados por los falsos apóstoles a convertirse a la ley y a la circuncisión. El apóstol los llama a la fe de la verdad, escribiéndoles desde Éfeso.

CAPÍTULO UNO

1 Pablo, un apóstol, no de los hombres, ni por el hombre, sino por Jesucristo, que se levantó de entre los muertos;

2 A las iglesias de Galacia.

3 Que la gracia sea contigo y la paz de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo.

4 Me maravillo de que hayáis cambiado tan rápidamente, de aquel que os llamó en la gracia a un evangelio diferente:

5 que no es otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo.

6 Pero aunque nosotros o un ángel os anuncie un evangelio contrario al que habéis recibido, sea maldito.

7 Porque, ¿acaso ahora convenzo a los hombres o a Dios? ¿O busco agradar a los hombres? Porque si aún así complaciera a los hombres, no sería el siervo de Cristo.

8 Pero os hago saber, hermanos, que el evangelio que de mí se ha predicado no va tras el hombre.

9 Porque no lo recibí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo.

10 Pero cuando le agradó a Él, que me separó desde el vientre de mi madre y me llamó a su gracia,

11 Para revelar a su Hijo en mí, para que lo anuncie entre las naciones; inmediatamente no conferí con carne y sangre:

12 Ni subí a Jerusalén a los que fueron apóstoles antes que yo; sino que fui a Arabia y volví de nuevo a Damasco.

13 Después de tres años subí a Jerusalén para ver a Cefas, y me quedé con él quince días.

14 Pero no vi a ninguno de los apóstoles, salvo a Santiago, el hermano del Señor.

15 En cuanto a lo que os escribo, he aquí, delante de Dios, no miento.

16 Después vine a las regiones de Siria y Cilicia;

17 y era desconocido por las iglesias de Judea que estaban en Cristo.

CAPÍTULO DOS

1 Catorce años después volví a subir a Jerusalén con Bernabé y me llevé a Tito también.

2 Subí por revelación y les comuniqué el evangelio que predico entre las naciones.

3 Pero ni Tito, que estaba conmigo, siendo griego, fue obligado a circuncidarse:

4 y que por causa de falsos hermanos introducidos desprevenidos, que entraron en secreto para espiar nuestra libertad que tenemos en Cristo Jesús, para ponernos en servidumbre.

5 Ni por una hora cedimos en la sujeción, para que la verdad del evangelio continuara con vosotros.

6 De los que tienen fama de ser algo; lo que sea que hayan sido, para mí no tiene importancia. Una persona que Dios no acepta. Porque a mí no me han conferido nada. Pero al contrario, habiendo visto que se me confió el evangelio y habiendo percibido la gracia que se me dio.

7 Santiago, Cefas y Juan, los que se consideran pilares, nos dieron a mí y a Bernabé la diestra de la comunión, para que nosotros fuéramos a las naciones, pero ellos a la circuncisión.

8 Pero cuando Cefas llegó a Antioquía, le resistí en la cara, porque era culpable.

9 Porque antes de eso vino Santiago, con las naciones que estaba comiendo. Pero cuando vino, se retiró y se separó, temiendo a los de la circuncisión.

10 Y los demás judíos también disimulaban con él, de tal manera que también Bernabé fue arrastrado por su disimulo.

11 Pero cuando vi que no andaban rectamente según la verdad del evangelio, dije a Cefas delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles, ¿por qué obligas a los gentiles a vivir como los judíos?

12 Nosotros, que somos judíos por naturaleza, y no de los gentiles.

13 Porque si lo que derribo lo vuelvo a construir, me constituyo en transgresor.

14 Porque yo, por la ley, estoy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios.

15 Con Cristo estoy crucificado, pero vivo, no yo, sino que Cristo vive en mí. Y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo por la fe del Dios y Cristo que me amó y se entregó a sí mismo por mí.

16 No frustro la gracia. Porque si la justicia viene por la ley, entonces Cristo murió en vano.

.

CAPÍTULO TRES

1 Oh, gálatas insensatos, ¿quién os ha hechizado, ante cuyos ojos se ha retratado abiertamente a Jesucristo?

2 ¿Sólo esto aprenderé de vosotros, que habéis recibido el Espíritu por las obras de la ley o por el oído de la fe?

3 ¿Tan necios sois? Habiendo comenzado en el Espíritu, ¿seáis ahora hechos perfectos por la carne?

4 ¿Tantas cosas habéis sufrido en vano? Si todavía es en vano.

5 El, pues, que os suministra el Espíritu, y hace maravillas entre vosotros.

6 Aprended que el justo por la fe vivirá.

7 Porque todos los que están bajo la ley están bajo maldición; maldito todo aquel que no persevere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas.

8 En la ley nadie se justifica.

9 Pero la ley no es de fe, sino que el que hace estas cosas vivirá en ellas.

10 Cristo nos ha rescatado de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición; como está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero,

11 Para que podamos recibir la bendición del Espíritu a través de la fe.

12 Porque todos vosotros sois hijos de la fe, pero como hombre hablo.

.

CAPÍTULO CUATRO

1 Cuando éramos bebés, nos mantenían bajo los elementos del cosmos.

2 Pero cuando llegó la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo,

3 Para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que pudiéramos recibir la filiación.

4 Y porque sois hijos, ha enviado su Espíritu a vuestros corazones, clamando: Abba, Padre.

5 Ya que en verdad estabais en esclavitud con aquellos que no son dioses por naturaleza.

6 Pero ahora, habiendo conocido a Dios, o mejor dicho, siendo conocidos por Dios, ¿cómo os volvéis de nuevo a los elementos débiles y mendigos, a los que de nuevo deseáis estar en esclavitud?

7 Observáis los días, los meses, las horas, los años y los sábados, así que supongo que las cenas son escasas, los ayunos y los días altos.

8 Os temo, no sea que en vano haya trabajado para vosotros.

9 Hermanos, os ruego que seáis como yo, porque yo soy como vosotros; no me habéis perjudicado en absoluto.

10 Vosotros sabéis cómo por la debilidad de la carne os prediqué el evangelio al principio.

11 Y vuestra tentación que estaba en mi carne, no la despreciasteis ni la rechazasteis con desprecio; pero como ángel de Dios me recibisteis, como Cristo Jesús.

12 ¿Dónde, pues, está vuestra bienaventuranza? Porque os doy testimonio de que, si fuera posible, os arrancaríais los ojos y me los daríais.

13 ¿Así que me he convertido en vuestro enemigo, hablándoos con la verdad?

14 Ellos son celosos de ti, no con razón, sino para excluirte que desean,

15 que, celosos en todo momento, y no sólo cuando estoy presente con vosotros.

16 Hijos míos, por los que vuelvo a sufrir dolores de parto hasta que Cristo sea formado en vosotros,

17 Pero yo deseaba estar presente con vosotros ahora, y cambiar mi voz, porque estoy perplejo en vosotros.

18 Decidme, vosotros que bajo la ley queréis ser, ¿la ley no oís?

19 Porque como está escrito que Abraham tuvo dos hijos, uno de la esclava y otro de la libre.

20 Mas él de la esclava después que nació la carne; y él de la libre fue por la promesa.

21 Lo cual se alegoriza, porque son dos pactos; uno, en efecto, desde el monte Sinaí hasta la sinagoga de los judíos, según la ley, genera para la servidumbre;

22 Pero el otro genera sobre todo poder, señorío y todo nombre que se nombra no sólo en este eón, sino también en el venidero, que es la madre de nosotros.

23 Así pues, hermanos, no somos hijos de la esclava, sino de la libre.

CAPÍTULO CINCO

1 En la libertad con la que Cristo nos hizo libres, manténganse firmes y no se enreden de nuevo en el yugo de la esclavitud.

2 He aquí, yo Pablo os digo, que si os circuncidáis, Cristo no os servirá de nada.

3 Pero vuelvo a atestiguar que el hombre que se circuncida, deudor, debe cumplir toda la ley.

4 Está exento con la marca de la esclavitud. Quien en la ley se justifica, de la gracia ha caído.

5 Porque nosotros, los del Espíritu, por la fe, esperamos la esperanza de la justicia.

7 Habéis corrido bien; ¿quién os ha impedido que no obedezcáis a la verdad?

8 Esta persuasión no proviene de aquel que os llama.

9 Un poco de levadura corrompe todo el pan.

10 Yo confío en vosotros, que no seréis de otra manera; pero el que os perturba llevará el juicio, quienquiera que sea.

11 Pero yo, hermanos, si todavía predico la circuncisión, ¿por qué todavía soy perseguido? Entonces se ha abolido el escándalo de la cruz.

12 ¡Incluso me gustaría que se castraran a sí mismos, lo cual os llevaría a la confusión!

13 Porque vosotros, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; pero no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros.

14 Porque toda la ley en vosotros se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

15 Pero si os mordéis y os devoráis unos a otros, mirad que no os consumáis unos a otros.

16 Pero yo digo: Andad en el Espíritu, y no satisfaréis de ninguna manera los deseos de la carne.

17 Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; pues estas cosas se oponen entre sí, para que no hagáis lo que queráis.

18 Pero si por el Espíritu sois guiados, no estáis bajo la ley.

19 Ahora bien, manifiestas son las obras de la carne, que son fornicación, inmundicia, libertinaje,

20 Idolatría, hechicería, enemistades, disputas, celos, indignaciones, contenciones, divisiones, sectas,

21 Envidias, borracheras, revueltas y cosas semejantes: de las que os digo, como también antes, que los que hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios.

22 Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, mansedumbre, bondad, fe,

23 mansedumbre, autocontrol: contra tales no hay ley.

24 Y los que son de Cristo han crucificado la carne con los afectos y las lujurias.

25 Si vivimos en el Espíritu, en el Espíritu también debemos caminar.

26 No seamos deseosos de vana gloria, provocándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros.

CAPÍTULO SEIS

1 Hermanos, si un hombre es alcanzado en una falta, vosotros que sois espirituales, restauradlo con espíritu de mansedumbre; considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado.

2 Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo.

3 Porque si alguno se cree algo, cuando no es nada, se engaña a sí mismo.

4 Pero la obra de sí mismo le permite probar y entonces sólo para sí tendrá jactancia, y no en otro.

5 Porque cada uno llevará su propia carga.

6 Pero el que es enseñado en la palabra comunique al que enseña.

7 No os engañéis; Dios no es burlado; porque todo lo que el hombre sembrare, eso también segará.

8 Porque el que siembra para la carne, de la carne segará corrupción; pero el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eoniana.

9 Pero al hacer el bien no debemos perder el ánimo.

10 Y según tengamos oportunidad, hagamos el bien, porque a su debido tiempo segaremos.

11 Ya veis cómo en grandes letras os he escrito con mi propia mano.

12 Todos los que quieran hacer una demostración justa en la carne, os obligan a ser circuncidados;

13 Porque ni ellos mismos, los que están circuncidados, guardan la ley, sino que quieren que os circuncidéis para glorificarse en vuestra carne.

14 Pero Dios no quiera que yo me gloríe, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo.

15 Por lo demás, que nadie me dé problemas, porque llevo las marcas de Cristo en mi cuerpo.

16 La gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con vuestro espíritu, hermanos. Amén.

ROMANOS
TRANSCRITO POR MARCION

Los romanos están en las regiones de Italia. Fueron alcanzados por falsos apóstoles y bajo el nombre de nuestro Señor Jesucristo fueron llevados a la ley y a los profetas. El apóstol los llama a la verdadera fe evangélica, escribiéndoles desde Corinto.

CAPÍTULO UNO

1 Pablo, un esclavo de Jesucristo, llamado a ser un apóstol, apartado para el Evangelio de Dios;

2 a todos los que están en Roma, amados por Dios, llamados a ser santos: gracia para vosotros y paz de parte de Dios nuestro padre, y del Señor Jesucristo.

3 En primer lugar, doy gracias a mi Dios por medio de Jesucristo por todos vosotros, porque vuestra fe se celebra en todo el mundo.

4 Porque Dios es mi testigo, a quien sirvo en mi espíritu en el Evangelio de su hijo, que incesantemente hago mención de ustedes,

5 siempre en mis oraciones, preguntando si de alguna manera ahora, alguna vez puedo tener éxito, por la voluntad de Dios, en venir a ti.

6 Porque anhelo verte, para poder compartir algún don espiritual contigo, para que te fortalezcas.

7 Para que podamos ser reconfortados juntos, entre ustedes, por la fe que hay en cada uno, tanto la suya como la mía.

8 No quiero, pues, que permanezcáis ignorantes, hermanos, que muchas veces quise venir a vosotros, pero me fue impedido hasta el presente, para tener algún fruto entre vosotros también, así como entre los demás gentiles.

9 Soy deudor tanto de los griegos como de los bárbaros, tanto de los sabios como de los sencillos.

10 Por eso, lo que me conviene más es predicarles el Evangelio a ustedes, los de Roma también.

11 Porque no me avergüenzo del Evangelio, pues es el poder de Dios para la salvación de todos los fieles, tanto judíos como griegos.

12 Porque en él se revela la justicia de Dios, de fe en fe.

13 También se revela la ira del cielo sobre la irreverencia e injusticia de los hombres, que con su injusticia suprimen la verdad.

CAPÍTULO DOS

1 Así vemos que el juicio de Dios está basado en la verdad.

2 Porque no hay favoritismo con Dios. Quien haya transgredido sin la ley perecerá también sin la ley, y quien haya transgredido con la ley será juzgado por la ley.

3 Porque no son los que oyen la ley los que son justos ante Dios, sino los que la cumplen los que serán justificados,

4 Porque cuando los gentiles, los que por naturaleza no tienen ley, pueden hacer las cosas de la ley, estos sin ley son una ley para sí mismos.

5 Ellos muestran la obra de la ley escrita en sus corazones, su conciencia testifica con ellos, sus pensamientos los acusan o incluso los defienden.

6 en el día en que Dios juzgue los secretos de las personas, por medio de Cristo, según mi Evangelio.

7 Pero si te llamas judío, y te apoyas en la ley, y te jactas en Dios,

8 y conocer la voluntad de Dios, y discernir las cosas importantes, siendo enseñadas fuera de la ley,

9 si también tienes la confianza de que eres una guía para los ciegos, una luz para los que están en la oscuridad,

10 un instructor de los ignorantes, un maestro de los niños, que tiene la apariencia de conocimiento y de la verdad de la ley,

11 el que luego enseña a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? El que predica no robar, ¿estás robando?

12 El que dice que no cometas adulterio, ¿estás cometiendo adulterio? El que detesta los ídolos; ¿cometes sacrilegio?

13 El que se jacta en la ley; ¿deshonras a Dios con la violación de la ley?

14 Porque el nombre de Dios es blasfemado por causa de vosotros, tal como está escrito.

15 Porque la circuncisión es verdaderamente beneficiosa, si guardas la ley; pero si eres un infractor de la ley, tu circuncisión se ha convertido en incircuncisión.

16 Porque el que sólo aparenta ser judío no es verdaderamente judío, ni la verdadera circuncisión lo es en la apariencia exterior en la carne.

17 Pero el que es verdaderamente judío lo es interiormente, y la verdadera circuncisión es de corazón, en el espíritu no en la letra, cuya alabanza no viene de los hombres, sino de Dios.

CAPÍTULO TRES

1 Ahora sabemos que lo que la ley dice, habla a los que están bajo la ley, para que toda boca sea detenida, y todo el mundo pueda ser responsable.

2 Por tanto, por las obras de la ley no se justificará toda la carne, porque por la ley se reconoce la transgresión.

CAPÍTULO CUATRO

1 Justificados, pues, por la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo;

2 a través del cual también tenemos acceso por la fe a esta gracia en la que estamos. Nos regocijamos en la esperanza de la gloria de Dios.

3 No sólo esto, sino que también nos regocijamos en nuestros sufrimientos, sabiendo que el sufrimiento obra perseverancia;

4 y la perseverancia, el carácter probado; y el carácter probado, la esperanza:

5 y la esperanza no nos decepciona, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones a través del Espíritu Santo que nos fue dado.

6 Porque mientras aún éramos débiles, en el momento oportuno Cristo murió por los impíos.

7 Porque difícilmente se morirá por un hombre justo. Sin embargo, tal vez por una persona justa alguien se atreva a morir.

8 Pero Dios encomienda su propio amor hacia nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.

9 Mucho más, pues, estando ya justificados por su sangre, seremos salvados de la ira de Dios por medio de él.

10 Porque si siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.

11 No sólo eso, sino que también nos regocijamos en Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación.

12 Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y la muerte por el pecado, así la muerte pasó a todos los hombres, porque todos pecaron.

13 Porque hasta la ley, el pecado estaba en el mundo; pero el pecado no se cobra cuando no hay ley.

14 Sin embargo, la muerte reinó desde Adán hasta Moisés, aun sobre aquellos cuyos pecados no eran como la desobediencia de Adán, que es una prefiguración del que había de venir.

15 Pero el don gratuito no es como la transgresión. Porque si por la transgresión de uno murieron los muchos, mucho más abundaron la gracia de Dios y el don por la gracia de un hombre, Jesucristo, para los muchos.

16 El don no es como el que pecó, porque el juicio vino por uno para condenación, pero el don vino de muchas transgresiones para justificación.

17 Porque si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia.

18 Así, pues, como por una sola transgresión todos los hombres fueron condenados, así por un solo acto de justicia todos los hombres fueron justificados para vivir.

19 Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos.

20 La ley entró por otra parte para que abundara la transgresión; pero donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia;

21 para que, como el pecado reinó en la muerte, así también la gracia reinase por la justicia para la vida eterna por medio de Jesucristo nuestro Señor.

CAPÍTULO CINCO

1 ¿Qué diremos entonces? ¿Continuaremos en el pecado, para que la gracia abunde?

2 ¡Que nunca lo sea! Nosotros, que morimos al pecado, ¿cómo podríamos seguir viviendo en él?

3 ¿O no sabéis que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte?

4 Fuimos sepultados con él por medio del bautismo de muerte, para que así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en una vida nueva.

5 Porque si nos hemos unido a él en la semejanza de su muerte, también seremos parte de su resurrección;

6 sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado con él, para que el cuerpo del pecado sea eliminado, para que no estemos más en la esclavitud del pecado.

7 Porque el que ha muerto ha sido liberado del pecado.

8 Pero si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él;

9 sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de entre los muertos, ya no muere más. La muerte ya no tiene dominio sobre él!

10 Porque la muerte que él murió, al pecado murió una vez; pero la vida que vive, la vive para Dios.

11 Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, nuestro Señor.

12 Por tanto, no dejéis que el pecado reine en vuestro cuerpo mortal, para que lo obedezcáis en sus concupiscencias.

13 Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de injusticia, sino presentaos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros como instrumentos de justicia para Dios.

14 Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros. Porque no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia.

15 ¿Y entonces qué? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? Que nunca lo esté!

16 ¿No sabéis que a quien os presentáis como siervos de la obediencia, a sus siervos sois a quienes obedecéis; sea del pecado a la muerte, sea de la obediencia a la justicia?

17 Pero gracias a Dios que, siendo siervos del pecado, os habéis hecho obedientes de corazón a la enseñanza que os ha sido dada.

18 Al ser liberados del pecado, os convertisteis en siervos de la justicia.

19 Hablo en términos humanos debido a la debilidad de vuestra carne, pues así como habéis presentado vuestros miembros como siervos de la inmundicia y de la maldad sobre la maldad, así también ahora presentáis vuestros miembros como siervos de la justicia para la santificación.

20 Porque cuando erais siervos del pecado, erais libres en cuanto a la justicia.

21 ¿Qué fruto teníais entonces en aquel tiempo en las cosas de las que ahora os avergonzáis? Porque el fin de esas cosas es la muerte.

22 Pero ahora, estando libres del pecado y habiéndose convertido en siervos de Dios, tenéis vuestro fruto de santificación y el resultado de la vida eterna.

23 Porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es la vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor.

CAPÍTULO SEIS

1 ¿O no sabéis, hermanos, pues hablo a los hombres que conocen la ley, que la ley tiene dominio sobre el hombre mientras vive?

2 Porque la mujer que tiene marido está ligada por la ley al marido mientras éste vive, pero si el marido muere, ella queda liberada de la ley del marido.

3 Así pues, si mientras el marido vive ella se une a otro hombre, se la llamará adúltera. Pero si el marido muere, ella está libre de la ley, por lo que no es adúltera, aunque esté unida a otro hombre.

4 Por tanto, hermanos míos, también vosotros habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para uniros a otro, al que ha resucitado de entre los muertos, a fin de que demos fruto para Dios.

5 Porque cuando estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas que eran por medio de la ley, obraban en nuestros miembros para dar fruto de muerte.

6 Pero ahora hemos sido liberados de la ley, habiendo muerto a aquello en lo que estábamos detenidos, para que sirvamos en novedad del espíritu y no en antigüedad de la letra.

7 ¿Qué diremos entonces? ¿Es la ley un pecado? Que no lo sea nunca! Sin embargo, no habría conocido el pecado si no fuera por la ley. Porque no habría conocido la codicia, si la ley no hubiera dicho: "No codiciarás".

8 Pero el pecado, al encontrar ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda clase de codicia. Porque, aparte de la ley, el pecado está muerto.

9 Yo viví una vez sin la ley, pero cuando vino el mandamiento, el pecado revivió y yo morí.

10 El mandamiento, que era para la vida, lo encontré para la muerte;

11 para el pecado, encontrando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por ello me mató.

12 Por tanto, la ley es verdaderamente santa, y el mandamiento santo, justo y bueno.

13 Entonces, ¿lo que es bueno se convirtió en muerte para mí? Que nunca lo sea! Pero el pecado, para que se demuestre que es pecado, obrando la muerte para mí por medio de lo que es bueno, para que por el mandamiento el pecado llegue a ser sumamente pecaminoso.

14 Porque sabemos que la ley es espiritual, pero yo soy carnal, vendido al pecado.

15 Porque no sé lo que hago. Porque no practico lo que quiero hacer, sino lo que aborrezco, eso hago.

16 Pero si lo que no deseo, lo hago, consiento en que la ley sea buena.

17 Así que ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí.

18 Porque sé que en mí, es decir, en mi carne, no mora el bien. Porque el deseo está presente en mí, pero no lo encuentro haciendo lo que es bueno.

19 Porque no hago el bien que deseo, sino el mal que no deseo, que practico.

20 Pero si lo que no deseo es lo que hago, ya no lo hago yo, sino el pecado que habita en mí.

21 Hallo, pues, la ley de que, si bien deseo hacer el bien, el mal está presente en mí.

22 Porque me deleito en la ley de Dios según el hombre interior,

23 pero veo una ley diferente en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo bajo la ley del pecado que está en mis miembros.

24 ¡Qué hombre tan miserable soy! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?

25 ¡Doy gracias a Dios por Jesucristo, nuestro Señor! Así que con la mente, yo mismo sirvo a la ley de Dios, pero con la carne, la ley del pecado.

CAPÍTULO SIETE

1 Por tanto, no hay ahora ninguna condenación para los que están en Cristo Jesús, que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.

2 Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me hizo libre de la ley del pecado y de la muerte.

3 Porque lo que la ley no pudo hacer, por cuanto era débil por la carne, Dios lo hizo, enviando a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado y por el pecado, condenó al pecado en la carne;

4 para que la ordenanza de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos según la carne, sino según el Espíritu.

5 Porque los que viven según la carne ponen su mente en las cosas de la carne, pero los que viven según el Espíritu, en las cosas del Espíritu.

6 Porque la mente de la carne es muerte, pero la mente del Espíritu es vida y paz;

7 porque la mente de la carne es hostil a Dios; pues no está sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede estarlo.

8 Los que están en la carne no pueden agradar a Dios.

9 Pero vosotros no estáis en la carne sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es suyo.

10 Si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto a causa del pecado, pero el espíritu está vivo a causa de la justicia.

11 Pero si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará también vida a vuestros cuerpos mortales por medio de su Espíritu que habita en vosotros.

12 Así pues, hermanos, somos deudores, no a la carne, para vivir según la carne.

13 Porque si vivís conforme a la carne, debéis morir; pero si por el Espíritu hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis.

14 Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.

15 Porque no habéis recibido el espíritu de esclavitud para temer, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba! ¡Padre!

16 El Espíritu mismo da testimonio con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios;

17 y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo; si en verdad sufrimos con él, para que también seamos glorificados con él.

18 Porque considero que los sufrimientos del tiempo presente no son dignos de ser comparados con la gloria que se nos revelará.

19 Porque la creación espera con ansiosa expectación que se revelen los hijos de Dios.

20 Porque la creación fue sometida a la vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa de aquel que la sometió, en la esperanza

21 que la creación misma también será liberada de la esclavitud de la decadencia hacia la libertad de la gloria de los hijos de Dios.

22 Porque sabemos que toda la creación gime y sufre dolores de parto hasta ahora.

23 No sólo eso, sino que también nosotros, que tenemos las primicias del Espíritu, incluso nosotros mismos gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo.

24 Porque fuimos salvados en la esperanza, pero la esperanza que se ve no es esperanza. Porque ¿quién espera lo que ve?

25 Pero si esperamos lo que no vemos, lo esperamos con paciencia.

26 De la misma manera, el Espíritu también ayuda a nuestras debilidades, pues no sabemos orar como deberíamos. Pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos que no pueden ser pronunciados.

27 El que escudriña los corazones sabe lo que está en la mente del Espíritu, porque intercede por los santos según Dios.

28 Sabemos que todas las cosas obran conjuntamente para el bien de los que aman a Dios, de los que son llamados según su propósito.

29 Porque a los que antes conocía, también los predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo, para ser el primogénito entre muchos hermanos.

30 A quienes predestinó, a los que también llamó. A los que llamó, a los que también justificó. A quienes justificó, a quienes también glorificó.

31 ¿Qué, pues, diremos de estas cosas? Si Dios está por nosotros, ¿quién puede estar contra nosotros?

32 El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?

33 ¿Quién podría presentar una acusación contra los elegidos de Dios? Es Dios quien justifica.

34 ¿Quién es el que condena? Es Cristo que murió, sí, más bien, que resucitó de entre los muertos, que está a la derecha de Dios, que también intercede por nosotros.

35 ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Podría la opresión, o la angustia, o la persecución, o el hambre, o la desnudez, o el peligro, o la espada?

36 Incluso como está escrito: Por tu causa nos matan todo el día. Fuimos contados como ovejas para el matadero.

37 No, en todas estas cosas, somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.

38 Porque estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni las potestades,

39 ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra cosa creada, podrá separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús nuestro Señor.

CAPÍTULO OCHO

1 Hermanos, el deseo de mi corazón y mi oración a Dios es por Israel, para que se salven.

2 Porque doy testimonio de ellos de que tienen celo por Dios, pero no según el conocimiento.

3 Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer su propia justicia, no se sometieron a la justicia de Dios.

4 Porque Cristo es el cumplimiento de la ley para la justicia de todo el que cree.

CAPÍTULO NUEVE

1 ¡Oh la profundidad de las riquezas tanto de la sabiduría como del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios, y sus caminos más allá de lo que se puede ver!

2 Porque ¿quién ha conocido la mente del Señor? ¿O quién ha sido su consejero?

3 ¿O quién le ha dado primero, y le será devuelto de nuevo?

4 Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria para siempre! Amén.

CAPÍTULO DIEZ

1 Por lo tanto, hermanos, por la misericordia de Dios, os exhorto a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, aceptable a Dios, que es vuestro servicio espiritual.

2 No os conforméis a este mundo, sino transformaos por la renovación de vuestra mente, para que comprobéis cuál es la buena, grata y perfecta voluntad de Dios.

3 Porque digo, por la gracia que me fue dada, a todo hombre que está entre vosotros, que no piense en sí mismo más de lo que debería pensar; sino que piense razonablemente, como Dios ha repartido a cada persona una medida de fe.

4 Porque así como tenemos muchos miembros en un cuerpo, y todos los miembros no tienen la misma función,

5 así que nosotros, que somos muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, y miembros individualmente unos de otros.

6 Teniendo dones que difieren según la gracia que nos fue dada, si profetizamos, profeticemos según la proporción de nuestra fe;

7 o servicio, entreguémonos al servicio; o el que enseña, a su enseñanza;

8 o el que exhorta, a su exhortación; el que da, que lo haga con liberalidad; el que gobierna, con diligencia; el que hace misericordia, con alegría.

9 Que el amor sea sin hipocresía. Aborrece lo que es malo. Aferrarse a lo que es bueno.

10 En el amor a los hermanos sed tiernamente afectuosos los unos con los otros; en el honor prefiriéndoos los unos a los otros;

11 no desfallezcan en la diligencia; fervorosos en el espíritu; sirvan al Señor;

12 alegrarse en la esperanza; soportar las dificultades; continuar firmemente en la oración;

13 contribuyendo a las necesidades de los santos; dándose a la hospitalidad.

14 Bendecir a los que os persiguen; bendecir y no maldecir.

15 Alegraos con los que se alegran. Llorad con los que lloran.

16 Tened el mismo espíritu los unos con los otros. No pongas tu mente en las cosas elevadas, sino asociaos con los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión.

17 No paguéis a nadie mal por mal. Respetad lo que es honorable a los ojos de todos los hombres.

18 Si es posible, en la medida en que dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres.

19 No busquéis venganza, amados, sino que dejad lugar a la ira de Dios. Porque está escrito: La venganza me pertenece; yo pagaré, dice el Señor.

20 Por tanto, si tu enemigo tiene hambre, dale de comer. Si tiene sed, dadle de beber; porque al hacerlo, amontonaréis ascuas de fuego sobre su cabeza.

21 No te dejes vencer por el mal, sino vence el mal con el bien.

CAPÍTULO ONCE

1 Que cada alma esté en sujeción a las autoridades superiores, porque no hay ninguna autoridad excepto la de Dios, y las que existen son ordenadas por Dios.

2 Por lo tanto, el que resiste a la autoridad, resiste a la ordenanza de Dios; y los que resisten recibirán para sí el juicio.

3 Porque los gobernantes no son un terror para la buena obra, sino para la mala. ¿Deseáis no temer a la autoridad? Haz lo que es bueno, y tendrás alabanza de la misma,

4 porque es un siervo de Dios para ti para el bien. Pero si hacéis el mal, temed, porque no lleva la espada en vano, pues es siervo de Dios, vengador de la ira del que hace el mal.

5 Por tanto, es necesario que estéis en sujeción, no sólo por la ira, sino también por la conciencia.

6 Por eso pagáis también los impuestos, porque son siervos del servicio de Dios, atendiendo continuamente a esto mismo.

7 Dad, pues, a todos lo que debéis: impuestos a quien los debéis; costumbres a quien las costumbres; respeto a quien el respeto; honor a quien el honor.

8 No debáis a nadie nada, sino amaros los unos a los otros; porque el que ama al prójimo ha cumplido la ley.

9 Porque los mandamientos: No cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no darás falso testimonio, no codiciarás, y cualesquiera otros mandamientos que haya, se resumen en este dicho: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

10 El amor no hace daño al prójimo. El amor es, pues, el cumplimiento de la ley.

11 Hacedlo sabiendo que ya es hora de que os despertéis del sueño, pues la salvación está ahora más cerca de nosotros que cuando creímos.

12 La noche está lejos y el día está cerca. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas y vistámonos las armaduras de la luz.

13 Andemos como de día; no en la fiesta y la embriaguez, no en la promiscuidad sexual y en los actos lujuriosos, no en las disputas y los celos.

14 Pero vestíos del Señor Jesucristo, y no hagáis provisión para la carne, para sus lujurias.

CAPÍTULO DOCE

1 Ahora acepta a uno que es débil en la fe, pero no para disputas sobre opiniones.

2 Un hombre tiene fe para comer todas las cosas, pero el que es débil sólo come vegetales.

3 No dejes que el que come desprecie al que no come. No dejes que el que no come juzgue al que come, porque Dios lo ha aceptado.

4 ¿Quién eres tú que juzgas al siervo de otro? A su propio señor se levanta o se cae. Sí, se pondrá de pie, porque Dios tiene poder para hacerlo.

5 Un hombre estima que un día es más importante. Otro estima que todos los días son iguales. Que cada hombre esté completamente seguro en su propia mente.

6 El que observa el día, lo observa para el Señor; y el que no lo observa, para el Señor no lo observa. El que come, come para el Señor, porque da gracias a Dios. El que no come, al Señor no come, y da gracias a Dios.

7 Porque ninguno de nosotros vive para sí mismo, y ninguno muere para sí mismo.

8 Porque si vivimos, para el Señor vivimos. O si morimos, morimos para el Señor. Por lo tanto, si vivimos o morimos, somos del Señor.

9 Porque para esto murió, resucitó y volvió a vivir Cristo, para ser Señor tanto de los muertos como de los vivos.

10 Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú, ¿por qué desprecias a tu hermano? Porque todos nosotros estaremos ante el tribunal de Cristo.

11 Porque escrito está: Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla. Toda lengua se confesará a Dios.

12 Entonces cada uno de nosotros dará cuenta de sí mismo a Dios.

13 Por tanto, no nos juzguemos más los unos a los otros, sino juzguemos más bien esto: que ningún hombre ponga un obstáculo en el camino de su hermano, o una ocasión para caer.

14 Yo sé, y estoy persuadido en el Señor Jesús, que nada es inmundo en sí mismo; excepto que para el que considera que algo es inmundo, para él lo es.

15 Pero si por causa de la comida tu hermano está afligido, ya no andas en el amor. No destruyas con tu comida a aquel por quien Cristo murió.

16 Entonces no dejes que tu bien sea calumniado,

17 porque el Reino de Dios no es comer y beber, sino justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo.

18 Porque el que sirve a Cristo en estas cosas es aceptable para Dios y aprobado por los hombres.

19 Así pues, sigamos las cosas que hacen la paz y las que nos edifican los unos a los otros.

20 No derribéis la obra de Dios por causa de la comida. Todas las cosas son limpias, sin embargo es malo para el hombre que crea un obstáculo al comer.

21 Es bueno no comer carne, ni beber vino, ni hacer nada con lo que tu hermano tropiece, se ofenda o se debilite.

22 ¿Tienes fe? Tenla para ti mismo ante Dios. Dichoso el que no se juzgue a sí mismo en lo que aprueba.

23 Pero el que duda es condenado si come, porque no es de fe; y todo lo que no es de fe es pecado.

CORINTIOS
TRANSCRITO POR MARCION

Los corintios son aqueos. Y de la misma manera escucharon de los apóstoles la palabra de verdad y luego fueron subvertidos de muchas maneras por falsos apóstoles, algunos llevados por la verborreica elocuencia de la filosofía, otros por una secta de la ley judía. Los llama a la verdadera y evangélica sabiduría, escribiéndoles desde Éfeso a través de Timoteo.

CAPÍTULO UNO

1 Pablo, llamado a ser un apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y Timoteo nuestro hermano,

2 A la iglesia de Dios que está en Corinto, a los llamados a ser santos, con todos los que están en Acaya:

3 Gracia y paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

4 Agradezco a mi Dios siempre en vuestro nombre, por la gracia de Dios que os ha sido dada por Jesucristo;

5 Que en todo os enriquecéis con él, en toda palabra y en todo conocimiento;

6 Así como el testimonio de Cristo fue confirmado en vosotros:

7 para que no os quedéis atrás en ningún don, esperando la revelación de nuestro Señor Jesucristo:

8 que también os confirmará hasta el final, para que seáis irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo.

9 Fiel es Dios, por quien fuisteis llamados a la comunión de su Hijo Jesucristo, nuestro Señor.

10 Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo juicio.

11 Porque se me ha declarado de vosotros, hermanos míos, por los que son de la casa de Cloe, que hay disputas entre vosotros.

12 Esto es lo que digo: Cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo, yo de Apolo y yo de Cefas.

13 ¿Está Cristo dividido? ¿Fue Pablo crucificado por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?

14 Doy gracias a Dios por no haber bautizado a ninguno de vosotros;

15 No sea que alguien diga que yo he bautizado en mi propio nombre.

16 Porque Cristo no me envió a bautizar, sino a predicar el evangelio; no con sabiduría de palabras, para que la cruz de Cristo no tenga efecto.

17 Porque la predicación de la cruz es una locura para los que se pierden; pero para nosotros que nos salvamos es el poder de Dios.

18 Porque está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios y anularé el entendimiento de los prudentes.

19 ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este mundo? ¿Acaso Dios no ha enloquecido la sabiduría de este mundo?

20 Porque después de esto, en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios por la sabiduría, y le agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación.

21 Porque los judíos necesitan una señal, y los griegos buscan la sabiduría:

22 Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos un tropiezo, y para los griegos una locura;

23 Porque la locura de Dios es más sabia que los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres.

24 Pero Dios ha elegido las cosas necias del mundo para confundir a los sabios; y Dios ha elegido las cosas débiles del mundo para confundir a las poderosas;

25 Y las cosas viles del mundo, y las despreciadas, las ha elegido Dios, sí, y las que no lo son, para anular las que sí lo son:

26 para que ninguna carne se gloríe en su presencia.

27 para que, como está escrito: El que se gloría, que se gloríe en el Señor.

CAPÍTULO DOS

1 Y yo, hermanos, cuando vine a vosotros, no vine con la excelencia de la palabra o de la sabiduría, declarándoos el testimonio de Dios.

2 Porque me propuse no saber nada entre vosotros, salvo a Jesucristo, y a él crucificado.

3 Y estuve con vosotros en debilidad, en temor y en mucho temblor.

4 Y mi discurso y mi predicación no fue con palabras seductoras de sabiduría humana, sino en demostración del Espíritu y del poder:

5 para que vuestra fe no esté en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.

6 Pero hablamos sabiduría entre los que son perfectos, pero no la sabiduría de este mundo ni la de los príncipes de este mundo, que no se puede alcanzar:

7 Pero hablamos la sabiduría de Dios en un misterio, la sabiduría oculta, que Dios ordenó antes del mundo para nuestra gloria:

8 que ninguno de los príncipes de este mundo conoció, porque si la hubieran conocido, no habrían crucificado al Señor de la gloria.

9 Pero Dios nos las reveló por su Espíritu, porque el Espíritu todo lo escudriña, sí, las cosas profundas de Dios.

10 Porque ¿qué hombre conoce las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también las cosas de Dios no las sabe nadie, sino el Espíritu de Dios.

11 Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el espíritu que es de Dios, para que conozcamos las cosas que Dios nos da gratuitamente.

12 Lo cual también hablamos, no con las palabras que enseña la sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu Santo; comparando lo espiritual con lo espiritual.

13 Pero el hombre natural no recibe las cosas del Espíritu de Dios, porque para él son una locura, y no las puede conocer, porque se disciernen espiritualmente.

14 Pero el que es espiritual juzga todas las cosas, pero él mismo no es juzgado por nadie.

15 Porque ¿quién ha conocido la mente del Señor para instruirlo? Pero nosotros tenemos la mente de Cristo.

CAPÍTULO TRES

1 Y yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo.

2 Os he alimentado con leche y no con carne, porque hasta ahora no habéis podido soportarlo, ni tampoco podéis ahora.

3 Porque aún sois carnales; pues si hay entre vosotros envidias, contiendas y divisiones, ¿no sois carnales y andáis como hombres?

4 Porque mientras uno dice: Yo soy de Pablo, y otro: Yo soy de Apolo, ¿no sois vosotros carnales?

5 ¿Quién, pues, es Pablo y quién es Apolo, sino ministros por medio de los cuales habéis creído, como el Señor dio a cada uno?

6 Yo planté, Apolo regó; pero el crecimiento lo dio Dios.

7 Así pues, ni el que planta nada, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento.

8 El que planta y el que riega son una sola cosa; y cada uno recibirá su recompensa según su propio trabajo.

9 Porque nosotros somos trabajadores junto con Dios; vosotros sois los cuidadores de Dios, vosotros sois el edificio de Dios.

10 Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, como sabio maestro constructor he puesto el fundamento, y otro edifica sobre él. Pero que cada uno se fije en cómo edifica sobre él.

11 Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Jesucristo.

12 ¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?

13 Si alguno profana el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios es santo, el cual sois vosotros.

14 Que nadie se engañe a sí mismo. Si alguno de vosotros parece ser sabio en este mundo, hágase necio, para que sea sabio.

15 Porque la sabiduría de este mundo es necedad para con Dios. Porque está escrito: Él toma a los sabios en su propia astucia.

16 Y otra vez: El Señor conoce los pensamientos de los sabios, que son vanos.

17 Por tanto, que nadie se gloríe en los hombres. Porque todas las cosas son tuyas;

18 Ya sea Pablo, o Apolo, o Cefas, o el mundo, o la vida, o la muerte, o las cosas presentes, o las venideras; todo es vuestro;

19 Y vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios.

CAPÍTULO CUATRO

1 que sacará a la luz las cosas ocultas de las tinieblas y pondrá de manifiesto los consejos de los corazones, y entonces cada uno tendrá la alabanza de Dios.

2 Porque hemos sido hechos un espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres.

3 No escribo estas cosas para avergonzaros, sino para advertiros como a mis amados hijos.

4 Porque en Cristo Jesús os he engendrado por medio del evangelio.

5 Por lo tanto, os ruego que seáis mis seguidores.

6 Algunos se han hinchado, como si yo no quisiera venir a vosotros.

7 Pero vendré a vosotros en breve, si el Señor quiere, y sabrá, no la palabra de los que están hinchados, sino el poder.

8 Porque el reino de Dios no está en la palabra, sino en el poder.

9 ¿Qué queréis? ¿Vendré a vosotros con vara, o con amor y espíritu de mansedumbre?

CAPÍTULO CINCO

1 Se dice comúnmente que hay fornicación entre vosotros, y tal fornicación que no se nombra entre los gentiles, que uno debe tener la esposa de su padre.

2 Y vosotros estáis hinchados, y no os habéis lamentado más bien, para que el que ha hecho esta obra sea quitado de en medio de vosotros.

3 Porque yo, como ausente en cuerpo, pero presente en espíritu, ya he juzgado, como si estuviera presente, acerca del que ha hecho esta obra,

4 En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, cuando estéis reunidos, y mi espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesucristo,

5 Entregar a tal a Satanás para la destrucción de la carne, para que el espíritu se salve en el día del Señor Jesús.

6 Tu gloria no es buena. ¿No sabéis que un poco de levadura leuda toda la masa?

7 Quitad, pues, la vieja levadura, para que seáis una nueva masa, como sois sin levadura. Porque incluso Cristo, nuestra Pascua, es sacrificado por nosotros.

CAPÍTULO SEIS

1 El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo.

2 Y Dios ha levantado al Señor, y también nos levantará a nosotros por su propio poder.

3 ¿No sabéis que vuestros cuerpos son los miembros de Cristo? ¿Tomaré los miembros de Cristo y los convertiré en miembros de una ramera? Dios no lo quiera.

4 ¿Qué? ¿No sabéis que el que se une a una ramera es un solo cuerpo? Porque dos, dice, serán una sola carne.

5 Pero el que se une al Señor es un solo espíritu.

6 Huye de la fornicación. Todo pecado que el hombre comete está fuera del cuerpo; pero el que fornica peca contra su propio cuerpo.

7 ¿Qué? ¿No sabéis que vuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo que está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?

8 Porque habéis sido comprados por un precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, que son de Dios.

CAPÍTULO SIETE

1 En cuanto a las cosas de las que me escribisteis: Es bueno para un hombre no tocar a una mujer.

2 Sin embargo, para evitar la fornicación, que cada hombre tenga su propia esposa, y que cada mujer tenga su propio marido.

3 Que el marido tenga la debida compasión con la mujer, y que la mujer tenga también la misma compasión con el marido.

4 La mujer no tiene poder sobre su propio cuerpo, sino el marido; y de la misma manera el marido no tiene poder sobre su propio cuerpo, sino la mujer.

5 No os limitéis el uno al otro, a no ser que sea con consentimiento por un tiempo, para que os entreguéis al ayuno y a la oración; y volved a juntaros, para que Satanás no os tiente por vuestra falta de dominio propio.

6 Pero esto lo digo con permiso, y no por mandato.

7 Porque quisiera que todos los hombres fueran como yo mismo. Pero cada uno tiene su propio don de Dios, uno de esta manera y otro de esta otra.

8 Digo, pues, a los solteros y a las viudas que les conviene permanecer como yo.

9 Pero si no pueden contenerse, que se casen; porque mejor es casarse que arder de deseo.

10 Y a los casados les ordeno, pero no yo, sino el Señor, que no se separen de su marido:

11 Pero si se separa, que permanezca soltera con otro hombre o que se reconcilie con su actual marido, y que el marido no deseche a su mujer.

12 En cuanto a las vírgenes, no tengo ningún mandamiento del Señor; pero doy mi juicio, como quien ha obtenido la misericordia del Señor para ser fiel.

13 Supongo, pues, que esto es bueno para la presente aflicción, digo, que es bueno para el hombre serlo.

14 ¿Estás atado a una esposa? No busques que te suelten. ¿Estás libre de una esposa? No busques una esposa.

15 Pero si te casas, no has pecado; y si una virgen se casa, no ha pecado. Sin embargo, los tales tendrán problemas en la carne, pero yo te perdono.

16 Pero esto digo, hermanos, que el tiempo es corto; queda, pues, que los dos que tienen mujer sean como si no la tuviesen;

17 Los que lloran, como si no lloraran; los que se alegran, como si no se alegraran; y los que compran, como si no tuvieran;

18 Y los que usan este mundo, como si no abusaran de él; porque la moda de este mundo pasa.

19 Pero yo os quiero sin cuidado. El soltero se preocupa por las cosas que pertenecen al Señor, cómo puede complacer al Señor:

20 Pero el que está casado se preocupa por las cosas del mundo, para complacer a su esposa.

21 También hay diferencia entre una esposa y una virgen. La mujer soltera se preocupa por las cosas del Señor, para ser santa tanto en el cuerpo como en el espíritu; pero la casada se preocupa por las cosas del mundo, para agradar a su marido.

22 Y esto lo digo para vuestro propio beneficio; no para echaros un lazo, sino para lo que es atractivo, y para que podáis atender al Señor sin distracciones.

23 Pero si alguno piensa que no se comporta bien con su virgen, si ella pasa la flor de su edad, y así lo requiere, que haga lo que quiera, no peca; que se casen.

24 Pero el que se mantiene firme en su corazón, sin necesidad, pero con poder sobre su propia voluntad, y ha decretado en su corazón que mantendrá a su virgen, hace bien.

25 Así pues, el que la da en matrimonio hace bien; pero el que no la da en matrimonio hace mejor.

26 La esposa está obligada por la ley mientras su marido vive; pero si su marido muere, ella tiene libertad para casarse con quien quiera; sólo en el Señor.

27 Pero ella es más feliz si permanece así, según mi juicio, y pienso también que tengo el Espíritu de Dios.

CAPÍTULO OCHO

1 En cuanto a la comida de las cosas que se ofrecen en sacrificio a los ídolos, sabemos que un ídolo no es nada en el mundo, y que no hay otro Dios más que uno.

2 Porque aunque haya quienes se llaman dioses, ya sea en el cielo o en la tierra, como hay dioses muchos, y señores muchos,

3 Pero para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual son todas las cosas, y nosotros en él; y un solo Señor Jesucristo, por el cual son todas las cosas, y nosotros por él.

CAPÍTULO NUEVE

1 ¿Quién va a la guerra en cualquier momento a su cargo? ¿Quién planta una viña y no come de su fruto? ¿O quién alimenta un rebaño, y no come de la leche del rebaño?

2 ¿Digo estas cosas como un hombre? ¿O no dice también la ley lo mismo?

3 Porque está escrito en la ley de Moisés: No pondrás bozal a la boca del buey que pisa el trigo. ¿Cuida Dios de los bueyes?

4 ¿O lo dice todo por nosotros? Por nosotros, sin duda, está escrito: que el que ara, arará con esperanza; y que el que trilla con esperanza será partícipe de su esperanza.

5 Si hemos sembrado para vosotros cosas espirituales, ¿es algo grande si cosechamos vuestras cosas carnales?

6 Si otros participan de este poder sobre vosotros, ¿no lo hacemos nosotros más bien? Sin embargo, no hemos usado este poder, sino que lo sufrimos todo, para no obstaculizar el evangelio de Cristo.

7 ¿No sabéis que los que se ocupan de las cosas santas viven de las cosas del templo? ¿Y que los que esperan en el altar son partícipes del altar?

8 Así también ha dispuesto el Señor que los que anuncian el evangelio vivan del evangelio.

9 Pero yo no he usado ninguna de estas cosas, ni he escrito estas cosas para que así me suceda; porque mejor me fuera morir, que dejar mi gloria vacía.

10 Porque aunque predico el evangelio, no tengo nada de que gloriarme; pues la necesidad me es impuesta; sí, ¡ay de mí si no predico el evangelio!

11 Porque si hago esto voluntariamente, tengo una recompensa; pero si contra mi voluntad, se me encomienda una dispensa del evangelio.

12 ¿Cuál es mi recompensa entonces? En verdad, para que cuando predique el evangelio, haga el evangelio de Cristo sin cargo, para no abusar de mi poder en el evangelio.

13 Porque aunque soy libre de todos los hombres, me he hecho siervo de todos para ganar más.

14 Y a los judíos me hice como judío, para ganar a los judíos; a los que están bajo la ley, como bajo la ley, para ganar a los que están bajo la ley;

15 Todo lo he hecho para todos los hombres, para salvar a algunos.

16 Y esto lo hago por causa del evangelio.

17 ¿No sabéis que los que corren en una carrera corren todos, pero uno solo recibe el premio? Corred, pues, para obtenerlo.

18 Y todo hombre que se esfuerza por el dominio es templado en todas las cosas. Ellos lo hacen para obtener una corona corruptible, pero nosotros una incorruptible.

19 Así pues, yo corro, no con tanta inseguridad; lucho, pues, no como quien bate el aire:

20 sino que me guardo bajo mi cuerpo y lo someto, no sea que, después de haber predicado a otros, yo mismo sea un náufrago.

CAPÍTULO DIEZ

1 Además, hermanos, no quiero que ignoréis que todos nuestros padres estuvieron bajo la nube y todos pasaron por el mar;

2 y todos fueron bautizados a Moisés en la nube y en el mar;

3 y todos comieron la misma carne espiritual;

4 Y todos bebieron la misma bebida espiritual, porque bebieron de esa Roca espiritual que les seguía, y esa Roca era Cristo.

5 Pero a muchos de ellos Dios no les agradó, porque fueron derrotados en el desierto.

6 Estas cosas fueron nuestros ejemplos, con el fin de no codiciar cosas malas, como ellos también codiciaban.

7 Ni seáis idólatras, como algunos de ellos; como está escrito: El pueblo se sentó a comer y a beber, y se levantó a jugar.

8 Ni tampoco tentemos a Cristo, como algunos de ellos también fueron tentados, y fueron destruidos por las serpientes.

9 No murmuréis, como también murmuraron algunos de ellos, y fueron destruidos por el destructor.

10 Todas estas cosas les sucedieron como ejemplos, y están escritas para nuestra amonestación, sobre los cuales han llegado los fines del mundo.

11 Por tanto, amados míos, huyan de la idolatría.

12 Hablo como los sabios; juzgad lo que digo.

13 La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?

14 Porque siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan.

15 Mirad a Israel según la carne: ¿no participan los que comen de los sacrificios del altar?

16 ¿Qué digo entonces? ¿Que el ídolo es cualquier cosa, o que lo que se ofrece en sacrificio a los ídolos es cualquier cosa?

17 Pero yo digo que lo que los gentiles sacrifican, lo sacrifican a los demonios, y no a Dios; y no quisiera que vosotros tuvieseis comunión con los demonios.

18 No podéis beber la copa del Señor y la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios.

19 Por tanto, ya sea que comáis o bebáis, o que hagáis cualquier cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios.

CAPÍTULO ONCE

1 Pero quiero que sepas que la cabeza de todo hombre es Cristo, y la cabeza de la mujer es el hombre, y la cabeza de Cristo es Dios.

2 Todo hombre que ora o profetiza, con la cabeza cubierta, deshonra a su cabeza.

3 Pero toda mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta deshonra a su cabeza, porque todo eso es como si estuviera rapada.

4 Porque si la mujer no se cubre, que también sea rapada; pero si es una vergüenza para la mujer ser rapada o rapada, que se cubra.

5 Porque el hombre no debe cubrirse la cabeza, pues es imagen y gloria de Dios; pero la mujer es la gloria del hombre.

6 Porque el hombre no es de la mujer, sino la mujer del hombre.

7 Tampoco el hombre fue creado para la mujer, sino la mujer para el hombre.

8 Por eso la mujer debe tener poder sobre su cabeza a causa de los ángeles.

9 En esto que os declaro no os alabo, pues no os reunís para lo mejor, sino para lo peor.

10 Porque, en primer lugar, cuando os reunís en la iglesia, oigo que hay divisiones entre vosotros, y en parte lo creo.

11 Porque es necesario que haya también herejías entre vosotros, para que se manifiesten entre vosotros las que son aprobadas.

12 Cuando os reunís, pues, en un solo lugar, no es para comer la cena del Señor.

13 Porque al comer cada uno toma antes que otro su propia cena; y uno tiene hambre y otro está borracho.

14 ¿Qué? ¿No tenéis casas para comer y beber? ¿O despreciáis la iglesia de Dios y avergonzáis a los que no la tienen? ¿Qué os digo? ¿Debo alabarte en esto? No os alabo.

15 Por lo tanto, hermanos míos, cuando os reunáis a comer, quedaos unos con otros.

16 Y si alguno tiene hambre, que coma en casa, para que no os juntéis a condenar. Y el resto lo pondré en orden cuando venga.

CAPÍTULO DOCE

1 Ahora, en cuanto a los dones espirituales.

2 Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el mismo Espíritu.

3 Y hay diferencias de administraciones, pero el mismo Señor.

4 Y hay diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios el que obra todo en todos.

5 Pero la manifestación del Espíritu es dada a cada hombre para su provecho.

6 Porque a uno le es dada por el Espíritu la palabra de sabiduría; a otro, la palabra de conocimiento por el mismo Espíritu;

7 A otro la fe por el mismo Espíritu; a otro los dones de curación por el mismo Espíritu;

8 A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos tipos de lenguas; a otro, interpretación de lenguas:

9 Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como quiere.

10 Porque así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros de ese cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo.

11 Porque por un solo Espíritu somos todos bautizados en un solo cuerpo, ya seamos judíos o gentiles, ya seamos esclavos o libres; y todos hemos sido hechos para beber en un solo Espíritu.

12 Porque el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos.

13 Si el pie dijera: "Porque no soy la mano, no soy del cuerpo", ¿no sería del cuerpo?

14 Y si dijera la oreja: "Porque no soy ojo, no soy del cuerpo", ¿no sería del cuerpo?

15 Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo el cuerpo fuera oído, ¿dónde estaría el olfato?

16 Pero ahora Dios ha puesto los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como le ha parecido.

17 Y si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo?

18 Pero ahora son muchos miembros, pero un solo cuerpo.

19 Y el ojo no puede decir a la mano: "No te necesito"; ni tampoco la cabeza a los pies: "No te necesito".

20 No, mucho más son necesarios los miembros del cuerpo, que parecen más débiles:

21 Y a los miembros del cuerpo que nos parecen menos honorables, les damos más honor, y nuestras partes menos agradables tienen más atractivo.

22 Porque los que son más hermosos no tienen necesidad, pero Dios ha templado el cuerpo, dando más abundante honor al que le faltaba.

23 Para que no haya cisma en el cuerpo, sino que los miembros se preocupen los unos por los otros.

24 Y si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él; o si un miembro es honrado, todos los miembros se regocijan con él.

25 Pero codiciad los mejores dones, y aun así os mostraré un camino más excelente.

CAPÍTULO TRECE

1 Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, y no tuviera caridad, me he convertido en bronce que resuena, o en un címbalo que tintinea.

2 Y aunque tenga el don de profecía, y entienda todos los misterios y toda la ciencia; y aunque tenga toda la fe, para poder remover montañas, y no tenga caridad, no soy nada.

3 Y aunque otorgue todos mis bienes para alimentar a los pobres, y aunque entregue mi cuerpo para ser quemado, y no tenga caridad, no me sirve de nada.

4 La caridad sufre mucho y es bondadosa; la caridad no tiene envidia; la caridad no se jacta de sí misma, no se hincha,

5 No se comporta indecorosamente, no busca lo suyo, no se provoca fácilmente, no piensa en el mal;

6 No se regocija en la iniquidad, sino que se regocija en la verdad;

7 Lo soporta todo, lo cree todo, lo espera todo, lo soporta todo.

8 La caridad nunca deja de existir; pero si hay profecías, se acabarán; si hay lenguas, cesarán; si hay conocimiento, se desvanecerá.

9 Porque en parte conocemos y en parte profetizamos.

10 Pero cuando venga lo perfecto, lo que es en parte se acabará.

11 Cuando era niño, hablaba como un niño, entendía como un niño, pensaba como un niño; pero cuando me hice hombre, dejé de lado las cosas de niño.

12 Porque ahora vemos a través de un cristal, en la oscuridad; pero entonces veremos cara a cara: ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como también soy conocido.

13 Y ahora permanecen la fe, la esperanza y la caridad, estas tres; pero la mayor de ellas es la caridad.

CAPÍTULO CATORCE

1 Sigan la caridad y deseen dones espirituales, pero más bien que profeticen.

2 Porque el que habla en otro idioma no habla a los hombres, sino a Dios; pues nadie le entiende, aunque en el espíritu habla misterios.

3 Pero el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consuelo.

4 El que habla en otro idioma se edifica a sí mismo; pero el que profetiza edifica a la iglesia.

5 Quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas, pero más bien que profetizaseis; porque mayor es el que profetiza que el que habla en lenguas, a no ser que interprete, para que la iglesia reciba edificación.

6 Ahora bien, hermanos, si me acerco a vosotros hablando en lenguas, ¿de qué os serviré si no os hablo por revelación, o por conocimiento, o por profecía, o por doctrina?

7 Y aun las cosas sin sonido que dan vida, ya sea de flauta o de arpa, a menos que den una distinción en los sonidos, ¿cómo se sabrá lo que es de flauta o de arpa?

8 Porque si la trompeta da un sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla?

9 Así también vosotros, si no pronunciáis con la lengua palabras fáciles de entender, ¿cómo se sabrá lo que se dice? Porque hablaréis al aire.

10 Hay, puede ser, tantas clases de voces en el mundo, y ninguna de ellas carece de significado.

11 Por tanto, si no conozco el significado de la voz, seré para el que habla un bárbaro, y el que habla será un bárbaro para mí.

12 Así también vosotros, por cuanto sois celosos de los dones espirituales, buscáis sobresalir en la edificación de la iglesia.

13 Doy gracias a mi Dios, hablo en lenguas más que todos vosotros:

14 Pero en la iglesia prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento, para enseñar a otros también, que diez mil palabras en otro idioma.

15 En la ley está escrito: Con varones de otras lenguas y otros labios hablaré a este pueblo; pero para todos los que no me escuchen, dice el Señor.

16 ¿Cómo es entonces, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene un salmo, tiene una doctrina, tiene otro idioma, tiene una revelación, tiene una interpretación. Háganse todas las cosas para edificar.

17 Si alguno habla en otro idioma, que sea de dos en dos, o a lo sumo de tres, y eso por supuesto; y que uno interprete.

18 Pero si no hay intérprete, que guarde silencio en la iglesia; y que hable para sí mismo y para Dios.

19 Que los profetas hablen dos o tres, y que el otro juzgue.

20 Si algo se revela a otro que está sentado, que el primero calle.

21 Porque todos profetizan uno por uno, para que todos aprendan y todos sean consolados.

22 Y los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas.

23 Porque Dios no es el autor de la confusión, sino de la paz, como en todas las iglesias de los santos.

24 ¿Qué? ¿Salió la palabra de Dios de ti? ¿O sólo te llegó a ti?

25 Si alguno se cree profeta o espiritual, reconozca que las cosas que os escribo son mandamientos del Señor.

26 Pero si alguien es ignorante, que lo sea.

27 Por lo tanto, hermanos, codiciad profetizar, y no prohibáis hablar en lenguas.

28 Háganse todas las cosas decentemente y en orden.

CAPÍTULO QUINCE

1 Además, hermanos, os declaro el evangelio que os he predicado, que también habéis recibido, y en el que os encontráis;

2 por el cual también sois salvos, si guardáis en la memoria lo que os he predicado, a menos que hayáis creído en vano.

3 Porque os he entregado en primer lugar lo que también he recibido, cómo Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras;

4 y que fue enterrado, y que resucitó al tercer día.

5 Por tanto, ya sea yo o ellos, así predicamos, y así creísteis.

6 Ahora bien, si se predica que Cristo resucitó de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos de vosotros que no hay resurrección de los muertos?

7 Pero si no hay resurrección de los muertos, entonces Cristo no ha resucitado:

8 Y si Cristo no resucitó, entonces nuestra predicación es vana, y vuestra fe también es vana.

9 Porque si los muertos no resucitan, entonces Cristo no ha resucitado:

10 Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados.

11 Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron.

12 Si en esta vida sólo tenemos esperanza en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres.

13 Pero ahora Cristo ha resucitado de entre los muertos y se ha convertido en las primicias de los que durmieron.

14 Porque como por medio del hombre vino la muerte, por medio del hombre vino también la resurrección de los muertos.

15 Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados.

16 Porque es necesario que él reine, hasta que ponga a todos los enemigos bajo sus pies.

17 El último enemigo que será destruido es la muerte.

18 ¿Qué harán los que se bautizan para la esperanza de los muertos, si los muertos no resucitan? ¿Por qué se bautizan entonces por la esperanza de los muertos?

19 Pero alguien dirá: ¿Cómo resucitan los muertos? ¿Y con qué cuerpo vienen?

20 Tú, necio, lo que siembras no se vivifica, si no muere:

21 Y lo que siembras, no siembras el cuerpo que ha de ser, sino el grano desnudo, que puede ser trigo o algún otro grano:

22 Pero Dios le da un cuerpo como le ha placido, y a cada semilla su propio cuerpo.

23 No toda carne es la misma carne; pero hay una clase de carne de los hombres, otra de las bestias, otra de los peces y otra de las aves.

24 También hay cuerpos celestes y cuerpos terrestres; pero la gloria de los celestes es una, y la de los terrestres otra.

25 Una es la gloria del sol, otra la de la luna y otra la de las estrellas; porque una estrella se diferencia de otra en su gloria.

26 Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en la corrupción, se levanta en la incorrupción:

27 Se siembra en deshonra, se levanta en gloria; se siembra en debilidad, se levanta en poder:

28 Se siembra un cuerpo natural; se levanta un cuerpo espiritual. Hay un cuerpo natural, y hay un cuerpo espiritual.

29 Y así está escrito: El primer hombre Adán fue hecho alma viviente; el último Adán fue hecho espíritu vivificante.

30 Pero no fue primero lo que es espiritual, sino lo que es natural; y después lo que es espiritual.

31 El primer hombre fue del polvo de la tierra; el segundo hombre es del cielo.

32 Como el hombre del polvo, así son también los que son del polvo; y como el hombre celestial, así son también los que son celestiales.

33 Y así como hemos llevado la imagen del hombre del polvo, llevaremos también la imagen del hombre celestial.

34 Esto digo, hermanos, que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios; ni la corrupción hereda la incorrupción.

35 He aquí, os muestro un misterio: No todos dormiremos, pero todos seremos transformados,

36 En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la última trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados.

37 Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad.

38 Cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá lo que está escrito: La muerte es absorbida por la victoria.

39 Oh muerte, ¿dónde está tu aguijón? Oh tumba, ¿dónde está tu victoria?

40 El aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado es la ley.

41 Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo.

42 Por lo tanto, mis amados hermanos, estad firmes e inconmovibles, abundando siempre en la obra del Señor, pues sabéis que vuestro trabajo no es en vano en el Señor.

43 La gracia del Señor Jesucristo esté con vosotros.

CORINTIOS II
TRANSCRITO POR MARCION

Después de la penitencia, les escribe una carta de consolación desde Troas, y al elogiarlos los exhorta a hacer cosas mejores.

CAPÍTULO UNO

1 Pablo, apóstol de Jesucristo por voluntad de Dios, y Timoteo nuestro hermano, a la iglesia de Dios que está en Corinto, con todos los santos que están en toda Acaya:

2 Gracia y paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

3 Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda clase de comodidades;

4 que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos consolar a los que están en cualquier dificultad, por el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios.

5 Porque así como abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, también abunda en nosotros la consolación de Cristo.

6 Y ya sea que seamos afligidos, es para su consuelo y salvación, lo cual es eficaz para soportar los mismos sufrimientos que también sufrimos; o ya sea que seamos consolados, es para su consuelo y salvación.

7 Y nuestra esperanza de vosotros es firme, sabiendo que así como participáis de los sufrimientos, así también seréis de la consolación.

8 Porque todas las promesas de Dios en él son sí, y en él Amén, para la gloria de Dios por nosotros.

9 Y el que nos establece con vosotros en Cristo, y nos ha ungido, es Dios;

10 que también nos ha sellado, y ha dado la garantía del Espíritu en nuestros corazones.

CAPÍTULO DOS

1 Ahora gracias a Dios, que siempre nos hace triunfar en Cristo, y hace que el sabor de su conocimiento se manifieste por nosotros en todo lugar.

2 Porque somos para Dios un dulce sabor de Cristo, en los que se salvan y en los que se pierden:

3 Para uno somos el olor de la muerte para la muerte, y para el otro el olor de la vida para la vida. ¿Y quién es suficiente para estas cosas?

CAPÍTULO TRES

1 Vosotros sois nuestra epístola escrita en nuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres:

2 Porque estáis declarados manifiestamente como la epístola de Cristo ministrada por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón.

3 el Nuevo Testamento; no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, pero el espíritu da vida.

4 Pero si el ministerio de la muerte, escrito y grabado en piedras, fue glorioso, de tal manera que los hijos de Israel no pudieron contemplar con firmeza el rostro de Moisés por la gloria de su rostro, la cual había de ser eliminada:

5 ¿Cómo no será más bien glorioso el ministerio del espíritu?

6 Porque si el ministerio de la condenación es gloria, mucho más el ministerio de la justicia sobrepasa en gloria.

7 Porque aun lo que fue hecho glorioso no tuvo gloria en este aspecto, a causa de la gloria que sobresale.

8 Porque si lo que fue suprimido fue glorioso, mucho más lo que queda es glorioso.

9 Viendo, pues, que tenemos tanta esperanza, usamos una gran sencillez de palabra:

10 Y no como Moisés, que puso un velo sobre su rostro, para que los hijos de Israel no pudieran mirar fijamente hacia el fin de lo abolido:

11 sino que sus mentes estaban cegadas, porque hasta el día de hoy queda el mismo velo sin quitar en la lectura del Antiguo Testamento, el cual ha sido abolido en Cristo.

12 Pero hasta hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está en su corazón.

13 Sin embargo, cuando se vuelva al Señor, el velo será quitado.

14 El Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, hay libertad.

15 Pero nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.

CAPÍTULO CUATRO

1 Pero si nuestro evangelio se esconde, se esconde a los que se pierden:

2 En los cuales el dios de este mundo ha cegado el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del glorioso evangelio de Cristo, que es la imagen de Dios.

3 Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús, el Señor, y a nosotros mismos, vuestros siervos, por amor a Jesús.

4 Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciera la luz, ha hecho brillar en nuestros corazones la luz del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo.

5 Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros.

6 Estamos preocupados por todas partes, pero no angustiados; estamos perplejos, pero no desesperados;

7 Perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no destruidos;

8 Llevando siempre en el cuerpo la muerte del Señor Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo.

9 Porque nosotros, los que vivimos, siempre somos entregados a la muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal.

10 Así pues, la muerte actúa en nosotros, pero la vida en vosotros.

11 Nosotros, teniendo el mismo espíritu de fe, según está escrito: Creí, y por eso hablé; nosotros también creemos, y por eso hablamos;

12 sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús nos resucitará a nosotros también por Jesús, y nos presentará a nosotros con vosotros.

13 Porque todo es por vosotros, para que la abundante gracia, por la acción de gracias de muchos, redunde en la gloria de Dios.

14 Por lo cual no desmayamos, sino que aunque nuestro hombre exterior perezca, el interior se renueva día a día.

15 Porque nuestra ligera aflicción, que es sólo por un momento, nos produce un peso de gloria mucho más grande y eterno;

16 Mientras que no miramos las cosas que se ven, sino las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.

CAPÍTULO CINCO

1 Porque sabemos que si nuestra casa terrenal de este tabernáculo se disolviera, tendríamos un edificio de Dios, una casa no hecha por manos, eterna en los cielos.

2 Porque en esto gemimos, deseando ardientemente ser vestidos con nuestra casa que es del cielo:

3 Si es así, al estar vestidos no nos encontraremos desnudos.

4 Porque los que estamos en este tabernáculo gemimos, agobiados; no porque queramos ser desnudados, sino revestidos, para que la mortalidad sea tragada por la vida.

5 Y el que nos ha hecho trabajar por lo mismo es Dios, que también nos ha dado la garantía del Espíritu.

6 Por lo tanto, siempre estamos confiados, sabiendo que, mientras estamos en casa en el cuerpo, estamos ausentes del Señor:

7 Porque andamos por fe, no por vista:

8 Estamos confiados, digo, y dispuestos más bien a estar ausentes del cuerpo, y a estar presentes con el Señor.

9 Por eso trabajamos, para que, presentes o ausentes, seamos aceptados por él.

10 Porque es necesario que todos comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba lo que ha hecho en su cuerpo, según lo que haya hecho, sea bueno o malo.

11 Por tanto, de aquí en adelante no conocemos a nadie según la carne; sí, aunque hemos conocido a Cristo según la carne, de aquí en adelante ya no lo conocemos.

12 Por tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva criatura; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.

CAPÍTULO SEIS

1 Limpiémonos de toda la suciedad de la carne y el espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.

2 Porque te he desposado con un solo marido, para presentarte como una virgen casta a Cristo.

3 Pero temo que, como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así vuestras mentes se corrompan desde la sencillez que hay en Cristo.

4 Porque si el que viene predica otro Jesús, que nosotros no hemos predicado, o si recibís otro espíritu, que no habéis recibido, u otro evangelio, que no habéis aceptado;

5 Porque los tales son falsos apóstoles, obreros engañosos, que se transforman en los apóstoles de Cristo.

6 Y no es ninguna maravilla, porque el mismo Satanás se transforma en un ángel de luz.

7 Por lo tanto, no es gran cosa si sus ministros también se transforman como los ministros de la justicia, cuyo fin será conforme a sus obras.

CAPÍTULO SIETE

1 Por lo tanto, para no ser exaltado por encima de la medida.

2 Por esto rogué tres veces al Señor que se apartara de mí.

3 Y me dijo: "Te basta con mi gracia.

4 Esta es la tercera vez que vengo a ti. En boca de dos o tres testigos se establecerá toda palabra.

5 Ya os lo he dicho antes, y os lo presento como si estuviera presente la segunda vez; y estando ahora ausente, escribo a los que hasta ahora han pecado, y a todos los demás, que si vuelvo, no perdonaré:

6 Por tanto, escribo estas cosas estando ausente, para no estar presente y usar la agudeza, según el poder que el Señor ha dado.

7 Que la gracia del Señor Jesucristo esté con vosotros.

FILEMÓN
TRANSCRITO POR MARCION

Él compone una carta familiar a Filemón en nombre de Onésimo su sirviente. Le escribe, sin embargo, desde Roma, desde la prisión.

1 Pablo, prisionero de Cristo Jesús, y el hermano Timoteo, a Filemón nuestro amado y compañero de trabajo,

2 y a la hermana Apphia, y a Archipo nuestro compañero de armas, y a la iglesia de tu casa:

3 Gracia para ti y paz de DIOS nuestro Padre y el Señor Jesucristo.

4 Agradezco a mi Dios siempre, haciendo mención de ti en mis oraciones,

5 oyendo de tu amor y de la fe que tienes en el Señor Jesús y en todos los santos;

6 para que la comunión de vuestra fe se haga efectiva, en el conocimiento de todo lo bueno que viene a través de vosotros, de Cristo.
.
7 Porque tuve mucho gozo y consuelo en tu amor, porque los corazones de los santos se han refrescado por ti, hermano.

8 Por lo tanto, aunque tengo toda la confianza en Cristo para mandarte hacer lo que es apropiado,

9 Pero por amor, prefiero hacer una apelación, siendo uno como Pablo el anciano, y ahora prisionero también de Cristo Jesús:

10 Apelo a ti por mi hijo, a quien he engendrado en mis lazos, Onésimo,
,
11 que una vez fue poco rentable para ti, pero ahora es rentable tanto para ti como para mí:

12 a quien he enviado de vuelta a usted en persona, con mi propio corazón:

13 a quien me gustaría tener conmigo, para que en tu nombre me sirva en los lazos del evangelio:

14 pero no quiero hacer nada sin tu consentimiento; que tu bondad no sea de necesidad, sino de libre voluntad.

15 Porque tal vez por esta razón fue separado de ti por un tiempo, para que lo tuvieras para siempre;

16 ya no como esclavo, sino más que esclavo, como hermano amado, sobre todo para mí, y más aún para ti, tanto en la carne como en el Señor.

17 Si me consideras un compañero, recíbelo como a mí.

18 Pero si os ha hecho algún daño o os debe algo, hacedlo constar en mi cuenta;

19 Lo pongo por escrito de mi puño y letra: "Yo, Pablo, lo pagaré", sin mencionar que tú también me debes a mí.

20 Sí, hermano, que me alegre de ti en el Señor: refresca mi corazón en Cristo.

21 Confiando en tu obediencia te escribo, sabiendo que harás más de lo que digo.

22 Pero prepárame también alojamiento, porque espero que por tus oraciones te sea dado.

23 Os saluda Epafras, mi compañero de prisión en Cristo Jesús;

24 y también Marcos, Aristarco, Demas, Lucas, mis compañeros de trabajo.

25 La gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con vuestro espíritu. Amén.

TESALONICENSES
TRANSCRITO POR MARCION

Los tesalonicenses son macedonios en Cristo Jesús que, después de haber aceptado la palabra, persistieron en la fe en la persecución de sus conciudadanos; además, no recibieron las cosas que dijeron los falsos apóstoles. El apóstol los alaba, escribiéndoles desde Atenas.

CAPÍTULO UNO

1 Pablo, Silvano y Timoteo a la iglesia de los Tesalonicenses en DIOS Padre y el Señor Jesucristo: Gracia para ustedes y paz.

2 Damos gracias a DIOS siempre por todos ustedes, haciendo mención de ustedes en nuestras oraciones;

3 recordando sin cesar vuestra obra de fe y trabajo de amor y paciencia de esperanza en nuestro Señor Jesucristo, ante nuestro DIOS y Padre;

4 conociendo, vuestra elección, hermanos y hermanas amados por Dios,

5 viendo que el evangelio ha venido de nosotros a vosotros no sólo de palabra, sino también con poder, y en Espíritu Santo, y con mucha seguridad; porque ya sabéis cómo hemos estado entre vosotros, como ejemplos por vosotros.

6 Y os convertisteis en imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en mucha aflicción, con gozo del Espíritu Santo;

7 y os convertisteis en un ejemplo para todos los que creen en Macedonia y en Acaya.

8 Porque de vosotros ha salido la palabra del Señor, no sólo en Macedonia y Acaya, sino que en todas partes ha salido vuestra fe en Dios, de modo que no tenemos que hablar nada.

9 Porque ellos mismos informan acerca de nosotros, de qué manera entramos en vosotros y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir a un Dios vivo y verdadero,

10 y esperar a su hijo de los cielos, a quien resucitó de entre los muertos, incluso a Jesús, que nos libró de la ira venidera

.

CAPÍTULO DOS

1 Por vosotros mismos, hermanos y hermanas, sabed que nuestra venida a vosotros no ha sido en vano:

2 sino que habiendo sufrido antes y sido tratados vergonzosamente, como sabéis, en Filipos, tuvimos la audacia en nuestro DIOS de hablaros el evangelio de DIOS en medio de mucha oposición.

3 Porque nuestra exhortación no es de error, ni de inmundicia, ni de engaño:

4 sino que como hemos sido aprobados por Dios para que se nos confíe el evangelio, así hablamos; no como personas agradables, sino como Dios que prueba nuestros corazones.

5 Porque no se nos ha encontrado en ningún momento usando palabras de adulación, como sabéis, ni un manto de codicia, Dios es testigo;

6 ni buscando la gloria de nadie, ni de vosotros ni de otros, cuando podríamos haber reivindicado la autoridad como apóstoles de Cristo.

7 Pero fuimos amables en medio de vosotros, como cuando una nodriza cuida a sus propios hijos:

8 Y aun así, deseosos de teneros en gran estima, nos agradó comunicaros, no sólo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias almas, porque os habéis hecho muy queridos.

9 Porque os acordáis, hermanos y hermanas, de nuestro trabajo y fatiga: trabajando día y noche, para no agobiar a ninguno de vosotros, os predicamos el evangelio de DIOS.

10 Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuán devotos y rectos e irreprochables nos comportamos con vosotros que creéis:

11 como sabéis cómo hemos tratado a cada uno de vosotros, como un padre con sus propios hijos, exhortándoos, animándoos y testificando,

12 para que caminéis de forma digna de Dios, que os llama a su propio reino y gloria.

13 Y por esta causa también damos gracias a Dios sin cesar, de que cuando recibisteis la palabra que oísteis de nosotros, la palabra de DIOS, la aceptasteis no como palabra de hombres, sino, como es en verdad, la palabra de DIOS, que también obra en vosotros los que creéis.

14 Porque vosotros, hermanos y hermanas, habéis imitado a las iglesias de DIOS en Cristo Jesús que están en Judea, sufriendo como las cosas de vuestros propios compatriotas, como lo hicieron bajo los judíos;

15 que mataron al Señor Jesús y a sus propios profetas, y nos expulsaron. Desagradan a Dios y son hostiles a toda la humanidad;

16 impidiéndonos hablar a los gentiles para que se salven; para llenar sus pecados. Pero la ira ha llegado hasta el extremo.

17 Pero nosotros, hermanos y hermanas, al estar despojados de vosotros por un corto período de tiempo, en presencia no en el corazón, nos esforzamos por ver vuestro rostro con gran deseo:

18 porque queríamos venir a ti, yo Pablo especialmente una y otra vez; y el adversario me lo impidió.

19 Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o alegría, o corona de gloria? ¿No estáis vosotros ante nuestro Señor Jesús en su aparición?

20 Porque vosotros sois nuestra gloria y nuestro gozo.

CAPÍTULO TRES

1 Por lo tanto, cuando ya no podíamos aguantar más, pensamos que era bueno que nos dejaran solos en Atenas;

2 y enviamos a Timoteo, nuestro hermano y ministro de Dios en el evangelio de Cristo, para establecerte y consolarte en lo que respecta a tu fe;

3 para que nadie se vea perturbado por estas aflicciones; porque vosotros mismos sabéis que hemos sido designados para esto.

4 Porque en verdad, cuando estábamos con vosotros, os dijimos de antemano que íbamos a sufrir aflicción; así como sucedió, y lo sabéis.

5 Porque por eso no podía esperar más, envié a conocer vuestra fe, para que no os tentara el tentador y nuestra labor fuera en vano.

6 Pero cuando Timoteo vino a nosotros de ti y nos trajo la buena nueva de tu fe y tu amor, y de que siempre nos recuerdas bien, deseando vernos, como nosotros también te vemos a ti;

7 por esta causa, hermanos y hermanas, fuimos consolados por ti en toda nuestra angustia y aflicción a través de tu fe:

8 porque ahora vivimos, si os mantenéis firmes en el Señor.

9 Porque ¿qué acción de gracias podemos volver a dar a Dios por vosotros, por todo el gozo con que nos alegramos por vosotros ante nuestro DIOS?

10 noche y día orando en gran manera para que podamos ver tu rostro y perfeccionar lo que falta a tu fe?

11 Ahora que nuestro mismo DIOS y Padre, y nuestro Señor Jesús, dirigen nuestro camino hacia ti:

12 y el Señor os haga crecer y abundar en el amor de unos hacia otros y hacia todos, como también nosotros lo hacemos hacia vosotros;

13 hasta que establezca vuestros corazones sin tacha en la santidad ante nuestro Dios y Padre, en la aparición de nuestro Señor Jesús con todos sus santos.

CAPÍTULO CUATRO

1 Por último, hermanos y hermanas, os rogamos y os exhortamos en el Señor Jesús, que, como habéis recibido de nosotros cómo debéis andar y agradar a Dios, así como andáis, que abundéis aún más.

2 Porque ya sabéis qué instrucciones os dimos por el Señor Jesús.

3 Porque esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación, que os abstengáis de fornicar;

4 que cada uno de vosotros sepa poseer su vaso en honor,

5 no en la pasión de la lujuria, como los gentiles que no conocen a Dios;

6 que nadie transgrede, e injuria a su hermano o hermana en este asunto: porque el Señor Dios es vengador en todas estas cosas, como también te hemos advertido y testificado.

7 Porque Dios no nos llamó a la inmundicia, sino a la santificación.

8 Por lo tanto, quienquiera que se desentienda de esto, no desatiende a un ser humano, sino a Dios, que os da su espíritu santo.

9 Pero en cuanto al amor a los hermanos, no tenéis necesidad de que os escriban, porque vosotros mismos habéis sido enseñados por Dios a amaros los unos a los otros;

10 porque de hecho lo hacéis con todos los hermanos y hermanas que están en toda Macedonia. Pero os exhortamos, hermanos y hermanas, a que abundéis aún más;

11 y que estudiéis para estar tranquilos y hacer vuestros propios negocios y trabajar con vuestras manos, tal como os hemos instruido;

12 que caminéis respetablemente hacia los forasteros y no dependáis de nadie.

13 Pero no queremos que ignoréis, hermanos y hermanas, lo que concierne a los que se duermen, para que no os entristezcáis como los demás, que no tienen esperanza.

14 Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con él a los que duermen por medio de Jesús.

15 Porque esto os decimos por la palabra del Señor: que nosotros, los que vivimos y permanecemos hasta la aparición de Cristo, no precederemos a los que duermen.

16 Porque este mismo Señor descenderá del cielo con gran voz, con la voz del príncipe de los ángeles y con el toque de trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero;

17 y luego nosotros, los que quedemos vivos, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire, y así estaremos para siempre con el Señor.

18 Por lo tanto, consuélense unos a otros con estas palabras.

CAPÍTULO CINCO

1 Pero en cuanto a los tiempos y las estaciones, hermanos y hermanas, no tenéis necesidad de que se os escriba nada.

2 Porque vosotros mismos sabéis perfectamente que el día del Señor viene como un ladrón en la noche.

3 Cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos una destrucción repentina, como los dolores de parto de una mujer embarazada; y no escaparán de ninguna manera.

4 Pero no estáis en las tinieblas, hermanos y hermanas, para que el día os sobrecoja como ladrón:

5 porque todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas;

6 Así que no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios.

7 Porque los que duermen, duermen en la noche; y los que están borrachos, se emborrachan en la noche.

8 Pero ya que somos del día, seamos sobrios, vistiéndonos con la coraza de la fe y del amor, y con el yelmo, la esperanza de la salvación.

9 Porque no nos ha destinado Dios a la ira, sino a la obtención de la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo,

10 que murieron por nosotros, que, ya sea que despertemos o durmamos, debemos vivir junto a él.

11 Por tanto, exhortaos unos a otros y edificaos unos a otros, como también vosotros.

12 Pero os rogamos, hermanos, que conozcáis a los que trabajan entre vosotros y os presiden en el Señor, y os instruyen;

13 y que los estimen con mucho amor por su trabajo. Tened paz entre vosotros.

14 Y os exhortamos, hermanos y hermanas, a amonestar a los desordenados, a animar a los pusilánimes, a apoyar a los débiles, a tener paciencia con todos.

15 Procurad que nadie haga a nadie mal por mal; pero seguid siempre lo bueno, unos con otros y con todos.

16 Alegraos siempre;

17 reza sin cesar;

18 Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús para con vosotros.

19 Y este mismo DIOS de la paz os santifique finalmente en todo, completo en todos vuestros miembros: que el espíritu, la mente y el cuerpo se conserven irreprochables hasta la aparición de nuestro Señor y salvador el Cristo.

20 Fiel es el que os llama, que también lo hará.

21 Hermanos y hermanas, orad por nosotros.

22 Saluden a todos los hermanos y hermanas con un beso santo.

23 Os ordeno por el Señor que esta epístola sea leída a todos los hermanos y hermanas.

24 La gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con vosotros.

TESALONICENSES II
TRANSCRITO POR MARCION

A los tesalonicenses les escribe y les toma nota de los últimos tiempos y de la detección del adversario. Escribe desde Atenas.

CAPÍTULO UNO

1 Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de los Tesalonicenses en DIOS nuestro Padre y el Señor Jesucristo;

2 Gracia para ustedes y paz de parte de Dios Padre y del Señor Jesucristo.

3 Estamos obligados a dar gracias a DIOS siempre por vosotros, hermanos y hermanas, como conviene, porque vuestra fe crece enormemente y el amor de cada uno de vosotros por los demás abunda;

4 para que nosotros mismos hablemos con orgullo de vosotros en las iglesias de DIOS por vuestra paciencia y fe en todas vuestras persecuciones y en las aflicciones que soportáis;

5 que es una clara indicación del justo juicio de Dios: para que seáis considerados dignos del reino de Dios, por el cual también padecéis.

6 Si en verdad es justo que Dios recompense la tribulación a los que nos afligen, y a nosotros, los afligidos, darnos descanso, con los que se revelará son en el Señor Jesús, cuando aparecerá como viniendo del cielo con;

7 los poderosos ángeles de Dios, que hacen justicia a los que no conocen a DIOS: y a los que de igual manera, no obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo;

8 que serán castigados con la destrucción eterna de la presencia del Señor, y de la misma manera, de la gloria de su poder.
,
9 cuando Dios venga para ser glorificado en sus santos, y también para maravillarse en todos los que creyeron, porque nuestro testimonio hacia ustedes fue creído, en ese día.

10 Con esto en mente, oramos siempre por ti, para que nuestro DIOS te considere digno de tu llamado, y cumpla con poder todo deseo de bondad y toda obra de fe;

11 para que el nombre de nuestro Señor Jesús sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, según la gracia de nuestro DIOS y del Señor Jesucristo.

12 Ahora, hermanos y hermanas, en cuanto a la aparición de nuestro Cristo y nuestra reunión con él: ¡porque el día de Cristo ha amanecido sobre nosotros!

13 Pero esto no puede ser, si antes no viene un repudio de la ley, y se revela el que hace que el sacrificio y la oblación lleguen a su fin: el hijo de la desolación;

14 porque éste debe ser opuesto y levantado por encima de todo supuesto dios u objeto de culto, incluso así, en el lugar del templo, éste debe sentarse como deidad, atestiguando así el hecho de que éste es el primogénito de DIOS.

CAPÍTULO DOS

1 Por lo tanto, debemos dar siempre gracias a DIOS por vosotros, hermanos y hermanas, amados por el Señor, porque DIOS os eligió desde el principio para la salvación en la santificación de los espíritus y la creencia de la verdad:

2 para lo cual os llamó por medio de nuestro evangelio, para obtener la gloria de nuestro Señor Jesucristo.

3 Así pues, hermanos y hermanas, manteneos firmes y conservad las tradiciones que os han sido enseñadas, ya sea de palabra o por nuestra epístola.

4 Ahora nuestro mismo Señor Jesucristo, y DIOS nuestro Padre que nos amó y nos dio el consuelo eterno y la buena esperanza por medio de la gracia,

5 confortar vuestros corazones y establecerlos en cada buena obra y palabra.

CAPÍTULO TRES

1 Finalmente, hermanos y hermanas, oren por nosotros, para que la palabra del Señor corra y sea glorificada, como también lo es con ustedes;

2 y que seamos liberados de los hombres irrazonables y malvados, porque no todos tienen fe.

3 Pero fiel es el Señor, que os confirmará y os guardará del maligno.

4 Y confiamos en el Señor respecto a vosotros, que estáis haciendo y seguiréis haciendo lo que mandamos.

5 Y el Señor dirija vuestros corazones al amor de DIOS y a la paciencia de Cristo.

6 Ahora os ordenamos, hermanos y hermanas, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os apartéis de todo hermano o hermana que ande desordenadamente, y no según la tradición que recibieron de nosotros.

7 Porque ya sabéis cómo debéis imitarnos, pues no nos hemos comportado desordenadamente entre vosotros;

8 ni comimos pan sin pagarlo, sino con trabajo y fatiga, trabajando día y noche, para no ser una carga para ninguno de vosotros:

9 no porque no tengamos el derecho, sino para hacernos ejemplo ante vosotros, para que nos imitéis.

10 Porque también cuando estábamos con vosotros os ordenamos esto: si alguno no quiere trabajar, que coma.
.
11 Porque oímos de algunos que andan entre vosotros desordenadamente, que no trabajan en absoluto, sino que están ocupados.

12 A tales personas les ordenamos y animamos en el Señor Jesucristo, que con tranquilidad trabajen y se ganen la vida.

13 Pero vosotros, hermanos y hermanas, no os canséis de hacer el bien.

14 Si alguno no obedece a nuestra palabra con esta epístola, tome nota de ello, y no tenga compañía con él, para que se avergüence.

15 Y no le consideréis enemigo, sino amonestadle como a un hermano.

16 Y el mismo Señor de la paz os dé siempre la paz en todos los sentidos. El Señor esté con todos vosotros.

17 El saludo de mi parte, Pablo, con mi propia mano, que es la señal en cada epístola: así escribo.

18 La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros.

LAODICENSES
TRANSCRITO POR MARCION

Los laodicenses son asiáticos. Ellos persistieron en la fe después de que la palabra de verdad fue aceptada. El apóstol los alaba, escribiéndoles desde la ciudad de Roma, desde la prisión, a través del diácono Tíquico.

CAPÍTULO UNO

1 Pablo, un apóstol de Cristo Jesús por voluntad de DIOS, a los santos que están en Laodicea, y a los fieles en Cristo Jesús:

2 Gracia para ti y paz de DIOS nuestro Padre y el Señor Jesucristo.

3 Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los cielos en Cristo:

4 como nos eligió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él en el amor:

5 habiéndonos predestinado a ser adoptados como hijos por Jesucristo para sí mismo, según el beneplácito de su voluntad,

6 para la alabanza de la gloria de su gracia, que nos otorgó libremente en el Amado:

7 en quien tenemos nuestra redención por su sangre, el perdón de nuestras ofensas, según las riquezas de su gracia,

8 que hizo que abundara hacia nosotros con toda sabiduría y prudencia,

9 dándonos a conocer el misterio de su voluntad, de acuerdo con ese buen placer, que DIOS se ha propuesto en el misterio de su voluntad,

10 para que en la dispensación de la plenitud de los tiempos Él pueda resumir todas las cosas en Cristo, tanto las que están en los cielos como las que están en la tierra.

11 En él también fuimos hechos una herencia, habiendo sido predestinados según el propósito de aquel que obra todas las cosas según el consejo de su voluntad;

12 para que seamos para alabanza de su gloria, que confió primero en Cristo:

13 en quien vosotros también confiasteis, después de haber oído la palabra de verdad, el evangelio; en quien creísteis, y fuisteis sellados con el espíritu de la promesa,

14 que es una garantía de nuestra herencia, para la redención de la propia posesión de Dios, para la alabanza de su gloria.

15 Por esta razón yo también, habiendo oído de la fe en el Señor Jesús que está entre vosotros, y el amor que mostráis por todos los santos,

16 no dejo de dar gracias por ti, mencionándote en mis oraciones;

17 para que el DIOS de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé un espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de él;

18 iluminando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza de su vocación y las riquezas de su herencia en los santos,

19 y lo que la excesiva grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, de acuerdo con el funcionamiento de la fuerza de su poder

20 que realizó en Cristo, cuando lo resucitó de la muerte, y lo hizo sentarse a su derecha,

21 sometiendo todas las cosas bajo sus pies, y le dio la cabeza sobre todas las cosas a la iglesia,

22 que es su cuerpo, la plenitud de aquel que lo llena todo.

CAPÍTULO DOS

1 Y estabais muertos en delitos y pecados,

2 en el que habéis caminado de acuerdo con la realidad del sistema mundial, el poder del gobierno humano, el espíritu que ahora opera en los hijos de aquellos que se oponen obstinadamente a la voluntad divina;

3 entre los cuales también todos nosotros vivimos alguna vez en las pasiones de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de la mente, y fuimos por naturaleza los hijos de la ira, incluso como los demás.

4 Pero DIOS, siendo rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó,

5 incluso cuando estábamos muertos por nuestras transgresiones, nos hizo vivos junto con Cristo,

6 y nos levantó con él, y nos hizo sentar con él en los cielos, en Cristo Jesús:

7 para que en los siglos venideros pueda mostrar las abundantes riquezas de su gracia en bondad hacia nosotros en Cristo Jesús:

8 porque por gracia habéis sido salvados por la fe; y eso no de vosotros, es el don de DIOS;

9 no por obras, para que nadie se gloríe.

10 Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.

11 Por tanto, acordaos de que en otro tiempo erais los gentiles, llamados incircuncisión por lo que tiene el nombre de circuncisión en la carne hecha por las manos;

12 que en aquel tiempo estabais sin Cristo, siendo extranjeros de la comunidad de Israel y ajenos a los pactos y a su promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo.

13 Pero ahora en Cristo, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por su sangre.

14 Porque él es nuestra paz, que ha hecho una sola cosa, y el muro del medio ha sido derribado;

15 habiendo anulado la enemistad en la carne, la ley de los mandamientos contenidos en las ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo hombre nuevo, haciendo así la paz;

16 para reconciliar a ambos en un solo cuerpo con Dios, habiendo matado en él la enemistad a través de la cruz:

17 y vino y predicó la paz a los que estaban cerca y a los que estaban lejos:

18 porque a través de él ambos tenemos nuestro acceso al Padre.

19 Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y de la familia de Dios,

20 construido sobre el fundamento de los apóstoles, siendo Cristo Jesús mismo la principal piedra angular;

21 en el que cada uno de los varios edificios, adecuadamente enmarcados, se convierte en un templo santo en el Señor;

22 en el cual vosotros también estáis edificados juntos para morada de Dios en el espíritu.

CAPÍTULO TRES

1 Por esta causa yo, Pablo, prisionero de Cristo Jesús en nombre de vosotros los gentiles,

2 si es que habéis oído hablar de la dispensación de la gracia de Dios que se os ha dado;

3 cómo por revelación me fue dado a conocer el misterio, como escribí antes en pocas palabras,

4 por el cual, al leer, podéis percibir mi entendimiento en el misterio de Cristo;

5 que en otras generaciones no fue dado a conocer a los hijos de los hombres, como ahora ha sido revelado a sus santos apóstoles y profetas en el espíritu;

6 a saber, que los gentiles son coherederos y miembros del cuerpo, y compañeros de la promesa en Cristo Jesús a través del evangelio,

7 de los cuales fui hecho ministro, según el don de esa gracia de DIOS que me fue dada, según el funcionamiento de su poder.

8 A mí, que soy menos que el más pequeño de los santos, me fue dada esta gracia,

9 para iluminar a todos en cuanto a lo que era la comunión del misterio, que ha sido escondido desde los tiempos; escondido de Dios, es decir, el que creó todas las cosas;

10 para que, a través de la iglesia, la múltiple sabiduría de Dios se revele a los poderes y soberanos espirituales en los cielos,

11 según el propósito de las edades que llevó a cabo en Cristo Jesús nuestro Señor:

12 en el cual tenemos la audacia y el acceso en confianza a través de nuestra fe en él.

13 Por lo tanto, os pido que no os desalentéis ante mis tribulaciones por vosotros, que son vuestra gloria.

14 Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre,

15 de los cuales cada familia en los cielos y en la tierra es nombrada,

16 para que os conceda, según las riquezas de su gloria, que os fortalezcáis con poder a través de su espíritu en el interior;

17 para que Cristo habite en vuestros corazones por medio de la fe, a fin de que, arraigados y cimentados en el amor,

18 puede ser fuerte para aprehender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud y la altura y la profundidad,

19 y conocer el amor de Cristo que sobrepasa el conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.

20 Y al que es capaz de hacer mucho más que todo lo que pedimos o pensamos, según el poder que actúa en nosotros,

21 a él sea la gloria en la iglesia y en Cristo Jesús para todas las generaciones de la era de las edades. Amén.

CAPÍTULO CUATRO

1 Yo, pues, prisionero en el Señor, os ruego que andéis dignamente de la vocación con que fuisteis llamados,

2 con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándose mutuamente en el amor;

3 dando diligencia para mantener la unidad del espíritu en el vínculo de la paz.

4 Un cuerpo, un espíritu, así como fuisteis llamados en una sola esperanza de vuestra vocación;

5 un Señor, una fe, un bautismo,

6 un DIOS y Padre de todos, que está sobre todo, y a través de todos, y en todos.

7 Pero a cada uno de nosotros se nos dio la gracia según la medida del don de Cristo.

8 Por eso el dicho: Cuando subió a lo alto, llevó cautiva la cautividad y dio dones a los hombres.

9 Ahora bien, esto, "subió", ¿qué es sino que también "descendió" a las partes bajas de la tierra?

10 El que descendió es el mismo que ascendió por encima de todos los cielos, para llenar todas las cosas.

11 Y a unos les dio por apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y maestros;

12 para el perfeccionamiento de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo:

13 hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un hombre maduro, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo:

14 para que ya no seamos niños, arrojados de un lado a otro y llevados por todos los vientos de la doctrina, por la astucia de los hombres, por la astucia, por las artimañas del error;

15 sino que hablando verdad con amor, crezcamos en todo en él, que es la cabeza, incluso Cristo;

16 del cual todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas, según la actividad propia de cada una de las partes, hace crecer el cuerpo para edificarse en el amor.

17 Digo, pues, esto y testifico en el Señor, que ya no andáis como los gentiles, que andan en la vanidad de su mente,

18 siendo oscurecidos en su entendimiento, alienados de la vida de Dios, por la ignorancia que hay en ellos, por el endurecimiento de su corazón;

19 que, siendo un sentimiento pasado, se entregaron a la lascivia, para trabajar toda la suciedad con avidez.

20 Pero no aprendieron así de Cristo;

21 si es que le habéis oído y habéis sido enseñados en él, como la verdad está en Jesús:

22 que dejasteis de lado, en cuanto a vuestra anterior forma de vida, al viejo hombre, que se corrompe tras los deseos de engaño;

23 y que os renovéis en el espíritu de vuestra mente,

24 y revestirse del nuevo hombre, que después de Dios ha sido creado en la justicia y la santidad de la verdad.

25 Por lo tanto, desechando la falsedad, hablad la verdad cada uno con su prójimo, porque somos miembros los unos de los otros.

26 Enfádate y no peques, no dejes que el sol se ponga sobre tu ira,

27 ni dar lugar al adversario.

28 El que robó no robe más, sino que trabaje, trabajando con sus manos lo que es bueno, para que tenga algo que dar al que lo necesite.

29 No salga de vuestra boca ninguna palabra corrompida, sino la que sea buena para edificar, según la necesidad, a fin de dar gracia a los que oyen.

30 No contristéis al espíritu, al santo de Dios, en quien fuisteis sellados hasta el día de la redención.

31 Quítense de vosotros toda amargura, ira, enojo, clamor y maledicencia, con toda malicia:

32 y sed buenos los unos con los otros, de corazón tierno, tratándoos con gracia los unos a los otros, como Dios también en Cristo trata con gracia con vosotros.

CAPÍTULO CINCO

1 Sed, pues, imitadores de Dios en Cristo, como hijos amados;

2 y caminad en el amor, como Cristo también os amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, "una ofrenda y un sacrificio" a Dios por "un olor de dulce aroma".

3 Pero la fornicación y toda inmundicia o codicia, ni siquiera se mencione entre vosotros, como corresponde a los santos;

4 ni la inmundicia, ni la palabrería, ni las bromas, que no convienen, sino la acción de gracias.

5 Porque sabéis de sobra que ningún fornicario, ni ningún inmundo, ni ningún avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios.

6 Que nadie os engañe con palabras vacías, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los que se oponen obstinadamente a la voluntad divina.

7 No seáis, pues, partícipes con ellos;

8 Porque en otro tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de la luz,

9 porque el fruto de la luz es en toda bondad, justicia y verdad,

10 probando lo que es agradable para el Señor;

11 y no tener compañerismo con las infructuosas obras de las tinieblas, sino más bien reprobarlas;

12 porque es una vergüenza hablar de las cosas que hacen en secreto.

13 Pero todas las cosas cuando son reprendidas se manifiestan por la luz; porque todo lo que se manifiesta es luz.

14 Por eso el dicho: Despierta, dormilón, y levántate de entre los muertos, y Cristo te dará luz.

15 Mirad, pues, con atención cómo andáis, no como imprudentes, sino como sabios;

16 redimiendo el tiempo, porque los días son malos.

17 No seáis, pues, insensatos, sino comprended cuál es la voluntad del Señor.

18 No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disturbios, sino llenaos del espíritu;

19 Hablando entre vosotros con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y haciendo melodías con el corazón al Señor;

20 dando siempre gracias por todo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo al que es DIOS, incluso el Padre.

21 Sométanse unos a otros en el temor de Cristo.

22 Las esposas deben estar sujetas a sus maridos, como al Señor.

23 Porque el marido es la cabeza de la mujer, así como Cristo es la cabeza de la iglesia, siendo él mismo el salvador del cuerpo.

24 Pero como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las esposas deben estar sujetas a sus maridos en todo.

25 Maridos, amad a vuestras esposas, porque el que ama a su mujer, ama su propia carne, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella;

26 para santificarla, habiéndola purificado con el lavado del agua con la palabra,

27 para presentarse a sí mismo una iglesia gloriosa, sin manchas ni arrugas ni nada parecido, sino que fuera santa y sin tacha.

28 Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus propios cuerpos. El que ama a su propia esposa se ama a sí mismo:

29 porque nadie ha odiado jamás su propia carne, sino que la alimenta y la cuida, como también el Señor a la Iglesia.

31 Correspondiendo a ella, dejará el hombre a su padre y a su madre, y los dos serán una sola carne.

32 Este misterio es grande: Pero yo hablo de Cristo y de la Iglesia.

33 Sin embargo, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo, y que la mujer vea que teme a su marido.

CAPÍTULO SEIS

1 Los hijos deben obedecer a sus padres en el Señor: porque esto es lo correcto.

2 Honra a tu padre y a tu madre,

3 para que te vaya bien y puedas vivir mucho tiempo en la tierra.

4 Y vosotros, padres, criad a vuestros hijos en la disciplina e instrucción del Señor.

5 Siervos, obedeced a los que según la carne son vuestros amos, con temor y temblor, en la soledad de vuestro corazón, como a Cristo;

6 no en el camino del servicio de los ojos, como personas complacientes; sino como siervos de Cristo, haciendo la voluntad de Dios de corazón;

7 con buena voluntad haciendo el servicio, como al Señor, y no a los hombres:

8 sabiendo que todo lo bueno que cada uno haga, lo recibirá de nuevo del Señor, ya sea libre o esclavo.

9 Y vosotros, amos, haced lo mismo con ellos, y dejad de amenazar, sabiendo que el que es su amo y el vuestro está en los cielos, y no hay acepción de personas con él.

10 Finalmente, fortaleceos en el Señor y en la fuerza de su poder.

11 Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podamos resistir las artimañas del adversario.

12 Porque no luchamos contra la carne y la sangre, sino contra los arcontes y los soberanos espirituales, contra los que detentan el sistema de las tinieblas de este siglo, contra las huestes espirituales malvadas en los cielos.

13 Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y, habiéndolo hecho todo, estar en pie.

14 Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de la justicia,

15 y habiendo calzados los pies con la preparación del evangelio de la paz;

16 y tomando el escudo de la fe, con el que podréis apagar todos los dardos de fuego del maligno.

17 Y tomad el yelmo de la salvación y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios:

18 con toda oración y súplica, orando en todo tiempo en el espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos,

19 Y en mi nombre, que se me dé la palabra al abrir la boca, dando a conocer el misterio del evangelio,

20 para el cual soy embajador encadenado; para que en él pueda hablar con valentía, como debo hablar.

21 Pero para que también vosotros conozcáis mis asuntos, como yo, Tíquico, el hermano amado y fiel ministro en el Señor, os lo hará saber todo:

22 a quien he enviado a vosotros para este mismo propósito, para que conozcáis nuestro estado, y para que consuele vuestros corazones.

23 La paz sea con los hermanos y el amor con fe, de parte de Dios Padre y del Señor Jesucristo.

24 La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con un amor incorruptible.

COLOSENSES
TRANSCRITO POR MARCION

Los colosenses, también son asiáticos, como los de Laodicea. Y ellos mismos habían sido alcanzados por pseudo-apóstoles, ni el propio apóstol se acercó a ellos, pero incluso a ellos los corrige a través de una epístola. Porque habían oído la palabra de Arquipo, que también aceptó el ministerio para ellos. El apóstol, por lo tanto, ya arrestado, les escribe desde Éfeso.

CAPÍTULO UNO

1 Pablo, un apóstol de Cristo Jesús por voluntad de DIOS, y Timoteo nuestro hermano,

2 A los santos y fieles hermanos en Cristo que están en Colossae: Gracia para ustedes y paz de parte de DIOS nuestro Padre.

3 Damos gracias a DIOS el Padre de nuestro Señor Jesucristo, orando siempre por ustedes,

4 habiendo oído hablar de vuestra fe en Cristo Jesús y del amor que tenéis por todos los santos,

5 por la esperanza que os está guardada en los cielos, la cual habéis oído antes en la palabra de la verdad del evangelio,

6 que ha llegado a vosotros, como también lo está en todo el mundo dando fruto y creciendo, como lo ha estado haciendo en vosotros también, desde el día en que oísteis y entendisteis la gracia de DIOS en la verdad;

7 así como se os enseñó de Epafras nuestro amado compañero, que es un fiel ministro de Cristo en nuestro nombre,

8 que también nos declaró su amor en el espíritu.

9 Por esta razón nosotros también, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar y de pedir por vosotros, para que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría y entendimiento espiritual,

10 a caminar de una manera digna del Señor para todos los gustos, dando fruto en toda obra buena, y aumentando el conocimiento de Dios;

11 fortalecido con todo poder, según el poder de su gloria, para toda paciencia y longanimidad con alegría;

12 dando gracias al Padre, que nos calificó para ser partícipes de la herencia de los santos en la luz;

13 que nos libró de la jurisdicción de las tinieblas y nos trasladó al reino del hijo de su amor;

14 en quien tenemos nuestra redención, el perdón de nuestros pecados:

15 que es la imagen del DIOS invisible. Él vino antes de cada creación;

16 ya sean tronos o dominios o poderes o soberanos espirituales;

17 él es antes de todo esto.

18 Y él es la cabeza del cuerpo, la iglesia, que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia.

19 Porque en él se complació toda la plenitud para habitar;

20 y por medio de él reconciliar a todos, por sí mismo, habiendo hecho la paz por medio de la sangre de su cruz;

21 Y aunque vosotros, que alguna vez fuisteis alienados y enemigos en vuestra mente por las malas obras,

22 Pero ahora se ha reconciliado en su cuerpo a través de la muerte, para presentaros santos y sin mancha y sin reproche ante él:

23 si en verdad permanecéis en la fe, cimentados y firmes, y no os alejáis de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual ha sido predicado en toda la creación bajo el cielo; del cual yo, Pablo, fui hecho ministro.

24 Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros, que colma lo que falta de las aflicciones de Cristo en su carne por su cuerpo, que es la iglesia;

25 de la cual fui hecho ministro, según la dispensación de Dios que me fue dada para con vosotros, para completar el canon de la palabra de Dios,

26 incluso el misterio que se ha ocultado desde los tiempos y las generaciones: pero ahora se ha manifestado a sus santos,

27 a quien DIOS se complació en dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en ti, la esperanza de gloria:

28 a quien proclamamos, amonestando a todos y enseñando a todos en toda sabiduría, para presentar a

todos perfectos en Cristo;

29 Para esto trabajo también, esforzándome según su obra, que obra en mí poderosamente.

CAPÍTULO DOS

1 Quiero que sepas cuánto me esfuerzo por ti y por los de Laodicea, y por todos los que no han visto mi rostro en la carne;

2 para que sus corazones sean consolados, habiendo sido unidos en el amor, y para todas las riquezas de la plena seguridad del entendimiento, para que conozcan el misterio de DIOS, incluso el de Cristo,

3 en los que están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento.

4 Digo esto para que nadie pueda engañarte con la persuasión de la palabra.

5 Porque aunque estoy ausente en la carne, estoy con vosotros en el espíritu, regocijándome al contemplar vuestro orden y la firmeza de vuestra fe en Cristo.

6 Así como habéis recibido a Cristo Jesús, el Señor, andad en él,

7 arraigados y edificados en él, y establecidos en vuestra fe, tal y como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias.

8 Mirad que no haya quien os lleve cautivos por medio de palabras sutiles y de la filosofía, hasta el vano engaño, según la tradición de los hombres y los rudimentos del mundo, y no después de Cristo:

9 porque en él habita toda la plenitud de la Divinidad en forma corporal,

10 y en él se os completa, que es la cabeza de todos los poderes y soberanos espirituales:

11 en el que también fuisteis circuncidados con una circuncisión no hecha con las manos, en el despojo de todo el cuerpo de la carne, en la circuncisión de Cristo;

12 habiendo sido sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él por la fe en la obra de Dios, que le levantó de entre los muertos.

13 Y a vosotros, estando muertos por vuestros delitos y por la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con Cristo, perdonándonos nuestros delitos;

14 habiendo borrado el vínculo escrito en las ordenanzas que estaban contra nosotros, que nos eran contrarias; y las ha quitado del camino, clavándolas en la cruz;

15 despojando a las potencias y a los soberanos espirituales, los exhibió abiertamente, triunfando sobre ellos.

16 Nadie os juzgue, pues, en la comida o en la bebida, ni en el día sagrado, ni en la luna nueva o en el sábado,

17 que las cosas son sombras de las cosas por venir. Pero ahora el cuerpo es de Cristo.

18 Que nadie os prive de vuestro premio por la ascesis voluntaria y el culto a los ángeles, presumiendo de lo que no ha visto, vanamente hinchado por su mente carnal,

19 y no sosteniendo la cabeza, de la cual todo el cuerpo, siendo abastecido y unido a través de las articulaciones y bandas, aumentando con el incremento de Dios.

20 Si habéis muerto con Cristo por los rudimentos de este sistema mundano, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a las ordenanzas?

21 No manipuléis, no debéis tocar, no debéis probar,

22 todo lo que ha de perecer con el uso, siguiendo los mandamientos y doctrinas de los hombres.

23 Las cuales cosas tienen, en efecto, una muestra de sabiduría en la religión hecha por uno mismo, y de ascetismo y severidad en el cuerpo; pero no tienen ningún valor como remedio para la indulgencia sensual de la carne.

CAPÍTULO TRES

1 Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios.

2 Poned la mirada en las cosas de arriba, no en las de la tierra.

3 Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.

4 Cuando Cristo, que es nuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también con él os manifestaréis en la gloria.

5 Matad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra: fornicación, inmundicia, pasión, mal deseo y codicia, que es idolatría;

6 por lo cual las cosas vienen la ira de Dios sobre los hijos de los que se oponen obstinadamente a la voluntad divina:

7 en las que también vosotros anduvisteis en otro tiempo, cuando vivíais en estas cosas;

8 pero ahora dejadlas todas: la ira, el enojo, la malicia, la maledicencia y el hablar con vergüenza de vuestra boca:

9 no os mintáis los unos a los otros, pues os habéis despojado del viejo hombre con sus acciones,

10 y vistiéndose de lo nuevo, que se renueva hasta el conocimiento, a imagen de Aquel que lo crea:

11 donde no puede haber griego y judío, circuncisión e incircuncisión, bárbaro, escita, esclavo, hombre libre; sino que Cristo es todo, y en todo.

12 Vestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de un corazón compasivo, bueno, humilde, manso y paciente;

13 soportándoos unos a otros y perdonándoos unos a otros, si alguno tiene alguna queja contra alguno; así como el Señor os perdonó, así también haced vosotros:

14 Y sobre todo, revestíos de amor, que es el vínculo de la perfección.

15 Y que la paz de Cristo reine en vuestros corazones, a la que también fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos.

16 Que la palabra de Cristo habite en abundancia en vosotros; en toda sabiduría, enseñándoos y exhortándoos unos a otros con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando con gracia en vuestros corazones a Dios.

17 Y todo lo que hagáis, de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.

18 Esposas, estad sujetas a vuestros maridos, como corresponde en el Señor.

19 Maridos, amad a vuestras mujeres y no os amargueis contra ellas.

20 Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto es lo que agrada al Señor.

21 Padres, no provoquéis a vuestros hijos, para que no se desanimen.

22 Siervos, obedeced en todo a vuestros amos según la carne, no con los ojos, como los que complacen a las personas,

23 pero con un solo corazón, temiendo al Señor. Todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres;

24 sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia: servís al Señor Cristo.

25 Porque el que hace el mal recibirá de nuevo por el mal que ha hecho, y no hay respeto por las personas.

CAPÍTULO CUATRO

1 Maestros, dad a vuestros siervos lo que es justo e igual, sabiendo que también tenéis un maestro en los cielos.

2 Continúen orando con firmeza, velando en ella con acción de gracias;

3 orando también por nosotros, para que Dios nos abra una puerta para la palabra, para hablar del misterio de Cristo, por el cual yo también estoy preso;

4 para que pueda manifestarlo, como debo hablar.

5 Camina con sabiduría hacia los que están fuera, redimiendo el tiempo.

6 Que vuestro discurso sea siempre con gracia, sazonado con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno.

7 Todos mis asuntos te los dará a conocer Tíquico, el amado hermano y fiel ministro y compañero en el Señor:

8 a quien os he enviado para este mismo propósito, para que conozcáis nuestro estado, y para que él consuele vuestros corazones;

9 junto con Onésimo, el fiel y amado hermano, que es uno de vosotros. Os darán a conocer todas las cosas que se hacen aquí.

10 Aristarco mi compañero de prisión os envía su saludo, y Marcos, el primo de Bernabé, tocando a quien habéis recibido los mandamientos; si viene a vosotros, recibidlo,

11 y Jesús, a quien llamamos Justo, estos únicos, de la circuncisión, son mis compañeros de trabajo en el reino de Dios, hombres que han sido un consuelo para mí.

12 Epafras, que es uno de vosotros, siervo de Cristo Jesús, os envía su saludo, esforzándose siempre por vosotros en sus oraciones, para que estéis perfectos y plenamente seguros en toda la voluntad de Dios.

13 Porque doy testimonio de que tiene mucho trabajo para vosotros, y para los de Laodicea, y para los de Hierápolis.

14 Lucas, el médico amado, y Demas os saludan.

15 Saludad a los hermanos que están en Laodicea, a Ninfas y a la iglesia que está en su casa.

16 Y cuando esta epístola haya sido leída entre vosotros, haced que sea leída también en la iglesia de los Laodicenses, y que leáis también la epístola de Laodicea.

17 Y decid a Arquipo: Cuidaos del ministerio que habéis recibido en el Señor, para que lo cumpláis.

18 Saludadme Pablo de mi puño y letra. Acuérdate de mis obligaciones. Que la gracia sea contigo.

FILIPENSES
TRANSCRITO POR MARCION

Los filipenses son macedonios. Persistieron en la fe después de que la palabra de verdad fue aceptada, ni recibieron falsos apóstoles. El apóstol los alaba, escribiéndoles desde Roma, desde la prisión, a través de Epafrodito.

CAPÍTULO UNO

1 Pablo y Timoteo, siervos de Cristo Jesús, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos:

2 Gracia para ustedes y paz de parte de DIOS nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

3 Agradezco a mi Dios cada vez que me acuerdo de ti,

4 siempre haciendo mi súplica con alegría, en cada oración por todos ustedes;

5 por vuestra comunión en la promoción del evangelio desde el primer día hasta ahora;

6 confiando en esto mismo, que el que comenzó una buena obra en ustedes, la completará hasta el día de Jesucristo:

7 Porque me conviene sentirme así con vosotros, pues os tengo en mi corazón, en la medida en que, tanto en mis lazos como en la defensa y confirmación del evangelio, todos sois partícipes conmigo de la gracia.

8 Porque Dios es mi testigo: cómo os anhelo a todos vosotros en las compasiones de Cristo Jesús.

9 Y ruego esto, para que vuestro amor abunde cada vez más en el conocimiento y en todo el discernimiento;

10 para que aprobéis las cosas que son buenas; para que seáis sinceros y no os ofendáis hasta el día de Cristo;

11 habiendo sido llenos de los frutos de la justicia, que son a través de Jesucristo, para la gloria y alabanza de DIOS.

12 Quiero que sepáis, hermanos, que lo que me ha sucedido a mí se ha convertido más bien en el progreso del evangelio;

13 de modo que mis lazos se han manifestado en Cristo en toda la guardia pretoriana, y en todos los demás;

14 que la mayoría de los hermanos en el Señor, confiando en mis lazos, son más intrépidos al hablar la palabra.

15 Algunos, en efecto, predican a Cristo incluso por envidia y contienda; y otros por la buena reputación de la palabra:

16 estos últimos lo hacen por amor, sabiendo que estoy dispuesto a defender el Evangelio;

17 pero los primeros proclaman a Cristo por contienda, no sinceramente, pensando que son mis rivales en mis ataduras.

18 ¿Y entonces qué? Sólo que en todos los sentidos, ya sea en la pretensión o en la verdad, se proclama a Cristo; y en esto me alegro y me alegraré.

19 Porque sé que esto resultará en mi salvación, por medio de vuestras oraciones y el suministro del espíritu de Jesucristo,

20 según mi sincera expectativa y esperanza, que en nada seré avergonzado, sino que con toda audacia, como siempre, ahora también Cristo será magnificado en mi cuerpo, ya sea por la vida o por la muerte.

21 Porque para mí vivir en Cristo y morir es una alegría.

22 Pero si el vivir en la carne da fruto de mi trabajo, entonces no sé qué escoger.

23 Me siento empujado en dos direcciones, teniendo el deseo de partir y estar con Cristo; porque esto es mucho mejor para mí:

24 pero permanecer en la carne es más necesario para su bien.

25 Y teniendo esta confianza, sé que permaneceré y me quedaré con vosotros, para vuestro progreso y gozo en la fe;

26 para que vuestra confianza abunde en Cristo Jesús en mí a través de mi presencia con vosotros de nuevo.

27 Solamente sed ciudadanos, comportándoos de una manera digna del evangelio de Cristo, para que, ya sea que venga a veros o que permanezca ausente, pueda oír de vuestro estado, que permanecéis firmes en un solo espíritu, con una mentalidad que lucha por la fe del evangelio.

28 Y no os aterroricéis en modo alguno por vuestros adversarios, lo cual es una señal evidente de destrucción para ellos, sino de vosotros: la salvación; y esto de parte de Dios.

29 Porque a vosotros se os ha concedido gracia por causa de Cristo, no sólo para creer en él, sino también para sufrir por él:

30 teniendo el mismo conflicto que visteis en mí, y que ahora oís que estáis en mí.

CAPÍTULO DOS

1 Si hay, pues, algún estímulo en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del espíritu, si alguna tierna misericordia y compasión,

2 haz que mi alegría sea completa, que seas de la misma disposición, teniendo el mismo amor, siendo de un mismo acuerdo, de una misma disposición;

3 no haciendo nada por contienda o vanagloria, sino con humildad estimando al otro como mejor que uno mismo;

4 no cuidando nada de lo propio, sino cada uno a lo de los demás.

5 Haya en vosotros esta disposición, que también estaba en Cristo Jesús:

6 que siendo inherentemente en forma de un dios, consideraba que ser igual a dios no era algo a lo que aferrarse,

7 pero se vació a sí mismo, tomando la forma de un esclavo, y fue hecho a semejanza de los seres humanos;

8 y al ser encontrado en forma de humano, se hizo obediente hasta la muerte: incluso la muerte de la cruz.

9 Por lo cual Dios lo exaltó supremamente y le dio el nombre supremo que está sobre todo nombre;

10 para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de todos los que están en los cielos y de todos los que están en la tierra y de todos los que están debajo de la tierra,

11 y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor, para gloria de DIOS Padre.

12 Así pues, amados míos, como siempre habéis obedecido, no sólo en mi presencia, sino ahora mucho más en mi ausencia, actuad la salvación que es inherente a vosotros con temor y temblor;

13 porque es Dios quien actúa a través de vosotros tanto para querer como para actuar, por su buen placer.

14 Haced todo sin murmuraciones ni cuestionamientos:

15 para que seáis irreprochables e inofensivos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación torcida y perversa, en medio de la cual se os ve como luces en el mundo,

16 sosteniendo la palabra de vida; para que yo tenga algo de gloria en el día de Cristo, para que no corra en vano ni trabaje en vano.

17 Pero aunque sea derramado sobre el sacrificio y el servicio de vuestra fe, me alegro y me regocijo con todos vosotros:

18 y de la misma manera vosotros también os alegráis y os regocijáis conmigo.

19 Pero espero que el Señor Jesús envíe pronto a Timoteo a vosotros, para que yo también me anime, cuando conozca vuestro estado.

20 Porque no tengo a nadie que se parezca a mí, que se preocupe de verdad por vuestro bienestar.

21 Porque todos buscan lo suyo, no las cosas de Jesucristo.

22 Pero vosotros conocéis la prueba de que, como el niño sirve a su padre, así sirvió conmigo en la promoción del evangelio.

23 A él, por tanto, espero enviarlo de inmediato, tan pronto como vea cómo va a ir conmigo:

24 pero confío en el Señor que yo también vendré pronto.

25 Sin embargo, he creído necesario enviaros a Epafrodito, mi hermano y compañero de trabajo y de guerra, y vuestro mensajero y ministro para mis necesidades;

26 porque os deseaba a todos vosotros y estaba muy preocupado porque os habíais enterado de que estaba enfermo:

27 porque en verdad estaba enfermo cerca de la muerte; pero Dios tuvo misericordia de él, y no sólo de él, sino también de mí, para que yo no tuviera dolor sobre dolor.

28 Por tanto, le he enviado con mayor fervor, para que, cuando le volváis a ver, os alegréis, y para que yo

esté más libre de tristeza.

29 Recibidlo, pues, en el Señor con todo gozo, y tened a los tales en honra:

30 porque por la obra de Cristo estuvo cerca de la muerte, arriesgando su vida para suplir lo que faltaba
en vuestro servicio a mí.

CAPÍTULO TRES

1 Por lo demás, hermanos míos, regocíjense en el Señor. Escribiros las mismas cosas a vosotros, a mí no es un problema, pero para vosotros es una garantía.

2 Guardaos de los malditos, guardaos de los malhechores, guardaos de los que mutilan con la circuncisión:

3 porque somos nosotros los que cortamos las pasiones, los que ofrecemos el servicio divino espiritualmente a Dios, y nos gloriamos en Cristo Jesús en lugar de confiar en la carne:

4 aunque yo mismo pueda tener confianza incluso en la carne:

5 circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, un hebreo de los hebreos; un fariseo;

6 Pero lo que antes consideraba como ganancia, para mí es una pérdida.

7 y las considero una mierda por la excelencia del conocimiento de Cristo,

8 no teniendo mi propia justicia, que es de la ley, sino la que es por medio de él, la justicia que es de Dios:

9 para conocerlo, y el poder de su resurrección, y la comunión de sus sufrimientos, conformarse a su muerte;

10 si de alguna manera puedo alcanzar la resurrección de entre los muertos.

11 No es que ya lo haya conseguido, o que ya haya sido perfeccionado; sino que persigo y busco aferrarme a lo que también ya me aferro por Cristo Jesús.

12 Hermanos, yo no me considero todavía como un asiduo; pero una cosa hago: olvido lo que queda atrás y me extiendo hacia lo que está adelante,

13 Continúo hacia la meta hasta el premio del alto llamado de Dios en Cristo Jesús.

14 Así que, todos los que son perfectos, sean de esta manera; y si en algo están de acuerdo, esto también se los revelará Dios:

15 Sólo que, para lo que hemos alcanzado, por esa misma regla caminemos.

16 Hermanos, sed imitadores de mí, y observad a los que así caminan, como nos tenéis a nosotros como ejemplo.

17 Porque muchos andan, de los que os he dicho muchas veces, y ahora os digo hasta llorando, que son los enemigos de la cruz de Cristo:

18 cuyo fin es la destrucción, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria está en su vergüenza, que se preocupan por las cosas terrenales.

19 Porque nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos un salvador, el Señor Jesucristo:

20 que transfigurará nuestro humilde cuerpo, para asemejarlo a su glorioso cuerpo, según la obra por la cual es capaz de sujetar todas las cosas a sí mismo.

CAPÍTULO CUATRO

1 Por lo tanto, hermanos míos amados y anhelados, mi alegría y mi corona, estad firmes en el Señor, amados míos.

2 Exhorto a Euodia, y exhorto a Syntyche, a ser de la misma mente en el Señor.

3 Y te pido también, amigo verdadero, que ayudes a estas mujeres, porque trabajaron conmigo en el evangelio, con Clemente también, y el resto de mis compañeros de trabajo, cuyos nombres están en el libro de la vida.

4 Alegraos siempre en el Señor: otra vez diré: Alegraos.

5 Que vuestra paciencia sea conocida por todos los hombres. El Señor está cerca.

6 No os inquietéis por nada; pero en todo, con oración y súplica y con acción de gracias, dad a conocer vuestras peticiones a Dios.

7 Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.

8 Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo que es honorable, todo lo que es justo, todo lo que es puro, todo lo que es amable, todo lo que es de buena reputación; si hay alguna virtud, y si hay alguna alabanza, pensad en estas cosas.

9 Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros.

10 Pero me alegro mucho en el Señor, de que ahora al fin habéis reavivado vuestro pensamiento por mí; en el cual, en efecto, os habéis preocupado, pero os ha faltado la oportunidad.

11 No es que yo hable de carencias, pues he aprendido a contentarme en cualquier estado en que me encuentre.

12 Sé ser humilde, y sé también ser rico; en todo y en todas las cosas he aprendido el secreto para saciarme y tener hambre, para tener abundancia y para tener necesidad.

13 Todo lo puedo en aquel que me fortalece.

14 Sin embargo, hicisteis bien en tener comunión conmigo en mi aflicción.

15 Y vosotros mismos sabéis, filipenses, que al principio del evangelio, cuando partí de Macedonia, ninguna iglesia tenía comunión conmigo en el asunto de dar y recibir, sino sólo vosotros;

16 porque incluso en Tesalónica enviasteis una y otra vez a mi necesidad.

17 No es que busque el don, sino que busco el fruto que aumenta a vuestra cuenta.

18 Pero tengo todas las cosas, y abundan: Estoy lleno, habiendo recibido de Epafrodito las cosas que vinieron de ti; un olor de dulce aroma, un sacrificio aceptable, agradable a Dios.

19 Y mi Dios suplirá cada una de vuestras necesidades según sus riquezas en gloria en Cristo Jesús.

20 Ahora a nuestro Dios y Padre sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

21 Saluda a cada santo en Cristo Jesús. Los hermanos que están conmigo los saludan.

22 Todos los santos os saludan, especialmente los de la familia del César.

23 La gracia del Señor Jesucristo esté con tu espíritu.

Aquí termina el Apostólico